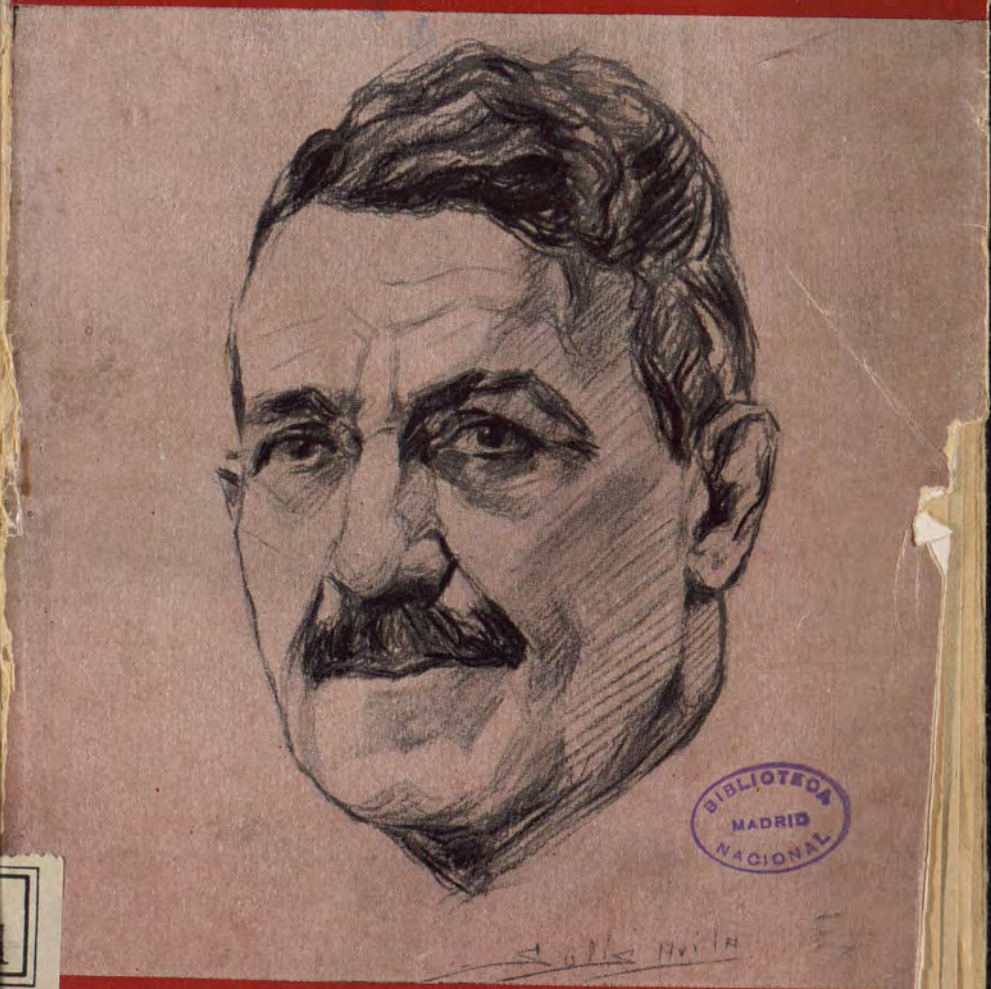
PRINTED IN SPAIN

IMPRENTA «RENACIMIENTO».—MADRID

SALVADOR RUEDA

ANTOLOGÍA POÉTICA



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

RENACIMIENTO

Biblioteca Nacional de España

7
124691

Biblioteca Nacional de España

28337

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ANTOLOGIA POÉTICA

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

SALVADOR RUEDA

ANTOLOGÍA POÉTICA

COMPAÑÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)
RENACIMIENTO

MADRID
SAN MARCOS, 42

BUENOS AIRES
FLORIDA, 251

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Biblioteca Nacional de España

Reservados todos los derechos
de propiedad y traducción.

Copyright by
Editorial Renacimiento.

R. 1162501

Imprenta RENACIMIENTO.—San Marcos, 42.—Madrid.

Biblioteca Nacional de España

PREFACIO

POR EL

EXCMO. SR. D. MARIO MÉNDEZ BEJARANO

Cosas hay en el mundo tan difíciles como inútiles; pero muy pocas tan inútiles ni tan difíciles como poner prólogo a las poesías de Salvador Rueda. Yo, que tantos prólogos llevo perpetrados, vacilo ante la magnitud del empeño sin vislumbrar su finalidad.

¿Para qué puede servir un prólogo? ¿Para ponderar la obra? Doble baraja se me antoja entonces. Una sencilla para no ganar y otra para perder. Porque si el libro satisface al lector, el preámbulo no ha prestado más utilidad que la negativa de retardar el deleite de la lectura. Si la producción no responde a los ditirambos que la preceden a modo de chillona trompetería anunciando la llegada del regimiento, las hipérboles habrán despertado ilusiones y esperanzas que el desengaño convierte en desdén al prologuista y al autor, aumentando el disgusto originado por la lectura. Sigo creyendo que ningún libro es mejor por el encomio ni peor por la censura.

Puede convenir una introdución al tratadista para justificar la

Biblioteca Nacional de España

obra, su oportunidad o sus límites. Un poeta no ha menester justificar nada y lo justifica todo por la verdad de su inspiración. Ni el ruiseñor ni el asno necesitan prólogos.

Tratándose de un poeta, únicamente aprovecharía el exordio, contenido en límites de prudencia, al novel escritor para su presentación a un público que no le conoce. ¿Pero qué introductor de embajadores ha menester Salvador Rueda, cuando podría andar en zapatillas por el Parnaso? Más fácil sería que en la república literaria tuviera él que presentarnos a los demás.

Porque, además de un gran poeta, es Salvador un imprescindible, es decir, una figura literaria ineludible en la historia de las letras patrias, circunstancia que duplica su valor. Los escritores, como los números dígitos, poseen dos valores, uno absoluto, individual, y otro nacido del lugar que ocupan en la cantidad escrita. Y así como un 5 vale cinco por sí y cincuenta en el lugar de las decenas, así Herrera, Lope, Góngora, Cervantes, el duque de Rivas, además del mérito propio, reunen el de su posición, porque son o iniciadores o anillos de movimientos literarios sin los cuales quedaría todo un ciclo sin explicación. A tal circunstancia deben su reputación Boscan, Castillejo, Bonilla, Luzán, y otros medianos poetas, cuyos nombres yacerían en el olvido si no los hubiera salvado una oportunidad histórica. Otro tanto sucede con Rueda, si bien no milita en este escuadrón casi innominado, sino entre los que ocupan una posición por derecho y no por ministerio del azar.

El valor de Rueda por su mérito propio, mejor que yo lo dice la impotencia de la crítica atrabiliaria. Campoamor sostenía que Quintana no era poeta, Villergas que no lo era Zorrilla, muchos que no lo fueron los Argensola... De Rueda se habrá discutido el carácter, la escuela, la factura, el gusto, el acierto, todo menos su complexión artística, su copiosa vena, su brillante fantasía, su exquisita sensibilidad, es decir, las vernáculas características de un poeta. Su jerarquía no ofrece a la crítica un problema ni siquiera un teorema: es un postulado.

Biblioteca Nacional de España

Ningún poeta ha dominado mejor los dos grandes elementos artísticos, el color y la música.

Espléndido colorista, no toma el lápiz, dibuja con el mismo pincel y a la línea pronunciada de la descripción substituye la amplia pincelada, unas veces suave y descuidada, otras veces ruda, vigorosa, con el nervosismo de la exaltación.

Naturalista, en el mejor sentido del concepto, prodiga la luz y el color detrás de las figuras, que por algo el paisaje constituye el fondo de la vida humana, mas al esplendor añade un algo vital, un espíritu de la materia que la hace palpitar, estremecerse, vivir.

Sus matices no son de pintor, sino de creador. La realidad está viva y con voz en su paleta.

Su léxico habla tanto a la retina como al tímpano, y no será muy artista quien no advierta la existencia de palabras luminosas, radiantes, que comunican su resplandor al discurso.

No me parece absurdo pensar con Gauthier que las palabras tienen en sí mismas, sin contar su significación, un valor y belleza genuinos, a modo de piedras preciosas aún no talladas ni montadas en sortijas, pulseras o collares, piedras que aprecia el inteligente guardándolas en un estuche de donde las toma cual haría el orfebre al proyectar una alhaja, y distinguiendo las dicciones diamante de las voces zafiro, los vocablos rubí de las palabras esmeralda y las que lucen por sí de las que refulgen como el fósforo cuando se frota su superficie.

La misma idea en otra forma expresaba mi amigo Alomar diciendo en su *Poetisació:*

«No hi ha frase qui no tingui, animada p'el d'un poeta, una potencia de sentit esperitual sobre l'apariencia corrent del sentit literal» (p. 15). Esta es una «de les mes tipiques formes de la poetisació».

Si Rueda domina el elemento plástico, no menos se impone al armónico. No creo equivocarme si afirmo que no hay poeta que haya conseguido sacar mayor partido de las cualidades mu-

Biblioteca Nacional de España

sicales de nuestro idioma, que hoy se va empobreciendo por la absurda supresión de esdrújulos, por la nivelación cuantitativa de las vocales, por la repetición de los adverbios en *mente* y por tantas malas artes como la ignorancia pone en juego para destruir la melodía del habla de Herrera y de Cervantes.

«En todos tiempos, dice Cicerón, los auditorios han respondido a los efectos de la armonía». Y esta afirmación, no menos que la clásica «*Nihil potest intrare in affectum, quod in aure, velut quodam vestíbulo, statim offendit,* se tornan más verdaderas cuando a los encantos de la armonía externa se una la profunda impresión de esa otra imponente armonía que lanza el órgano del espíritu humano transfigurado por la inspiración.

La unión de la música y el verbo, la hipóstasis del sonido y del color, sintetizan la poetización fundiendo las dos armonías, la psíquica y la musical.

¿Quién podría dudar que Rueda ha apurado hasta lo último, hasta lo inconcebible, todos los resortes, todos los recursos latentes en nuestro idioma? Ha ensayado todos los metros, inventado todas las cadencias, suavizado todas las asperezas, agotado todas las rimas, estrofas y acentuaciones, escogido todas las elegancias, y así, no habla nunca, canta siempre hiriendo las hebras de un arpa de infinitas cuerdas, como es infinita la gama de las emociones y la vibrante receptividad de un gran poeta.

Para interpretar esa transformación psíquica, esa exaltación suprema del ser humano que llamamos inspiración; para ser fanal de la pureza, depurada de todo extraño interés; para constituirse en sagrario de ese eterno verbo en revelación permanente, necesita la palabra cristalizar en formas de mayor fuerza, sacudir el polvo recogido en el contacto de todas las flaquezas de la realidad, libertarse por espontánea purificación de las imposiciones de la vida, y convertirse en esa inmaculada virginidad que elige siempre el destello divino para encarnar en el mundo y habitar en los hombres.

El lenguaje poético es el ideal de la palabra; es una palabra

Biblioteca Nacional de España

más que humana, porque desdeña el vocablo vulgar, rechaza la construcción lógica, no se preocupa de convencer, empresa propia de la limitación; vive en un mundo donde la verdad es luz, el sentimiento calor, la fantasía fuego, la lógica es la evidencia, el movimiento es la armonía y el lenguaje no es sólo una necesidad: es ante todo una creación, una revelación y un deleite.

Esa armonía interior que se difunde desde la concepción fundamental, como la sangre por el cuerpo, hasta la última letra del poema, que, al decir de los preceptistas griegos y latinos, no impresiona sólo el oído, sino también el alma, despertando en sus senos ideas, sentimientos e imágenes, hablando con ella por la íntima relación de los sonidos con el pensamiento y haciendo pensar que la insensibilidad al número excluye de la humanidad, en poeta alguno resplandece y resuena como en el inspirado trovador de Sevilla y Granada, sus ciudades predilectas, porque son las más espirituales de que se enorgullece el planeta. No parecen erigidas con tosca piedra, vieja madera y rígidos hierros, parecen ideas, recuerdos, ilusiones, condensadas, materializadas para mostrarse a los ojos de la carne, pero sagrarios de un alma esotérica, invisible al turista, al comerciante, al político, sólo transparente al poeta en la íntima comunión de una oculta y semidivina confidencia.

Y al valor absoluto del gran poeta se suma el valor relativo, el valor de efeméride, el que dimana de su posición literaria, en cuanto precursor en España de ese conglomerado destructor y hueco, con más o menos propiedad bautizado con el nombre de modernismo. Séame lícito repetir lo que en varios lugares he predicado.

La agitación, la fiebre de la vida contemporánea se refleja en la literatura con la epiléptica movilidad de nuestra inquieta psiquis. El modernismo representa el cansancio de una sociedad gastada, el agnosticismo en Teología, la experimentación sin filosofía en la Ciencia; el oportunismo en Derecho y en Política; el Arte caprichoso y subjetivista. Nada de sólido, de durable, de

Biblioteca Nacional de España

indiscutible; el mobiliario inconsistente y gracioso que no pasará de una a otra generación, y se relevará por el vértigo de la moda; el aparato que salva la dificultad del momento, aunque se destruya y reponga en breve plazo; la estética impresionante sin la seriedad del estudio ni el culto de la admiración; la revista legible en el café o en el tranvía, preferida al libro que impone la meditación en la soledad del gabinete; la noticia en lugar del artículo doctrinal; el grabado en vez de la reseña; la vida al día, al instante, desligada del ayer, sin previsión del mañana. Signo general de la época, impulso superficial e irreverente, más propio del genio americano que de la gravedad europea, nervioso y desorientado, se goza en hollar prestigios, vulnerar preceptos, pulverizar gramáticas y escarnecer tradiciones, anhelando el deslumbramiento, el éxito pasajero, satisfecho con *épater le bourgeois* y desdeñoso con la minoría, la santa minoría de los escogidos.

Exagerando la nota lírica, los modernistas extreman las minucias de la sensación individual. Por su carácter de pequeñez, no alcanzan los amplios temas humanos y sociales, colocando lo exquisito en el altar de lo grande y lo hermoso. Menos les importa la invención de la imprenta, la abolición de la esclavitud, la resurrección de las nacionalidades oprimidas, los prodigios de la electricidad y del radio, la conquista del mar y del aire, que el suspiro de una princesita rubia soñando voluptuosidades entre cojines de seda o la hoja marchita más o menos «glauca» de un crisantemo flotando en las ondas «musitantes» de un arroyuelo.

Las apocalípticas catástrofes que han estremecido a Europa, Africa, Asia y América en la cuna del siglo xx no han despertado una vibración en la trompa épica que antes atronaba el espacio con el sitio de Zaragoza, la toma de Almería, la inundación de una comarca y las pobres hazañas del Cid en un palmo de terreno, dando batallas en que los combatientes se contaban sólo por centenas.

Biblioteca Nacional de España

Anacreonte se ríe en las barbas de Homero y raya por el Tibur el sol que salía por el Pórtico y el Calvario.

Rueda ha sido el Moisés y ha señalado la tierra de promisión donde había de adorarse el becerro de oro, pero él se quedó en la cumbre. No prostituyó el númen ni el ritmo. El amó las flores, la naturaleza, sin rebajarse a apurar brutales o femeninas sensaciones. Dotado de un corazón tan grande como su talento, fundió su alma con el mundo y creó un naturalismo que no es materialista, sino la fusión del Gran Espíritu con la Creación, derrochando en torno la belleza de la vida. En ese supremo ideal donde no se distingue la materia del espíritu, en ese espléndido panteísmo con reflejos orientales, el corazón del inmenso poeta se mezcla con la Realidad y le presta su savia generosa y bendita.

El que lea los versos de Rueda sin emoción, no merece leerlos. El que los lea y palpite con su ritmo, se sentirá más puro.

El poeta que con la irradiación de lo bello hace mejores a los hombres, vale más que el que los divierte.

La crítica dirá lo que guste. Dios bendecirá sonriendo.

No me jacto de prologuista ni me juzgo más que portero de este libro. Portero, acaso demasiado locuaz e impertinente, como a mi oficio corresponde, suplícote me dispenses, lector, por haberte entretenido. No fué culpa mía, sino del editor que, actuando de propietario en esta finca, dispuso: «Nadie pase sin hablar con el portero». Obedeciste con tu cortesía, yo también con mi docilidad acostumbrada, y, pues ya impetré tu perdón y te indiqué el piso, pasa tú ahora a conversar con el gran señor.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

PROLOGO

De los caracoles hay en lo más hondo
un rumor que finge trueno de marea,
trueno de ondas bravas que zumba en el fondo,
con el que el oído goza y se recrea.

Tiene la vasija pintas de mil soles
por la luz escritas llenando el turbante,
que hacen raro idioma de los caracoles
al disciplinarlos de color radiante.

Cuando yo era niño, bajo la estantigua
de un retrato viejo, sobre una consola,
era ornato bello de mi casa antigua
la vasija extraña de una caracola.

Era un instrumento que sonaba a fiesta
cuando a su amplia boca pegaba mi oído,
pues en él había regalada orquesta,
sones de oleaje de ira embravecido.

Biblioteca Nacional de España

Dentro del turbante sonaba el encanto,
yo oía hervorosos estruendos de mares,
y de las nereidas el trémulo canto
que, al trinar, hacían sonar sus collares.

Si en la costa, a veces, con acento ronco
rugían las olas, ciegas y encrespadas,
en la caracola zumbaba el mar bronco
con sus mil tumultos de lenguas trenzadas.

Y si sonreían sus aguas redondas
al sentir el beso del sol y las brisas,
al cóncavo nácar le daban las ondas
un son como un coro de arpegios y risas.

La mar, ya tranquila, ya torva y sonante,
no sólo en el fondo del nácar hervía,
también en el seno del largo turbante
el rumor del mundo se desenvolvía.

Si un canto de amores hería el ambiente,
dentro de la bóveda del nácar sonoro
la espiral copiaba con ritmo latente
de los dulces labios las notas de oro.

Si un bárbaro estruendo de pechos heridos
alzaba a los aires tragedia gigante,
todo el simulacro de ardientes sonidos
zumbaba a lo largo del hondo turbante.

Si el son de un ejército, de andar acordado,
pasaba con bandas y altivas banderas,

Biblioteca Nacional de España

la trompa de nácar dejaba copiado
sus ritmos de espadas y bandas guerreras.

Idilios, tragedias, placer y dolores,
tan bien remedaba su seno profundo,
que el hueco turbante de raros colores
la voz parecía del alma y del mundo.

Mi libro que en trazos de luz se arrebola,
donde va la esencia del hombre vertida,
lo mismo que el cóncavo de la caracola
encierra el teclado del alma y la vida.

Un bosque de voces, profundo, resuena
en su nácar hondo, que es griego y cristiano
desde el son divino del alma serena
hasta el son del trágico dolor sobrehumano.

La muerte y la vida, la Naturaleza,
el amor, el vago latir del misterio,
lo copia en su nácar que llora y que reza
mi libro que zumba con voz de salterio.

Caracol de ritmos diversos tejido,
formé su turbante con versos y encanto
y allá en lo más hondo del haz retorcido
tiene el milagroso secreto del canto.

Corazón de nácar cual vaso redondo,
es mi vario libro que el sol tornasola;
¡poned los oídos, y oiréis en su fondo
el zumbido eterno de mi caracola!

Biblioteca Nacional de España

LENGUAS DE FUEGO

Una lluvia de lenguas de fuego
a la frentes bajó del Cenáculo
como río de lumbre sublime
que brotó del Espíritu Santo,
y corrió su temblor por los pechos,
encendió como hogueras los labios,
y salió en elocuencia grandiosa
por la boca de Pedro rodando.
Su discurso de rojas candelas
inundó en fervoroso entusiasmo
corazones de todos los climas,
los egipcios, los medas, los partos,
los de Frigia, del Asia y del Ponto,
los de Libia y del suelo judaico.
E ignorando la lengua Siriaca
en que Pedro elevábase hablando,
traslucieron el alto discurso,
cual se ve tras la comba del vaso
la levísima llama que ondula
una mística danza bailando.

Biblioteca Nacional de España

Los temblores del fuego divino
en las frentes se erguían cual tallos
de una flor misteriosa de lumbre
desplegada por bello milagro.
La de Pedro, más luenga, subía
cual airón de un divino Enviado,
cual cimera de lumbre de un genio,
cual la pluma de fuego de un casco.

* * *

Otros tallos de llamas celestes
a otro eterno y grandioso Cenáculo,
al que encierra la sacra Belleza,
Dios lanzó de su seno abrasado,
y a mi frente, cual áureo bautismo,
descendió un luminoso penacho,
una larga candela de oro
que transmite su brío a mis labios.
Con la lengua vital de ese incendio
que me vuelve ardoroso cruzado,
yo predico la triple hermosura
de los hombres, los cielos, los campos.
Pescador religioso de ideas,
en mis redes de versos las saco,
y las doy a las almas latentes
en el iris de Dios titilando.
Son mis versos ramajes de lumbre,
temblorosos crestones dorados,
donde van la alegría o la pena
según es la pasión con que canto.
Aspirad mis estrofas candentes,

Biblioteca Nacional de España

crepitantes como un incensario,
olorosas cual hierbas del monte,
tronadoras cual son del Atlántico,
que predican la santa Poesía,
mientras llevo cual rubio milagro
en la frente la lengua del cielo,
el fulgor del Espíritu Santo.

Biblioteca Nacional de España

LOS CLAVELES «DE A LIBRA»

¡Qué claveles tan vivos; son llamaradas;
son cual de una tragedia rojos chispazos;
claveles semejantes a lumbraradas;
claveles que parecen pistoletazos!

Cuando al suelo de España, que no se agota,
llama abril con el mazo de sus pinceles,
se rompen sus arterias, la sangre brota,
y se cuaja en rotundos y amplios claveles.

Y viendo que sus senos en luz se inflaman
ungiéndose de aromas y de hermosuras,
triunfales en el viento se desparraman,
desgarrando en jirones sus vestiduras.

Son pétalos plegados en el capullo
que en el cerco no caben que los encierra,
y en el tallo revientan de inmenso orgullo
y en un fuego de gloria cubren la tierra.

Porque son arrancados de tus vergeles
y tienen vestidura regia y bizarra,
te mando ese brazado de ígneos claveles
atados con las cuerdas de una guitarra.

Biblioteca Nacional de España

Cuélgalos de tus rizos como un tesoro,
y trame la bandera de España un juego
hecho con tus cabellos, que son de oro,
y hecho con los claveles, que son de fuego.
Y de tu frente ornando la rubia cima
donde tiemblan reflejos de luz extraña,
estará la bandera clavada encima
de la más alta gloria que tiene España.
Son cual gritos de triunfo de una victoria;
son discos exaltados de rojas frentes;
son deslumbrante arenga de fuego y gloria,
dicha por unos labios de hojas ardientes.
Son pebeteros rojos de los sentidos,
escudos que despiden rojizas flamas,
las ascuas de incensarios estremecidos,
y de un *champán* de pétalos, copas de llamas.
Puestos como crestones de luz del día
sobre el blanco prodigio de tu escultura,
parecerás la imagen de la Alegría,
parecerás la diosa de la Hermosura.
Alzados en tu mano deslumbradora
en el ambiente pleno de luz y brío,
tu belleza triunfante será la aurora
que en alto puesto el cáliz vierte el rocío.
Muéstralos en tu frente de regios trazos
como lumbres que arrojan los yunques fieros,
y fingirás envuelta por los chispazos
la musa noble y grande de los herreros.
Ponlos sobre tu pecho que es urna santa,
con tus dedos que fingen alas discretas,
y serás como un ángel que vela y canta
el sueño misterioso de los poetas.
Alza su copa llena de luz divina

Biblioteca Nacional de España

que el redondel parece de una amapola;
hazte un velo con ellos, serás ondina;
ponlos en tu mantilla, serás manola.
Como quien toma un cáliz que esencia exhala,
llévalos a tu boca, que es de camelia;
bésalos suspirando, serás Atala;
bésalos con locura, serás Ofelia.
Pues con unos claveles como divisa,
en ti está cuanto en famas el mundo llena:
Julïeta, Cleopatra, Safo, Eloísa,
Laura, Beatriz, Hipatia, Ninón, Helena...
. . . . . .
. . . . . .

Biblioteca Nacional de España

LA CARRERA DE ARBOLES

Se oyó un hondo zumbido de bosques agitados,
volvió la muchedumbre los ojos con pavura,
y viéronse los árboles venir arrebatados
en una apocalíptica carrera de locura.

Los árboles frenéticos de todas las ciudades,
los que adornaron calles y plazas y jardines,
sonando a remolinos de intensas tempestades
vinieron desde el fondo de todos los confines.

Los hombres desgarraron sus nidos y sus frondas,
los hombres deshicieron sus ramas en pedazos,
los hombres les hirieron con piedras y con hondas,
los hombres les rompieron los troncos y los brazos.

Y como roto ejército que emigra de la guerra,
venían retemblando los árboles heridos,
con las raíces hondas sacadas de la tierra
en medio de un tumulto de ciegos alaridos.

Biblioteca Nacional de España

Sus pies como madejas de elásticos alambres,
huían impelidos con paso monstruoso,
echando sus tentáculos de trémulas raigambres
como la planta enorme de un cíclope asombroso.

Pasaban sacudidos lo mismo que banderas
deshechos en jirones al dardo de las balas,
sin pompas del estío ni verdes primaveras,
sin risas y sin luces, sin nidos y sin alas.

Vedlos, temblando avanzan con furia arrolladora
trocados en tragedias sus rústicos placeres,
y consternados vuelven la cara indagadora
a ver si vienen hombres, o niños, o mujeres.

Silbando como fustas sus trémulos ramajes
van cual en un desfile de homéricas zancadas,
huyendo de las hordas temibles de salvajes
con las temblantes hojas de miedo alborotadas.

Buscan las vastas selvas, buscan los bosques altos,
el maternal origen que les prestó su aliento,
y por las cordilleras irán a grandes saltos
buscando de sus cunas de riscos el asiento.

Vosotras, cordilleras, eternos oleajes
de un temporal inmenso de bloques de granito:
os buscan vuestros árboles de bíblicos ramajes;
alzadlos a vosotras y toquen lo infinito.

Ellos semejan torres que el sol viste de lumbres,
guardianes que dominan los grandes horizontes,

Biblioteca Nacional de España

son altos obeliscos que Dios plantó en las cumbres,
son bíblicas pirámides que Dios puso en los montes.

Los hombres no merecen tener por compañía
los cedros de altas crestas y troncos perennales,
los pinos resistentes de hombruna bizarría,
las cúpulas soberbias de palmas orientales.

Ved la esbeltez del álamo pasar en la carrera
tronchadas sus aristas y vástagos lucientes;
y la olorosa acacia que cruza lastimera
llorando mustias hojas y cálices dolientes.

Cipreses inflexibles cual índices cristianos,
laureles de áureos triunfos y glorias revestidos,
pasan igual que un roto tropel de soberanos,
pasan como un desfile de dioses destruídos.

¡Oh torbellino ciego de locos vegetales
que a vuestras selvas madres subís por las laderas;
huíd de entre los hombres terribles y brutales,
y os llenará de nidos el sol las cabelleras!

En épocas remotas de siglos venideros
en que en las almas entre la luz de otra cultura,
bajad entre los hombres y sed sus compañeros
cuando sus frentes sepan de amor y de hermosura.

Los árboles son torres que el sol viste de lumbres,
guardianes que dominan los grandes horizontes,
son altos obeliscos que Dios plantó en las cumbres,
son bíblicas pirámides que Dios puso en los montes.

Biblioteca Nacional de España

LAS VACAS

Pasan las vacas desbordando vida;
cada vaca parece un monumento;
de las curvas gallardas de sus vientres
exhalan nieblas de vapor templado.
Pasan con sus alegres campanillas
que suenan a los débiles enfermos
cual campanilla de salud que canta
y dice: «—¡Resucita, soy la fuerza!»
Cruzan las vacas plenas de vigores
con sus ojos de madres amorosas,
familiares, tranquilos y solemnes.
Con la serena majestad de montes
que anduviesen errantes, atraviesan
llevando en el testuz aparatoso
la astada media luna, y los oídos
llenos de larga felpa: los aguzan,
y en el fondo del tímpano gigante
recogen la estupenda sinfonía
de la profusa capital que hierve.

Biblioteca Nacional de España

Un niño de catorce primaveras,
con una vara de aceitoso olivo
por cetro autoritario, las conduce;
y ellas, que por su fuerza incontrastable
pudieran derribar bronces y muros,
obedecen al débil campesino,
y detrás de su vara, en un desfile
pasan con sus ruidosos collerones.
Son unas vacas de ébano lustroso,
cuya lujosa túnica chorrea
en gualdrapas de carne por el cuello
que bajan como noble colgadura.
Otras tienen la clámide dorada
y en su piel reluciente de ámbar rubio
se tiende el sol como triunfal arreo.
Dicen «que sí», «que sí», con la cabeza
al ir tras el zagal que las somete
con su cetro de olivo enarbolado.
De repente, una vaca esplendorosa,
repleta de salud, traza en el viento
una audaz cabriola y se desmanda
en una sucesión de locos juegos
de una hermosura bárbara y suprema.
Se encorva, se distiende, salta, gira,
se sacude los flancos vigorosos
con el penacho de la cola libre,
muge con eco de timbal profundo,
y arranca de la alegre muchedumbre
exclamaciones de placer y asombro:
es la danza soberbia de la vida
que encadena los ojos y las almas.
No más bella la vaca de Pentélico
por Fidias cincelada en el relieve

Biblioteca Nacional de España

del alto Parthenón, de la cadena
arrastra al hombre que atajarla quiso
y juega retozando entre las filas
de Arcontas, Magistrados y Espondóforos.
Al fin entra en el ritmo de la marcha
plena de mansedumbre.
Ante la puerta
del enfermo que aguarda, se detiene,
y sobre el fondo de bruñida herrada,
ahueca las dos ancas poderosas
para que brote el manantial sublime
de la alba leche, maternal y pura.
Enseña bajo el vientre abovedado
el grandioso racimo de sus ubres
colgante y opulento, donde tiemblan
dos hileras de copas naturales
parecidas a vasos milagrosos.
Baja el chorro humeante y afelpado
con rumor que se embota entre la espuma
y multiplica randas prodigiosas
de una blancura casta y deslumbrante.
Al vaso echada la pastosa leche,
el trasluz del cristal la tornasola
de un leve velo de matiz pajizo.
El enfermo la bebe con codicia,
cual si tuviese de la Tierra Madre
la ubre inexhausta en la absorbente boca,
y reciben sus tuétanos endebles
la transfusión gozosa de la vida.
Así, de puerta en puerta, va el desfile
de las vacas ubérrimas, dejando
gracia de Dios y fuerza a los enfermos.
Y cuando a los establos de retorno

Biblioteca Nacional de España

van con los sacros cálices de carne
casi extinguidos de salud y brío,
para apurar la leche rezagada
vienen hacia el encuentro de las madres,
retozando de súbita impaciencia,
los tiernos recentales, que se prenden,
arrodillados, de las gruesas ubres,
y les titilan de placer las colas
mientras beben los senos maternales.
Al traspasar la puerta del establo,
un efluvio de aromas campesinos,
un ancho ambiente de regazo tibio,
un enguantado olor a fofo heno,
se exhala del estiércol oloroso
hecho de avena y cálices silvestres.
Tendidas en el lecho de blandura,
al fin reposan, mientras entra oblicuo
el manojo fragante de verdura
por el extremo de sus lentas bocas,
que mueven, encontradas, sus encías.
Los recentales brincan por sus cuellos,
por sus ancas solemnes; y ellas, mudas,
patalear se dejan las entrañas,
sintiendo en sus regazos la alegría
de ser madres de amor, mil veces madres...

Biblioteca Nacional de España

EL «ORGANO» DE «DESPEÑAPERROS»

LA BATALLA DE BAILÉN

De la audaz Sierra Morena
en el «Organo» dorado,
en el «Organo» de flautas de granito
que dirige sus trompetas al espacio,
repercute una batalla prodigiosa
de Bailén al grito trágico,
donde el águila francesa se deshizo
al chocar contra las puntas de los hierros toledanos.
En el «Organo» resuena la batalla,
y el oído, por el son sugestionado,
ajustándose al granito de las trompas
en los montes esculpidas por el rayo,
nota el ruido persistente de la lucha
sin mirarse el combatir de los soldados,
pareciendo el simulacro de sonidos
al chocar en los flautares soberanos,

Biblioteca Nacional de España

concertante apocalíptico de guerra,
de explosiones y relinchos de caballos.
Es Vedel el exterminio y la locura,
es Dupont el enemigo encarnizado,
y es Reding, de nuestra sangre el heroísmo,
que realiza el plan grandioso de Castaños.
Como dos serpientes cautas que se acechan,
se persiguen y se van entrelazando,
los dos ávidos Ejércitos se siguen,
pretendiendo sorprenderse temerarios;
y por fin, más diligente la culebra
del ejército español, zigzagueando,
va prendiendo en sus anillos cautelosos
los anillos que quisieron encerrarlo,
y estalló entre las dos fuerzas la batalla
con tronidos y lamentos desgarrados,
que en el «Organo» resuenan imponentes
por la Sierra fragorosa retumbando.
Un delirio se percibe,
un profundo declamar del bronce trágico,
un chocar de impetuosos coraceros
y dragones esforzados,
contra masas de españoles combatientes
que se extienden en mil círculos bizarros.
Al rodar Dupré deshecho,
una flauta del gran «Organo» dorado
preludió una salve lírica, y quedóse
con un chorro de lamentos suspirado...
Y otra vez de monte en sierra
va el tumulto de la lucha dilatado,
se transmiten la batalla los crestones,
se transmiten el combate los picachos,
y corriendo de los riscos seculares

Biblioteca Nacional de España

a las rocas de secretos milenarios,
en el «Organo» magnífico se estrellan
y levantan terremotos las trompetas resonando.
Los jinetes que frenéticos
huyen locos a caer por los barrancos,
los lamentos de dolor de los heridos
al sonar sobre la sangre de los campos,
el silbar de los aceros
esforzados,
el zumbido de la pólvora que agranda
las pupilas circuyéndolas de rayos,
y el clamor inmenso, loco, del poema,
con estrofas de crujientes cintarazos,
con estrofas de relinchos, con estrofas de fragores,
con estrofas de relámpagos,
todo el mundo fragoroso de la lucha
que resuena prolongado,
como en bélico fonógrafo se siente
en las trompas del gran «Organo» cantado.
Y al cruzar, tras del furor de la hecatombe,
por delante de la gloria de Castaños
escuadrones y escuadrones de cautivos
con el águila francesa hecha pedazos,
al cruzar los sometidos batallones
por España maniatados
con el águila soberbia del Imperio
el altivo pico roto y las alas arrastrando,
leve el «Organo» transmite
un llorar desesperado,
el llorar de un hombre inmenso,
al que España rompió el cetro entre las manos
y arrojó de sus dos sienes la corona
que por honda escalinata de centurias va rodando,

Biblioteca Nacional de España

va cayendo
a grandes saltos,
va violenta
trepidando,
va rompiendo
los peldaños,
sin que pare la corona en el abismo
del que suben hasta el «Organo» sagrado
los grandiosos brincos trágicos que pega
desde un siglo en otro siglo rebotando...

. . . . . .

Si escucháis la melodía del gran «Organo»
en lo austero del los montes modelado
por cinceles de centellas prodigiosas,
por buriles brillantísimos de rayos,
sentiréis que el Instrumento
«¡Patria!» dice revibrando,
mientras lanza un «Miserere» por las cumbres
con sus trompas de granito dirigidas al espacio.

Biblioteca Nacional de España

EL ENJAMBRE

Colaborando cada cantora con su zumbido,
nutriendo todas el haz vibrante con su sonido,
teje el enjambre la alada música de su tropel:
de sus sonoros carretes líricos salen las notas,
y de la rueca de hilos armónicos surgen las gotas
que hacen riente, candela rubia, de la áurea miel.

Cien mil obreras, todas alegres, cuajan iguales
los huecos leves y logarítmicos de los panales
como una randa, como un encaje de la ilusión,
¡que en nada hay fuente más fecundante, más productora
que el hilo rítmico de la armonía germinadora:
panales, rosas, óperas, versos: cuanto hace el son!

Giran, se enredan, pasan y ondulan entrelazadas,
como las cuentas de un hilo isócrono sinfonizadas,
y articulando la misma nota, van al trasluz;
y la maestra, con su batuta leve y divina,
por un pentágrama de inquietos círculos, va peregrina
ritmando abejas cual si ritmara notas de luz.

Biblioteca Nacional de España

Sabias devanan sus remolinos las hilanderas
—perlas con alas, perlas con música, perlas parleras—,
cantando eufónicas la egregia rítmica de su papel;
y cual si fuesen firmes acentos de una poesía,
de su engranaje surge cual clave de la armonía,
el filarmónico panal eterno, lección de miel.

Lección que enseña la Madre augusta, la Madre exacta;
frágil parece, y es irrompible su urdimbre abstracta;
hecha por ritmo, de sus compases la forma va;
Cátedra lírica, muestra, cual aulas de luz repletas,
su canon músico lleno de siglos a los poetas;
ante los ojos de hombres y edades, abierto está.

¡Lección perenne, troquel sagrado, troquel numérico;
cuanto en la rítmica de ti se aparta, todo es quimérico;
tú eres turquesa, registro y pauta, norma y matriz;
y es tan fecundo tu molde eterno, panal de oro,
que te hace el vate, si en él se vierte, bronce sonoro
que echa en las almas y en las edades flor y raíz!

Callad; oigamos a las abejas laboradoras;
buscando polen, van auscultando, susurradoras,
lechos de cálices, almas de pétalos, bocas de flor:
cuajan el polen como los vates cuajan los trinos,
y uno en la estrofa, y otra en la cera, vierten divinos
miel en la célula, luz en el verso, y ambos amor.

En sus atriles deletreando van su armonía,
y a las edades la van cantando con la poesía,
ambos haciendo—vates y abejas—verso y panal;
y como el fuego del Astro Padre beben sus fieles,

Biblioteca Nacional de España

razas y siglos—en cera y verso—chupan las mieles,
que son en ritmo de savia y verbo don inmortal.

Como millones de gotas tiene la estalactita,
un panal lleva de todo un bosque la flora escrita,
y un vate encierra de todo un siglo la vibración.
¡Con miel y ritmo bañad las penas, pechos humanos;
y haciendo coro donde se trencen todas las manos,
sabios, al libro; fuertes, al yunque; vates, al son!

Biblioteca Nacional de España

LA NITÍDULA

Lentejuela diminuta,
circular chispa de grana;
¿entre este rodar de mundos
qué buscas, punto con alas?
¿A qué vienes con tu disco
de rubí sobre la espalda,
si apenas te ven los ojos,
si mirarte es no ver nada?
Tu minúscula cabeza
la de un alfiler iguala;
tus ojos son las dos luces
más diminutas del mapa.
Como el vello del membrillo
son de sutiles tus patas,
y es tu pecho una molécula
¡donde un corazón se afana!
Y sin embargo, a la vida
vienes vestida de gala,
al cuello mística estola,

Biblioteca Nacional de España

la cabeza coronada,
y una casulla teñida
en las lenguas de las llamas,
que es también cóncavo escudo
donde tu ser se resguarda.
Vestida de sacerdote
cual para orar ante el ara,
¿cuáles ritos son tus ritos?,
¿bajo qué templo consagras?,
¿qué evangelio es el que lees?,
¿qué letanía declamas,
y de qué fuego están hechas
de tu incensario las ascuas?
¿Es que eres más religiosa
que la abyecta estirpe humana
y para a Dios dar tributo
traes tu patena de plata,
tus candelabros de oro,
tu misal de hojas sagradas,
tu tabernáculo puro,
tu música y tus campanas?
Tus pies, aun siendo tan breves,
con ritmo perfecto andan;
tu cabeza, que es un punto,
lleva encendida una brasa;
tus ojos, aunque invisibles,
todo el Universo abarcan;
y tu pecho, que es un átomo,
ríe y llora y siente y ama.
Nada hay pequeño en la vida,
pues tu forma delicada
es tan gigante y grandiosa
que aturde, deslumbra y pasma.

Biblioteca Nacional de España

¿Qué estiletes han escrito
los signos de tu dalmática?,
¿qué buriles la llenaron
de preciosas filigranas?
¿Dónde está el mínimo escoplo
que dió a tu forma la gracia,
y la tijera divina
que recortó tus dos alas?
Peregrina del misterio
vienes no sé de qué escala,
como un signo cabalístico,
como una oscura palabra.
La leyenda que va fija
sobre tu veste preclara
como la extraña escritura
de una pluma enmarañada,
alguna frase combina,
algún acorde entrelaza;
eres letra de alto idioma,
inicial que vive y anda,
hoja de un libro ilegible,
sublime clave cerrada,
alfabeto que principia
o silabario que acaba.
Si es que vienes de lo ignoto,
letra muda, vibra y canta,
y explícanos los teclados
que van de Dios a las causas.
En tu manto van inscritas
de una oscura Ley las tablas,
y eres códice que lleva
una institución extraña.
Tu dorso cóncavo esconde,

Biblioteca Nacional de España

como en altar que lo ampara,
el Infinito Misterio
bajo llave consagrada.
Abre el sagrario precioso
que va cerrado a tu espalda,
y como el que abre dos conchas
mostrando dos perlas raras,
muestra los pliegos cerrados
de tus dos trémulas alas
y dé Dios clara lectura
al gran enigma que guardan.

* * *

Abre el insecto sublime
las leves hojas del ara,
y los dos vuelos descubren
sus herméticas palabras.
Y del papyro caótico
aparecen en las páginas,
hechas por pulso epiléptico,
confusas cifras que bailan.
Atención: parad, estrellas;
parad, soles; parad, almas;
silencio en el Orbe; oíd
lo que hay escrito: ¡Dios habla!...
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Biblioteca Nacional de España

LA SIESTA

ESCALA DE VIDAS

Esperando el descanso de la marea
paso en vela las horas del mediodía,
viendo el mundo de seres que burbujea
en el campo esplendente de Andalucía.

Por librarme del fuego que el sol derrama,
con el cual las cosechas madura y dora,
me siento bajo el palio de verde rama
donde tórtola humilde sus penas llora.

Cerca, salta del seno de roca viva
una fuente en deshechos libres collares,
que en polvo de frescura va fugitiva
salpicando chumberas y platanares.

El sol, clavando rayos entre la fronda,
con saetas de oro la agujerea,
volviéndola calado de fina blonda
que, al moverla la brisa, relampaguea.

Biblioteca Nacional de España

Por los tallos menudos de ese calado,
librándose del fuego que el cielo envía,
atraviesa el desfile filigranado
de mil vivos insectos de pedrería.

Trepan las moscas verdes y venenosas
con alas impalpables como tisúes
por las cañas flexibles y primorosas,
llenas de lisos trancos, de los bambúes.

Describiendo su loco vuelo intranquilo,
atraviesa la avispa, de agudos ecos,
con cintura que tiene grosor de un hilo
y patas que le cuelgan como dos flecos.

El tábano recoge de los charcales
agua para su leve nido inseguro,
que tiene la figura de los panales,
con las celdas redondas, de fondo oscuro.

Desfila el abejorro cual una flecha
y parece, de negro todo vestido,
una rápida bala de ébano hecha
que estremece los aires con su zumbido.

La moscarda, que al toro pica y dispara,
cuyas patas semejan hierro candente,
se lava las dos manos con agua clara
cual si hilando estuviera junto a la fuente.

La libélula traza juegos distintos
con sus cuatro alas libres de leve tela

Biblioteca Nacional de España

y dibuja en el viento mil laberintos
como larga boquilla de ámbar que vuela.

Los cínifes, en ronda sutil y esquiva,
lanzan terco pitido de la garganta,
y finge, al sol girando su rueda viva,
polvareda invisible que punza y canta.

Los grillos monocordes no dan su nota,
pero ansiosos de sombras y de hermosura,
junto al agua hecha rizos que alegre brota
refrescan la tristeza de su negrura.

La abeja desviada de los enjambres
revuela de la fuente junto a los hilos
cargada con las mieles de los estambres
y el almíbar dorado de los pistilos.

Girando en la candela del rubio día
cual almas que salieran de abiertas rosas,
epilépticas trazan su geometría,
como llamas errantes, las mariposas.

La chicharra panzuda, de lentas zancas,
con pesadez penosa las va moviendo
y las apoya y gira cual dos palancas,
transportando el abdomen glauco y horrendo.

Por entre el haz de juncos donde se pierde,
y entre temblor de luces que opaco oscila,
lleva el escarabajo su concha verde
igual que una esmeralda que al sol rutila.

Biblioteca Nacional de España

Pasa a brincos, ganando tierras y tierras
el cigarrón, de muslos como dos palas,
que tiene por los bordes dos leves sierras
y guarda en dos estuches las tenues alas.

Las hormigas invaden tierra y espacio:
las hay raras, de un vivo zumbar sonoro,
de coral, de amatista, perla y topacio,
de ágata, de zafiro, pórfido y oro.

El «caballo del diablo» lento se pierde
entre el césped menudo que leve chafa;
parece un saltamontes de manto verde
con el cuello alargado cual la jirafa.

Con su cónica espalda que el sol riela,
va de las frescas gotas junto al rosario
el «cochinico-rosa», que, cuando vuela,
se abre en dos hojas de oro como un sagrario.

La de «buenas noticias», mosca dorada,
porque esmalten sus alas chispas de lluvia,
entre el polvo del agua tiembla encantada
como una mariposa de felpa rubia.

La maligna tarántula, de cuerpo chica,
va mostrando en el pecho breve vihuela,
y hace bailar al hombre cuando le pica,
con diabólicos brincos de tarantela.

Las moscas, componiendo leves escalas
que cerdean cual fibras de un instrumento,

Biblioteca Nacional de España

con metálicas músicas tocan sus alas
las danzas de colores que echan al viento.

El rastrero gusano remiso llega,
distanciando y uniendo cola y hocico,
acordeón viviente que se repliega
cual la tela obediente de un abanico.

Y la cigarra egregia, la gran cantora,
ascua del sol caída, musa con alas,
canta de la áurea siesta dominadora
inflamando en su fuego, frutos y galas.

A su voz, los insectos de pedrería
desfilan cual inmenso collar galano,
y brillan al incendio del mediodía
como chispas que rojo lanza el verano.

En su voz fecundante canta el estío,
ella es mecha inflamable, pólvora y fuego,
voz que al mandar, rotunda de poderío,
todo zumba y se enciende de amores ciego.

Su voz es *fiat* sublime que abrasa y crea,
torrencial melodía que infla las ramas,
que desarrolla vidas, hierve y procrea,
y que a las mismas piedras arranca llamas.

Cante, y digan sus himnos *¡el campo es mío!:*
preñe la Tierra toda su voz, que es verso;
y al semen de su música que es sol y es brío
se multiplique en glorias el Universo.

Biblioteca Nacional de España

LOS BÁRBAROS EN ROMA

Viene el turbión de corceles corriendo con ímpetus hondos,
como banderas las trágicas crines en giro violento,
como el zumbar de las trompas de guerra los cascos redondos,
como espirales de lumbre los largos relinchos al viento.
Del Septentrión se descuelga rodando la nube rugiente
y sobre Roma camina con paso de audaz cataclismo;
guía el caudillo brutal con su espada el furioso torrente,
cual si de un mar descorrida la puerta, lo echara el abismo.
Desinfectante parece la nube de aceros de guerra,
que cual cloruro triunfal por los campos sus ondas dilata,
y hacia el Imperio podrido de Roma, que mancha la tierra,
va de los bárbaros a entrar retemblando la atroz catarata.
Mánchase Roma, cual cerdo epicúreo, sin Dios ni decoro;
cual prostituta que en virus impregna sus vastos dominios,
y mientras goza la loba latina en su lecho de oro,
llenan mancebos y abyectas hetairas los áureos triclinios.
Vibra el estruendo al chocar de las copas que encieden la
[orgía,
va la locura su tirso agitando de risa y misterio,

Biblioteca Nacional de España

y bajo techos que el arte romano doró de alegría,
truenan las noches de vicio y lujuria del báquico Imperio.
Llenos sus ojos de polvo de oro, no ve, ciega, Roma
que el Septentrión se desborda en guerreros e hirvientes
[raudales,
y que lo mismo que un bíblico azote, colérico asoma
el huracán de caballos tremendos y cascos brutales.
Dando un lamento que aún viene llenando de horror las
[centurias,
paralizaron la sangre en las venas los fieros clarines;
se dilataron sus ojos aún llenos de ardientes lujurias,
y desquiciaron sus vasos de oro de áureos festines.
Y como son de volcán que borbota su fuego estallante,
el patear de caballos óyese profundo y extenso,
y retemblaron las siete colinas de Roma gigante
al arrasarlas los bárbaros, roncos, cual cúmulo inmenso.
Rotas saltaron las altas columnas al choque imponente;
rudas se alzaron las piedras heridas, cual bélicas mazas;
de los palacios tronaron los muros, cual son de un torrente,
y un terremoto cernió tremebundo rotondas y plazas.
Entre el saqueo, murieron del arte las páginas bellas;
entre el incendio, volaron las glorias de siglos pasados;
bajo las cerdas de pechos membrudos se holló a las doncellas;
bajo los templos, rodaron los ídolos y vasos sagrados.
Y al trepidar la ciudad corroída por viva carcoma,
de su tragedia surgió más potente, cual árbol no visto,
alta la Cruz, que rasgó con sus aspas el cielo de Roma.
¡cual facistol de que son libro abierto los brazos de Cristo!

Biblioteca Nacional de España

ARCO DE TRIUNFO

(PRÓLOGO A UN LIBRO)

La voz de toda América le pides a Darío,
la voz de toda España le pides a mi acento,
al cisne desplegando las alas en el viento,
y al pavo real abriendo la cola como un río.

Quiere de las dos aves tu egregio señorío
hacer un áureo escudo de gloria a tu talento,
en que deslíe el cisne su blando movimiento,
y en que la cola estalle de rosas y de brío.

Pero es mejor trofeo tender Rubén su mano,
tenderle yo la mía por cima al Oceano,
y así formar un pórtico sobre el azul intenso.

El tañerá su lira, yo tocaré mi trompa,
y en una regia nave llena de sol y pompa,
tú cruzarás, poeta, bajo del arco inmenso.

Biblioteca Nacional de España

LA PANDERETA

Hizo Dios un magnífico pandero
que sirviese de caja a la alegría,
doró su cerco con la luz del día
y lo dejó entre lazos prisionero.

Hechas con placas de metal ligero
le intercaló sonajas a porfía,
y dió estrépito loco y armonía
al ronco parche de tirante cuero.

Lo echó a rodar en torno del planeta,
y cruzó la sonante pandereta
por todas las naciones que el sol baña.

Fué perdiendo vigor cada segundo,
y al acabar de recorrer el mundo
besó la tierra y se paró en España.

Biblioteca Nacional de España

EL FRISO DEL PARTHENÓN

I

EL PARTHENÓN

¡Oh, Parthenón de mármoles divinos
con que se ornó la Acrópolis de Atenas:
de tus líneas sublimes y serenas
sólo halla el hombre restos peregrinos!

Pero aun rotos tus muros diamantinos
cual caravanas bajo mar de arenas,
la mente humana de esplendores llenas
y ríes en los aires cristalinos.

En los celestes mundos del ensueño,
aún es Pericles tu sagrado dueño
y es genio Fidias, que a lo eterno alcanza.

Y aún la Minerva, que ante ti se erguía,
sirve a las almas de radiante guía
con la alta luz de su gloriosa danza.

Biblioteca Nacional de España

II

LA CELA

En derredor del templo milenario
vese en los muros regia cabalgata,
que ondulando se extiende y se dilata
con el compás de un rítmico rosario.

Hecha a cincel por genio estatuario,
finge un andar de vírgenes de plata,
donde la luz se rompe y desbarata
entre el reír del griego santuario.

Dando la vuelta al templo milagroso
corre un intercolumnio cadencioso
como un paso numérico y preciso,

y detrás de sus mármoles se mira
cual tras las cuerdas de grandiosa lira,
¡la augusta y larga procesión del Friso!

III

LOS DIOSES

En amplio semicírculo sentados
están los dioses en honor de Atena,

Biblioteca Nacional de España

y una quietud olímpica y serena
se extiende por sus mármoles sagrados.

Entre los sacros dioses congregados,
Zeus preside la grandiosa escena,
Hera lo mira y con su amor lo llena,
Apolo entona versos inspirados.

Marte levanta la guerrera frente,
Hermes mira la fiesta que, esplendente,
avanza con sus grupos y cuadrigas.

Y se mezclan en gérmenes opimos,
Dionisios, que madura los racimos,
y Deméter, que grana las espigas,

IV

ATENA

Tímida luz de castidad la anega
y da grandeza a su ideal figura;
su tierna y nobilísima escultura
digna es del pueblo que a admirarla llega.

Fina serpiente, retorcida juega
ciñendo de su mano la blancura;
y el manto que a sus hombros se asegura
el céfiro lo pliega y lo despliega.

Biblioteca Nacional de España

En su cíclope, por música templado,
lleva el brazo gentil aprisionado
como en defensa del embate rudo.

Y ambicionara el entusiasmo ciego
despertar otra vez el mundo griego
al son de un golpe en el redondo escudo.

V

AFRODITA

Venus, la de los senos adorados
que nutren de vigor savias y rosas;
la que al mirar derrama mariposas
y al sonreír florecen los collados;

la que en almas y cuerpos congelados
fecunda vierte llamas generosas,
de Eros a las caricias amorosas
ostenta sus ropajes cincelados.

Ella es la fuerza viva, el soplo ardiente
de cuanto sueña y goza, piensa y siente;
de cuanto canta y ríe, vibra y ama.

En el niño es candor, eco en la risa,
en el agua canción, beso en la brisa,
ascua en el corazón, flor en la rama.

Biblioteca Nacional de España

VI

EL PEPLOS

Ya un joven brinda al sacerdote el velo
simbolizado con figuras bellas
que tejieron las hábiles doncellas,
gloria y honor del ateniense suelo.

Es la áurea tela cual jirón de cielo
con diversos colores por estrellas,
y lanzará sus haces de centellas
de Atena augusta entre el undoso pelo.

Ya el sacerdote acércase a la diosa;
ya está bajo su vista poderosa;
ya le da el velo que a sus hombros ata.

Y después de entregado su tesoro,
se ven pasar las vírgenes en coro
bajo un temblor de túnicas de plata.

VII

LOS ARCONTAS

En amplios himationes rebujados,
que a sus figuras, dóciles, se avienen,

Biblioteca Nacional de España

esbeltos los Arcontas se sostienen
en sus bastones de laurel labrados.

Junto a los sacros dioses colocados
en conversar afables se entretienen,
viendo los grupos que avanzando vienen
por heraldos distintos ordenados.

Cada Arconta gallardo manifiesta
noble emoción por la grandiosa fiesta
dedicada de Atena a la memoria.

Y contemplando el séquito ondulante,
lo ven venir soberbio y deslumbrante
cual áureo río de hermosura y gloria.

VIII

LAS CANÉFORAS

Deteniendo severo magistrado
su pie ante las canéforas preciosas,
mira en sus caras de purpúreas rosas
el pudor por carmines dibujado.

El temblador ropaje replegado
les da esbeltez de vírgenes graciosas
y llevan en las manos primorosas
ricas bandejas de oro cincelado.

Biblioteca Nacional de España

Sobre el metal que espejeando brilla,
del sacrificio llevan la cuchilla
que al magistrado, cándidas, ofrecen.

Y le brindan también trigo flamante,
que en las canéas de oro rutilante
rubios granizos con el Sol parecen.

IX

LAS DONCELLAS EUPÁTRIDAS

En el mármol pentélico labradas
de otras vírgenes van las hermosuras,
cuyas blancas y luengas vestiduras
fingen alas de cisnes replegadas.

Conducen en las manos delicadas
jarras de líneas áticas y puras,
fíales con mitológicas figuras,
incensarios y copas cinceladas.

El grupo de elegancia y de belleza
pasa con su adorable gentileza
como visión que vaga se desliza.

Y bañando sus ropas esplendentes,
dijérase que pasa por sus frentes
luz inmortal que el mármol diviniza.

Biblioteca Nacional de España

X

LOS CARNEROS

Los cándidos e idílicos corderos
que atenienses Colonias enviaron,
en el mármol olímpico mostraron
astas torcidas y lanosos cueros.

Voces de mando como gritos fieros
de los guías tronantes escucharon,
y al paso de la fiesta se ajustaron
dando al aire balidos lastimeros.

Muestran tanta verdad y poesía,
que hasta piensa escuchar la fantasía
del rebaño dulcísimo las quejas.

¡Prodigioso el artista conmovido
que hebras hizo el pentélico bruñido
para formar vellones y guedejas!

XI

LAS VACAS

Brillante con el brillo de la vida,
de asta pequeña y de pezuña breve,

Biblioteca Nacional de España

de piel con la blancura de la nieve
y ubres como una fuente dividida,

va a una cadena de metal prendida
la res lustrosa donde el Sol luz llueve,
y arrastra al hombre cuyo paso mueve,
retozando de todo sorprendida.

Muge, brinca, sacude la cabeza;
la espléndida salud, que es su belleza,
muestra en el ancho lomo y cuello altivo.

Y cuando cesa, de jugar cansada,
mansa, enorme, paciente y reposada,
¡parece andando un monumento vivo!

XII

LOS ESCAFÉFOROS

Pasan los Escaféforos erguidos
con escafes en bronce modelados,
que en los brazos al aire adelantados,
llevan sin fatigarse sostenidos.

Por el luengo ropaje revestidos
van a un plácido ritmo encadenados,
y sus pies extendiéndose pausados
se suceden por música movidos.

Biblioteca Nacional de España

En las vasijas donde el Sol destella,
que a un barco imitan en la forma bella,
se ven frutas de tonos desiguales.

Y en medio de las frutas olorosas,
se admiran entre círculos de rosas
mieles rubias en áticos panales.

XIII

LOS ESPONDÓFOROS

Llevan sobre los hombros apoyadas
hidrias repletas de hervoroso vino,
jarras de un modelado peregrino
con heroicas pinturas adornadas.

Al magno sacrificio destinadas,
muestran airosas su diseño fino,
y parecen rocío cristalino,
llenas de luz, sus gotas irisadas.

Es el que Grecia en sus viñedos cría
vino de luz, de aroma y de poesía,
que inspiración derrama por las venas.

El que entre el ruido del festín sonoro,
llenos los fíales hasta el borde de oro,
bebe riendo la triunfante Atenas.

Biblioteca Nacional de España

XIV

LOS CITARISTAS

Con plectro de marfil tocan la lira
los músicos de manos acordadas,
y de las siete cuerdas combinadas
brota el raudal que a la ilusión inspira.

Anacreonte que de amor delira,
Safo con sus estrofas inflamadas,
parecen palpitar en las doradas
fibras de luz donde el placer suspira.

Con tal belleza lanzan los sonidos
los instrumentos a compás heridos,
que el alma arroba su cadencia clara.

Zeus, tal vez, robado de su coro,
dotó a Grecia de un aire más sonoro
para que en él la música cantara.

XV

LOS AULETAS

Grupo de flautas estremece el viento
con riente y diabólica armonía;

Biblioteca Nacional de España

al mundo entero Grecia vencería
dando a las notas gracia y movimiento.

Son en sus dedos rítmico portento,
fuente de luz, de encanto y de alegría,
¡que hay un Silfo travieso, se diría,
encerrado en el músico instrumento!

Toca en Eolio, en Frigio, en Lidio, en Jonio,
y desgrana en las alas de Favonio
miles de notas en fugaz fermata.

Sus manos delicadas son de rosas,
y canta Grecia en flautas melodiosas
de oro, hueso, laurel, ébano y plata.

XVI

LOS TALÓFOROS

Con las ramas de olivos en las manos
y los rostros barbudos y severos,
de su vida en los límites postreros
pensativos avanzan los ancianos.

Se extinguieron sus ímpetus lozanos
como en lo azul se apagan los luceros,
y se ven al final de sus senderos
menos felices, pero más humanos.

Biblioteca Nacional de España

Aunque a la Tierra la cabeza inclinan,
también en pos del ideal caminan;
y van mientras su forma se conserva,

con la mente soñando en la hermosura,
el corazón gozando en la ternura
y los ojos clavados en Minerva.

XVII

LAS CUADRIGAS

De los cuatro corceles la bravura
excita airado el impaciente auriga,
y arranca al pavimento la cuadriga
relámpagos de efímera hermosura.

Sobre el carro destaca su figura
fuerte Apobates libre a la fatiga,
que en la carrera a resistir se obliga
el argólico escudo y la armadura.

El conductor, los frenos descuidando,
el carro precipita retumbando
sobre los grupos con furor violento.

Pára un heraldo el ímpetu gigante,
¡y quedan los corceles un instante
pataleando en el azul del viento!

Biblioteca Nacional de España

XVIII

LA CABALLERÍA

Dando a la fiesta militar decoro
avanza un escuadrón: son los corceles
que mezclan en espléndidos tropeles
frenos de bronce y frontaleras de oro.

Como los pinta el clásico Heliodoro
con pluma que avasalla a los pinceles,
van a la rienda que los manda fieles
y relinchando al galopar sonoro.

Mancebos con jitones y diademas
pasan cual manchas de color supremas
dejando un punto el ánimo suspenso.

Y el oído recoge entusiasmado
el militar estruendo, redoblando
con el profundo patear inmenso.

XIX

EL PEPLOS EN LA NAVE

Como vuelve el motivo melodioso
de musical composición divina,

Biblioteca Nacional de España

vuelve otra vez en nave peregrina,
abierto al Sol, el péplos primoroso.

En su tejido mágico y radioso
lucha de hombres y dioses se adivina,
y, dibujada en oro, se ilumina
Atenea en el centro esplendoroso.

Mancha la tela el azafrán dorado
y el tono oscuro del color violado,
donde la luz se tiende como estela.

El Sol lo dora y a la vez lo azula,
y, sobre el mástil desplegado, ondula
como una rica y deslumbrante vela.

XX

A ATENA

¡Virgen Minerva, sabia y generosa!
a ti va en larga procesión Atenas;
tú que las almas y los siglos llenas,
guíala con tu lanza luminosa.

Tan alta está tu estatua esplendorosa,
que absorto el hombre la divisa apenas,
y en regiones sublimes y serenas
se hunde tu casco de divina diosa.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID
Biblioteca Nacional de España

Es Sol fecundo el arco de tu frente;
sé cual del Norte estrella reluciente
que guía la errabunda caravana.

Y vaya a ti como a Ideal Eterno,
¡en un relieve vivo y sempiterno,
esta infinita Procesión Humana!

Biblioteca Nacional de España

EL ALMA DE ASTURIAS

Asturias un lamento va suspirando,
que es la voz de sus vivas ansias secretas,
lamento largo y triste que van cantando
los ejes dolorosos de sus carretas.

Por todos los caminos de sus montañas,
por todas sus gargantas y sus senderos,
dan al dulce paisaje notas extrañas
los ejes quejumbrosos y lastimeros.

Dicen que ese lamento que el eje imita
es para que se alegren los fatigados
bueyes, en cuyos ojos, que el canto excita,
los hórreos y paneras van retratados.

Dará a la bestia mansa brío y destreza
esa canción que imitan los ejes tardos,
pero al alma que siente, da una tristeza
que la punza y la eriza de agudos dardos.

Biblioteca Nacional de España

No es el eje asturiano la alegre lira
que del pecho el agudo dolor rechaza;
es la gaita llorosa, donde suspira
la nostalgia que lleva toda una raza.

Tapan su triste cielo montes y montes,
velan su eterna lluvia valles y valles,
cierran altas barreras sus horizontes
y fantasmas de nieblas cruzan sus calles.

El frío en sus entrañas tiembla escondido,
a acurrucarse en ellas la bruma baja,
y la nevada muda, de alas sin ruido,
le hace con blandos lirios gruesa mortaja.

Y dando a ese concierto voz, ritmo y canto,
que por montes y valles vagando gira,
como una nota eterna de pena y llanto
el eje en las carretas lento suspira.

¿Por qué estás afligida, comarca bella,
si tienes de manzanas áureos collares,
si en ti el mar de lo grande ruge y se estrella
y en ti con sus prodigios se alza el *Pajares?*

Las *xanas* misteriosas que hay en tus riscos,
los genios que sus aguaas llenan de seres,
dan miedo a los pastores en los apriscos,
dan espanto a tus niños y a tus mujeres.

Por tu ambiente desfilan largas leyendas,
que las viejas, hilando, cuentan sentadas

Biblioteca Nacional de España

bajo el ahumado techo de sus viviendas,
mientras que las panochas son deshojadas.

Refieren rancios cuentos de paladines
que al frente de las tropas van denodados,
y al son vivo y guerrero de los clarines
van dejando a los moros acuchillados.

Ya es Pelayo el que evoca la vieja enjuta
bailando hacer el huso sobre la rueca,
cuyo enemigo emprende la rauda ruta
temblando en su coraza bollada y hueca.

Ya es Favila el que llena sus narraciones
mientras trama los hilos del lienzo blanco,
y de un oso roído, va entre visiones
rondando su esqueleto por el barranco.

Todo es en ti sombrío, vago y doliente,
¡oh, Asturias, que Dios hizo de una esmeralda!
ceñida de fantasmas llevas la frente,
recamada de duendes llevas la falda.

Tu capuchón de lluvia que imita el llanto,
al envolver tus calles con sus madejas,
cuelga de tus aleros perpetuo canto
de lamentos, suspiros, ayes y quejas.

Menudísima lluvia de hilos sutiles
te nubla en tus telones y cortinajes,
y desfleca ondulando líneas a miles
sobre las vacas lentas de tus paisajes.

Biblioteca Nacional de España

Todo en tu eterna lluvia se borra y pierde,
y tu luz es la mueca de una agonía
que del ánimo arranca cual tedio verde
la canción de la estéril hipocondría.

Y dando a tu tristeza más aflicciones,
por tus faldas y cumbres altas y escuetas,
va oprimiendo de angustia los corazones
el chirrido doliente de tus carretas.

Alza al aire en la copa tu sidra de oro,
y abrillanten tu cielo tintes lozanos,
y arrastre de tus ríos el haz sonoro
tus fantasmas y brujas, monstruos y enanos.

Alza tu sidra clara que es la alegría
y con su hervor dorado tus labios riega,
con ramas de manzanos tus sienes lía
y brote de tus labios la risa griega.

Haciendo la vendimia de tus manzanas
lleva las agrias pomas a tus lagares,
y las prensen tus nobles hembras galanas
mezclando con retozos tiernos cantares.

Allí den, bajo ruedas exprimidoras,
lagrimeando el jugo color topacio,
hasta que eche en las cubas germinadoras
aquella risa amada del viejo Horacio.

Que es tu sidra luciente de grato gusto,
igual que el generoso mozuelo vino

Biblioteca Nacional de España

que bebió en Roma antigua César Augusto
de la clásica copa del gran latino.

Detén de tus carretas el triste paso
y arráncale a sus ejes la melodía...
Y pon al borde hirviente de tu áureo vaso
un cerco de cigarras de Andalucía.

Biblioteca Nacional de España

HIMNO A LAS VÍBORAS

Son las víboras precisas para orgullo de las rosas.
Bendigamos a las víboras como marcos venenosos;
sobre el fondo emocionante de tus trazos tenebrosos
son las rosas más divinas, más triunfales, más hermosas.

Ensalcemos a las víboras que se arrastran pavorosas
como fondos relevantes de los hombres luminosos;
un clavel sobre lo negro, tiene tintes más gloriosos;
la virtud sobre un veneno, tiene luces más grandiosas.

Sin el fondo de la sombra, no da luz ninguna estrella;
sin estiércol que lo manche, no da el cáliz la flor bella;
sin el nácar maltratado, no hubo perlas primorosas.

Sin el fuego que lo muerda, el carbón no tiene llama;
sin la envidia que lo azote, no consigue el genio fama.
¡Bendigamos a las víboras, para orgullo de las rosas!

Biblioteca Nacional de España

SILABARIOS ERRANTES

¿Dónde vais errantes, mudos silabarios,
que en conchas e insectos erráis solitarios
y nadie comprende vuestras consonantes,
vuestras raras sílabas de tintas brillantes,
vuestros participios y conjugaciones,
vuestros adjetivos e interrogaciones?
Sus abecedarios de luz infinitos
llevan en sus cóncavos las conchas escritos;
sus abecedarios de tonos selectos
llevan en sus clámides los leves insectos;
sus abecedarios cual letras de encajes
llevan por el viento todos los plumajes;
sus abecedarios de tintas y llamas
componen los peces con cifras de escamas:
son Mar, Tierra y Cielo cien mil silabarios
¡que viven tejidos y están solitarios!
¿Qué dicen, Dios mío, los raros idiomas
que vagan por cielos, por mares, por lomas?
¿Por qué se embellecen de tonos gentiles
las letras de escamas, si son de reptiles,

Biblioteca Nacional de España

y, en cambio, no lucen sublimes colores
las letras de plumas, si son ruiseñores?
¿Por qué el pez idiota se viste iniciales
que son como acordes de letras triunfales,
y en su curva espalda la serpiente lleva
su tipografía policroma y nueva,
y el tosco lagarto desata entre el día
sus letras brillantes de real pedrería?
Una ardiente página de espléndido estilo
en su horrible dorso lleva el cocodrilo;
de rubios renglones el tigre se llena;
un listado ritmo salpica a la hiena;
otro ritmo bello la víbora inflama;
otro a la pantera le escribe una llama;
y en cuanto es perfidia, fiereza o veneno,
¡de un idioma de oro el manto va lleno!
¿Qué dicen, Dios mío, las cifras que escribes?
¿Qué dicen los signos que al mundo transcribes?
¿Qué dicen tus raros idiomas magníficos?
¿Qué dicen tus pieles de mil jeroglíficos?
¿Qué dicen las frases de chispas de soles
que das a los nácares de mil caracoles?
¿Qué dicen las conchas orladas de grecas,
hendidas de rayas, pobladas de pecas?
¿Qué escriben con trazos de luz enigmáticos
en los ricos mármoles tus dedos erráticos?
Para amar tus signos, quisiera leerlos;
para amar tus tonos, quisiera entenderlos;
pues en todo has puesto tu sabiduría,
y nada hay sin lógica, sin bien, ni armonía.
Yo siento lo triste de la azul ojera
de la campanilla de una enredadera,
mas no sabe el alma, que incierta vacila,

Biblioteca Nacional de España

asomarse al fondo de su honda pupila.
Hay un sentimiento que llega a mi mente
en el signo lirio y el alma lo siente,
pero al meditarlo, turbio el pensamiento,
no sabe el camino de ese sentimiento.
Gozo la poesía de acentos iguales
que hacen con candelas los rubios panales,
mas mi inútil frente se rompe y se estrella
ante cada signo de su forma bella.
¿Es *a* de un dialecto la cifra diamante?
¿Es *e* de un idioma la perla radiante?
¿Es *i* la preciosa turquesa azulada?
¿Es *o* la del ópalo pupila nublada?
Letras, alfabetos, signos, silabarios,
idiomas y frases erráis solitarios,
sin cambiar ansiosos las almas distintas,
cambiando las luces, los tonos, las tintas;
yo quiero, yo adoro saber vuestro idioma
y entrar en sus signos igual que un aroma,
igual que un espíritu que leve penetra
y aprende sus frases y entiende su letra,
para, al ser de todos intérprete sabio,
y oír cada letra y oír cada labio,
unir los afectos de toda la tierra
y cuantos amores divinos encierra;
y haciendo las lenguas legibles y claras,
desde las del hombre hasta las más raras,
lograr que entendieran los seres distintos
sus lenguas formadas de mil laberintos;
pues son los idiomas terribles fronteras
que hacen de los hombres indómitas fieras,
y un combate trágico, feroz y diverso,
de todos los seres del vasto Universo.

Biblioteca Nacional de España

EL PUENTE COLGANTE

Fué en sueños. Era un puente magnífico y colgante,
que sobre el haz amplísimo del agua hecha serpientes,
tendía en línea enorme su comba emocionante
hecha con cuerdas bárbaras de hierros resistentes.

Suspensas en los aires, tramaban vigorosas
con firmes barandales, y cruces, y tejidos,
el gran columpio trágico de bases poderosas,
a las que en mil cadenas quedábase prendido.

Haciéndose jirones, el viento atravesaba
las láminas de hierro prendidas en encaje,
y el puente, o arpa, o lira, rotundo preludiaba
un canto prodigioso de un ímpetu salvaje.

Por medio de pagodas, palacios, templos, vías,
abríase en dos márgenes el gran río sonoro,
formando dos ciudades de agudas cresterías
que el Sol empavonaba cual dos ciudades de oro.

Biblioteca Nacional de España

Volvían los ejércitos trayendo en las espadas
chispazos victoriosos y luces altaneras,
insignias con laureles de triunfo coronadas
y un haz grandioso y libre de ingrávidas banderas.

Llenaban los espacios las bandas que tejían
con notas de entusiasmo motivos militares,
y en regios miradores, flotando, parecían
los miles de pañuelos hervores de los mares.

Entraban en el puente garridos batallones,
bizarras compañías, compactos regimientos,
y la tremenda comba de férreos eslabones
cual mecedor de cíclopes cimbrábase en los vientos.

Y aquella hamaca horrísona de tramos vigorosos,
todo un glorioso ejército de punta a punta alzaba,
y como en cuna enorme o en lecho de colosos,
cien mil hombres a un tiempo prendía y columpiaba.

Cual una gran serpiente, abajo el torvo río
la presa del ejército miraba resbalando,
como una aciaga boa de inmenso poderío
que bajo el Sol se extiende la víctima acechando.

Pasaban las banderas del plomo desgarradas,
los trajes hechos trizas, bollados los cañones,
las caras y las manos de rojo ensangrentadas,
las bocas denegridas por ciegas maldiciones.

Ahítos de saqueo, ya un templo profanaron,
ya de impecables vírgenes hirieron el decoro,

Biblioteca Nacional de España

de ancianos y de niños los cuellos cercenaron,
y el himno de la muerte sonó cual ebrio coro.

Pasaban entre vivas y ráfagas de gloria,
borrachos de ignominias como un tropel de males,
¡porque eso es un ejército que alumbra la victoria:
una infinita cuerda de atroces criminales!

Y sobre aquel desfile de bestias embriagadas
con sangre del vencido, caían a torrentes
laureles y palomas de plumas no manchadas;
para las armas, rosas, y luz para las frentes.

¡Cuándo alzará un patíbulo tu mano justiciera,
¡oh, Dios!, tan grande y amplio que en él penetre a mares
todo un triunfal ejército que estrangulado muera
en un dogal que abarque los cuellos por millares!

El torvo río acecha cual boa al Sol tendida,
como serpiente enorme de anillos fabulosos,
mientras la hamaca inmensa se comba sacudida
por el tropel de invictos soldados victoriosos.

Verdoso eriza el río sus trémulas escamas,
se anilla y desenrosca lo mismo que en un juego,
y desencaja horrible su gran ojo de llamas
que el Sol finge en su fondo como un disco de fuego.

De pronto, cruje el recio columpio en las alturas,
se rompe la gran comba de láminas fatales,
y entre el zumbido inmenso de un mundo de locuras,
saltan, rasgando el cielo, los férreos barandales.

Biblioteca Nacional de España

Y la balumba ciega de espantos y de horrores
baja a la Boa bíblica, que la sepulta horrenda,
en tanto puñalean los vientos los clamores
y el suelo cruje y zumba con la emoción tremenda.

....

¡Oh, río de venganzas, que trueca las fortunas;
ahoga los ejércitos triunfantes, y vencidos;
forma de las espadas ruedas para las cunas,
saca de los cañones calor para los nidos!

Cruza de las Naciones las rígidas barreras
en el zigzag sublime que entre los hombres trazas,
y escupe, arrolla y rompe los miles de banderas
que son deshonra y reto que arrójanse las razas.

Biblioteca Nacional de España

EL ENTIERRO DE NOTAS

EN LA MUERTE DEL GRAN MÚSICO CABALLERO

Al compás de una cadencia las hormigas van cantando,
las hormigas o las notas que al andar van recitando
por el raro laberinto del pentágrama ideal:
en renglones jeroglíficos, confundiendo sus raudales,
van por líneas paralelas las hormigas musicales
componiendo un largo entierro que camina a lo inmortal.

¿A quién llevan en los hombros las hormigas susurrantes
cual rosarios movedizos de partículas cantantes?
¿A quién llevan en la fúnebre y andariega procesión?
Va en sus hombros descansando bajo tristes liras rotas,
el espíritu de un músico convertido en haz de notas
que, siguiéndose, se alargan, componiendo una canción.

Lleva el séquito fermatas y alargados calderones,
sostenidos y corcheas cual tupida red de sones
que componen un bordado como un rítmico tisú;
lleva el séquito los himnos que del arco se levantan,
semifusas como enjambres que susurran y que cantan,
y compases cual los tramos de las cañas del bambú.

Biblioteca Nacional de España

Es de un músico el entierro y su cuerpo es de sonidos;
es el genio que compuso con lamentos y bramidos,
los clamores de la jota como un fuego torrencial:
me parecen sus acordes gigantescas llamaradas,
remolinos españoles de banderas y de espadas
que regresan victoriosas de una justa universal.

De esa jota en los sonidos hay rugir de corazones;
flotan cascos, plumas, lanzas, borgoñotas y pendones
en un río que es de gloria, que es de luz, que es de pasión;
y entre el brío de las notas, que retuércense incendiadas,
se perciben cañonazos, y relinchos, y estocadas,
bizarrísimas arengas y zarpazos de león.

Hay motines de manolas en sus salvas de alaridos,
y claveles reventones como rojos estampidos,
pasodobles de toreros que se arrojan a matar,
castañuelas que repican como bélicos clarines
y guitarras que parecen españoles polvorines
que revientan de entusiasmo con la mecha de un cantar.

De esa jota en los acordes hay estrofas de Zorrilla,
acuarelas de Fortuny, regios óleos de Pradilla,
filigranas cordobesas, de un pregón la alegre voz,
los embozos de una capa, los temblores de un pandero,
el cairel de una verbena, la chaqueta de un torero
y mil notas valencianas como gránulos de arroz.

De esa jota en los sonidos hay caireles de las parras,
hay rocíos destilados por los poros de las jarras,
hay los flecos de mantones cual llover de hebras de luz,

Biblioteca Nacional de España

de Aragón hay una copla, de Jerez un sorbo añejo,
hay un plátano de Málaga, de Granada un azulejo,
de Sevilla un tango, un palio, una peina y una cruz.

Al compás de una cadencia las hormigas van cantando,
las hormigas o las notas que al andar van recitando
por el raro laberinto del pentágrama ideal;
en renglones jeroglíficos, confundiendo sus raudales,
van por líneas paralelas las hormigas musicales
componiendo un largo entierro que camina a lo inmortal.

Biblioteca Nacional de España

MUJER ARTISTICA

I

Tu pelo es una nube del Oriente
por el sol convertida en lumbrarada;
flota sobre tu ser desramalada
como dorados chorros de una fuente.

Simula sobre el arco de tu frente
a ambos lados partida y destrenzada,
soberbia copa de champán volcada
y hecha hervores de luz resplandeciente.

De bella religión diosa semejas
que en tu corona fúlgida reflejas
la claridad de Dios inmaculada.

Y al templo se dijera que conduces
un haz flotante de divinas luces
sobre tus sienes de vestal sagrada.

Biblioteca Nacional de España

II

Mujer de felpa, y heno, y armonía,
a quien baja la luz hecha diluvio:
cual un rayo de sol cálido y rubio
pasas resplandeciente de poesía.

Dejas en pos de ti la melodía
de un lento vals del Rhin o del Danubio,
y un jirón del incendio del Vesubio
en los cabellos te derrama el día.

De una casta paloma de albo cuello
y un regio cisne inmaculado y bello,
naciste, hada de luz, en áurea cuna.

Río de estrellas de tu ser arranca,
y dudo al verte tan divina y blanca
¡si es que se ha vuelto una mujer la luna!

III

ÁNFORA

Alzados a tu pelo en que el sol juega
tus brazos como arcadas amorosas,

Biblioteca Nacional de España

semejan las dos asas primorosas
que vuelven tu figura ánfora griega.

Tu talle del que armónica despliega
una lira sus curvas anchurosas,
aun más convierte en ánfora de rosas
tu cuerpo en flor que de esplendores ciega.

Mujer en fresa y nieve modelada:
no alzó a los aires Grecia consagrada
un ánfora rival de tu escultura.

Grecia les modeló vacío el seno,
mientras el tuyo, ¡oh diosa!, se alza lleno
de amor, de sentimiento y de ternura.

IV

TUS TELAS

Las telas en tu cuerpo no son telas;
se vuelven luz, ideas, melodía;
en tu cuello un collar de pedrería
son versos transformados en candelas.

Estelas de ilusión, largas estelas
dejan tus trajes ondulando al día,
y eres musa ideal de la alegría
cuando erizada de ópalos rielas.

Biblioteca Nacional de España

Haces las plumas vivas llamaradas,
haces las rosas bocas encarnadas,
haces lagos bellísimos los velos.

Haces de los encajes ilusiones,
haces de los claveles corazones,
y haces puestas de sol los terciopelos.

V

TU PEDRERÍA

Los más bellos insectos conocidos
tomaron por asalto tu escultura;
dormía blandamente tu hermosura
y no oyeron sus alas tus sentidos.

Andando los insectos encendidos
te escribieron la rica vestidura,
como escriben sonante partitura
los largos hormigueros de sonidos.

Los miraste, y se hicieron pedrerías;
y fueron las abejas, perlas frías;
las mariposas, ópalos temblantes;

los cínifes, granates carmesíes;
las luciérnagas, gotas de rubíes,
y las largas libélulas, diamantes.

Biblioteca Nacional de España

VI

Y esperan los insectos encantados
que tú los desencantes algún día,
y la que hoy es cuajada pedrería
tornen a ser insectos animados.

En sus gotas de luz petrificados
duermen su largo sueño de poesía
hasta que resuciten de alegría
al calor de tus ojos inspirados.

Y otra vez tú serás la partitura
hecha colores, alas y hermosura
que se erice de notas toda entera.

Y ópera, luz, pasión, fuente de vida,
¡toda resonarás estremecida
cual si fueses la ardiente Primavera!

VII

TUS OJOS

Para encontrar dos piedras peregrinas
con que formar tus ojos ideales,

Biblioteca Nacional de España

Dios buscó en los prodigios minerales
las lágrimas más puras y divinas.

Repasó las madréporas marinas,
el lujo de las plumas orientales,
el hervir de las luces siderales,
la grutas de facetas diamantinas.

Y no hallando materia luminosa
adecuada a tu faz maravillosa
por elocuente, y expresiva, y rara,

mordió sus labios, de coraje rojos;
¡después, Dios mismo se arrancó los ojos
y con amor los estampó en tu cara!

VIII

TU CARNE

Está tu carne de ágata y de rosa
donde el sol con la nieve se combina
dotada de una luz casi divina,
casi extrahumana y casi milagrosa.

Tiene ideal traslucidez preciosa
que cual racimo de oro te ilumina,
y en tu cutis de leche se adivina
sangre de fresas pura y ruborosa.

Biblioteca Nacional de España

Tu seno en flor, de redondez de astro,
es una clara piedra de alabastro
que deja ver transparentarse el día.

Como a santo cristal sin mancha alguna,
a él me asomé para mirar la luna,
¡e igual que tras de un ámbar la veía!...

IX

LA FORMACIÓN DE TU CUERPO

Coge Apolo la forma de la lira:
recorre su cordaje cristalino,
y se eleva en el aire un remolino,
que es un rayo de sol que gira y gira.

Mientras más canta el son y más suspira
más danza la espiral de sol divino,
hasta formar su cuerpo peregrino
que en el aire se acerca y se retira.

Traza el rayo de sol tu cabellera,
traza del seno la valiente esfera,
todo tu ser de entre su luz deslíe.

Y al ver cuajarse a su poder sonoro
una estatua de música y de oro,
suelta la lira, y satisfecho ríe.

Biblioteca Nacional de España

X

TUS DEDOS

Dios forjó de diez dedos los troqueles
en oro por las hadas trabajado,
y derramó en su cóncavo encantado
plumas de cisne y lirios de vergeles.

Traslúcidos cual uvas moscateles,
los diez dedos surgieron del forjado,
preciosos cual marfiles de un teclado,
fragantes como carne de claveles.

Eran dedos de flauta que suspira,
dedos de luz para tocar la lira,
que en tus manos bellísimas encantan.

¿Son tus dedos cordajes que resuenan?...
yo me figuro que tus manos suenan...
yo a veces pienso que tu dedos cantan...

Biblioteca Nacional de España

LO QUE ES CASARSE

Formar una pasión de dos pasiones,
fundir en un derecho dos derechos,
fraguar un lecho noble de dos lechos
y atar a una ambición dos ambiciones.

Juntar en un soñar dos ilusiones,
forjar un techo santo de dos techos,
hacer un pecho puro de dos pechos,
sumar un solo amor dos corazones.

Anudar en un lazo dos divisas,
formar un solo trino de dos risas,
dos miradas fundir una mirada.

Dos llantos enlazar un solo llanto,
dos canciones prender un solo canto,
¡esto es casarse y lo demás no es nada!

Biblioteca Nacional de España

A UNA MUJER

Mirarte sólo en mi ansiedad espero,
sólo a mirarte en mi ansiedad aspiro,
y más me muero cuanto más te miro,
y más te miro cuanto más me muero.

El tiempo pasa por demás ligero,
lloro su raudo, turbulento giro
y más te quiero cuanto más suspiro,
y más suspiro cuanto más te quiero.

Deja a tu cuello encadenar mi brazo,
y al blando son con que nos brinda el remo,
la mar surquemos en estrecho lazo.

Ni temo al viento ni a las ondas temo,
que más me quemo cuanto más te abrazo,
y más te abrazo cuanto más me quemo.

Biblioteca Nacional de España

MÚSICA BÁRBARA

EL TREN

I

Decidido las montañas el resuelto tren perfora
al redoble acompasado de su marcha monofónica.
Obsesión de los sentidos, el telégrafo hecho combas,
cual pentágrama colgante en los aires se desdobla,
y a los pájaros sostienen los alambres como notas,
y componen himno alado al progreso y a la Gloria.
De los túneles sombríos en las fauces cavernosas
su trajín centuplicando el furioso tren se arroja,
y promueve los estruendos que retumban en las bóvedas,
ciento-pies de raudas ruedas que trepidan como locas.
Cual brutal hacha cilíndrica, la caldera sudorosa
parte el viento en dos mitades y valiente lo destroza,
y por él loco resbala con la crin rizada en ondas
y erizada de centellas que rutilan en la sombra.

Biblioteca Nacional de España

Sin palpar tajos ni riscos, ni apartar velos ni frondas,
rasga, hiende y de sí mismo huye en marcha voladora.
Palpitando al ritmo bronco de sus venas poderosas
y crujiendo de sus músculos la broncínea urdimbre tosca,
delirante por los campos las distancias cruza y borra,
y sus alas circulares van y van vertiginosas.
Ya a una curva prolongada docilísimo se amolda
y el salvaje grito escupe cual relincho de victoria;
ya en inmensas espirales, como un águila orgullosa,
de los valles sube y sube y a las cimas se remonta;
ya en sus frenos detenido se descuelga por las rocas
como horrísona culebra de pupila audaz y roja,
siempre el bronco golpeteo de sus ímpetus redobla
y hace burla de las alas, de las flechas y las ondas.
Incendiada en viva lumbre su bandera tornasola
y se llena de áureas chispas como luz de su corona.
Pronto llega al largo puente que colgando se prolonga
sobre el río furibundo de corriente caudalosa;
ya silbando lo estremece, ya sacude sus argollas,
ya volando se columpia en la trama de su comba;
crujen hierros y engranajes, retumbando el puente flota;
¡y el prodigio pasa y ciega con su luz y con su gloria!

II

Como hilera de visiones que el cincel del rayo traza,
se alzan cresta tras de cresta rudas filas de montañas,
y esas cimas vigorosas por cien puentes se entrelazan
y los túneles sombríos las perforan y taladran.
A la roca dura y viva el telégrafo se agarra
y, vibrando, al tren saluda, extendido como un arpa.

Biblioteca Nacional de España

En los trémulos alambres las filtradas gotas cantan
y producen susurrando una música de lágrimas.
La serpiente de mil ruedas por los cóncavos se arrastra
y con gritos pavorosos estremece sus entrañas.
Al salir de aguda cresta para hender otra más alta,
un momento luce el día y deslumbra la mirada,
y otra vez luce entre sombras la fugaz culebra rauda
con su bélica pupila que barrena la distancia.
De un abismo en otro abismo el horrendo monstruo salta
y un reguero de centellas de su cuello se desgrana.
Bordeando un precipicio con sus mil ruedas lo salva,
y asustado el pecho tiembla de su arrojo y de su audacia.
Las hendidas rocas fingen milagrosa estatuaria,
escuadrón torvo y sombrío de quimeras y fantasmas.
Entre dos crestas ingentes, cuando el tren de un brinco pasa,
un instante allá en el fondo se sumerge la mirada,
y se ven aves oscuras que sostienen en la espalda
tornasoles misteriosos que de luces se recaman.
En la más inmensa altura, del tren roza las ventanas
el espléndido abanico de las plumas de las águilas.
Sutilísimas agujas, y rotondas soberanas,
y veletas de granito, al radiante azul se lanzan,
y por cima de esos templos que diseñan las montañas,
alza el tren de sus cadenas la triunfal música bárbara.
Su carrera monorrítmica, al herir las rocas bravas,
retumbando tabletea con fragor de catarata;
¡y es que el tren, como el Progreso, si retienen sus dos alas,
caminando a la victoria, ruge, hiende y despedaza!

Biblioteca Nacional de España

LA TÍSICA

Dedos leves y ambarinos, dedos castos y sutiles,
dedos puros cual falanges de traslúcidos marfiles
que tenéis de los ascetas la tranquila idealidad;
dedos tibios y llorosos como lágrimas de cirios,
dedos santos e ideales como cálices de lirios,
que os bañáis en luz remota de una excelsa claridad:

Se os conoce, humanos tallos de cristal, que habéis orado;
se os conoce en vuestra carne de ilusión, que habéis llorado;
que os alzasteis a los cielos suspirantes y hechos cruz;
la oración, vuestras blancuras volvió en vidrio penitente;
la plegaria, vuestros tonos hizo un ópalo doliente
y trocó vuestros diez pétalos en diez ágatas de luz.

Dedos largos y ambarinos que el sufrir hizo triunfantes,
dedos frágiles y alados que el dolor trocó en diamantes,
vuestra carne ya no es carne, que es un pórfido ideal;

Biblioteca Nacional de España

vuestros tramos y cartílagos, vuestra líneas y tendones,
ya parecen de arpa eolia los angélicos bordones
y semejan el cordaje de una lira celestial.

Vuestras venas no son redes de dibujos mundanales;
el cincel de la elegancia no les dió líneas ducales;
no son venas de áureo origen y azulado resplandor;
son un plano religioso de martirios y desvelos,
son el puro laberinto de la vida de los cielos
y el callado jeroglífico del martirio y del dolor.

Más que dedos elegantes, sois registros de poesía,
que buscaron en los folios la ideal filosofía
que piadosa hace del alma un ensueño juvenil;
más que dedos elegantes, sois los dedos literarios,
peregrinos de mil obras, que entreabrieron, visionarios,
con la casta plegadera de un colmillo de marfil.

¿Quién os hizo, nobles dedos, tan sublimes e ideales?
Semejáis de blanca monja los diez dedos monacales
que recorren los registros del misal del facistol:
¿quién os hizo, al modelaros en troqueles peregrinos,
tan traslúcidos y bellos, tan ardientes y divinos,
como flautas construídas con partículas del Sol?

Mas, ¡oh asombro!, alzo los ojos, y muy pálida contemplo
una cara que honor diera al altar mayor del templo,
una cara con dos ojos cual dos lunas de pesar;
de ese rostro sois esclavos, dedos hechos de la aurora,
y esa cara es de una virgen, de una tísica que llora,
¡de una vida en flor que muere como espuma en flor del mar!

Biblioteca Nacional de España

Ved su pecho, es cáliz mustio de alabastro agonizante,
donde quémase un espíritu que suspira vacilante
como en un tazón de China la girándula de luz:
ved su pecho, lo colora tez que en nácares se irisa;
un atril de huesos finge donde abrió el amor su misa,
que para ella fué sentencia de Calvario y torva cruz.

De un humano lapislázuli se tiñeron sus ojeras,
y en sus cercos, campanillas de un jirón de enredaderas,
como dos ascuas fulguran dos pupilas verde mar;
dos pupilas abrasadas por perenne calentura,
donde dos lágrimas tiemblan desbordadas de amargura,
tan sinceras y tan hondas, que disponen a llorar.

Asomando blanca y cóncava, del boscaje rubicundo
de una mata de cabellos que se encrespa en haz jocundo,
cavilosa está su frente, que es patena de virtud;
cavilosa es su tristeza y hacia el suelo derribada,
cual si echase hacia la tierra su corona deshojada,
¡cuando late en plano día su eclipsada juventud!

Por la fiebre arrebolada en tenaz carmín prendidos,
sus dos pómulos son llagas, tal fulguran de encendidos;
son dos lámparas, dos discos de abrasado bermellón;
hachas fúnebres parecen de una muerta que está viva,
de una muerta interesante que solloza pensativa
mientras rásgase tosiendo su clorótico pulmón.

Como un pájaro aguileño, como un pájaro anguloso,
que sintiendo ya cercano su extinguirse doloroso
dobla el cuello sobre el ala con marchita languidez,

Biblioteca Nacional de España

ella dobla la cabeza sobre el hombro funerario,
y resalta con morados cardenales de Calvario,
como un nácar de la muerte, su azulada palidez.

En un último suspiro hacia el cielo inmenso mira;
la Creación, robusta y grande, embriagado de Sol gira;
ve la Tierra coronada de poder, de luz, de amor;
y ya igual que un roto esquife que naufraga entre las olas,
se desbordan por sus labios bocanadas de amapolas,
y llorando expira, dando un lamento de dolor.

Ya sin vida la alba virgen muestra el arco de la frente;
es un ágata su cuerpo, es de piedra transparente;
por el pórfido sagrado rubio el Sol pasa al reluz;
diez esbeltos azafranes son sus dedos adorados,
diez crisálidas pajizas son sus dedos consagrados,
diez recortes de hostia de oro son sus dedos hechos cruz...

. . . . . .

Biblioteca Nacional de España

LOS INARMÓNICOS

Está todo empapado de músicas recónditas;
la esencia, lo más hondo del Orbe, es melodía,
es aleteo lírico. ¿No oís cantar enjambres
en el silencio santo de las cerradas piedras?
¿no oís zumbar el fondo macizo del peñasco,
lo mismo que si un órgano tuviera en las entrañas?
¿no os da en la cara el vuelo del himno religioso
con que los soles trazan su redondel eterno,
atados, como estrofas, a leyes inmutables?
Del ígneo semillero del cáliz de una rosa,
¿no oís salir un salmo cantado por cien folios,
cantado por cien hojas? ¿No oís el son gigante,
como de trompas bárbaras, que en todo lo creado,
igual que en instrumento vastísimo, producen
los pies más invisibles del más frágil insecto?
Cuando un cínife corre por la hoja de una caña,
estremecido tiembla con mil sonoridades
el tímpano sagrado de cielos, mares, montes;
si pisa un elefante, retumba los oídos

Biblioteca Nacional de España

de insólito tumulto; si da una mariposa
contra el cristal del aire, se siente un largo trueno
en todo el gran teclado de mundos cadenciosos;
es cual de alejandrinos flotantes, el murmullo
santísimo del agua; hay ópera por dentro
de todas las espigas, más sabias que los sabios;
si dais con un objeto en cada piedra muda,
en cada fino acero, en cada hueso o vidrio,
o en el bambú, que tiene las fichas de un teclado,
oiréis cómo la música diversa se desprende
de la sonante piedra, del fondo del acero,
del hueso musicable, del vidrio filarmónico,
y del bambú rayado lo mismo que un pentágrama.
Y, pues si todo canta con el idioma Sumo,
¿cómo no oís cien misas en el Misal Inmenso?
Y si es en los sonidos que brotan de los fondos
distintos de las almas, ¿no oís cómo denuncia
cada garganta, hiriendo las líricas vocales,
la fibra de un carácter, la gama de un espíritu?
Del horizonte doble de unos divinos ojos,
¿no veis cómo derraman diversas melodías
los negros, los castaños, los verdes, los azules,
y cómo cada excelso color maravilloso
tiene sus musicales orquestas interiores?
La voz es pleno chorro de música sensible,
los ojos son dos líricos y sacros manantiales,
en los que está, hecho tintas, el corazón melódico,
el corazón, que tiene pasión, violencia y ritmo;
y todos los espíritus sembrados en la carne
del hombre, cual los sones de claros nacimientos,
componen una orquesta. Hasta en el signo impreso
del libro, está la música; no canta, pero sube
por el mental silencio de la sentida página

Biblioteca Nacional de España

un celestial murmullo de abejas zumbadoras
borrachas de pistilos y estambres creadores,
una marea eufónica, un oleaje armónico,
que empapa nuestros sueños de gamas musicales.
En lo hondo de la fuente de las palabras presas,
está, como una náyade, la voz del que las dicta,
y sube cual un canto de magia a nuestra frente;
es el advenimiento de Dios a nuestro espíritu
por medio del Gran Cristo de la Palabra Impresa;
un sacrosanto dedo de Dios, es cada pluma.
Y pues si todo es lírica, ¿cómo no oís la múltiple
que brota de la Gracia de todo el Universo?
Desconocéis las sendas de las pristinas fuentes,
no hacéis de cada poro un palpitante oído,
no hacéis de cada nervio un conductor del canto
que venga del origen de la Armonía Suma,
y vais a oír a Cristo, que recogió su rítmica
del Manantial Primero; y vais a oír a Séneca,
que recogió su esencia del chorro primitivo;
y vais a oír a Budha, Confucio y Aristóteles,
que en el pezón bebieron de las primeras ubres,
y vais a oír ansiosos los hombres patriarcas
a los que dió su sangre la gran Naturaleza
y amamantó Dios mismo con rayos de su seno.
Tan sólo sois fonógrafos de cera impresionable,
que repetís las frases, conceptos y parábolas
de frentes primordiales, de espíritus veneros.
Vosotros sois ineptos para beber la música
con labios virginales, del Río Originario,
y carecéis de oído que, puesto a flor del aire,
escucha la baraja sin número de cielos;
que aplícase a una piedra, y escucha el Himalaya;
que ausculta en el silencio la gota de rocío,

Biblioteca Nacional de España

y siente el portentoso concierto de los mares.
Vuestro insonoro tímpano, pajizo y recortado
del trozo cadavérico de un rancio pergamino,
tan sólo oye las voces de vastas bibliotecas
que exhalan los infolios. Y al lado de la estufa
desvalijáis a Brahma, desvalijáis a Cristo,
y a todo el que atraviesa cargado de mies áurea,
de pólen y de sándalo, de rosas y panales...

Biblioteca Nacional de España

LA MARIPOSA

Vuela, vuela, vuela
mariposa loca,
párate en las flores,
párate en las hojas.
Por el golfo de oro
de la ardiente atmósfera
resbala trazando
figuras ilógicas.
Hélices del viento
son tus alas prontas
que reman en mares
de lirios y rosas.
Polvo de colores
tu túnica entolda,
y el sol con sus hilos
la teje y la borda.
Párate en las flores,
párate en las hojas,
vuela, vuela, vuela,
mariposa loca.

Biblioteca Nacional de España

De la pasionaria
bella y dolorosa,
pósate en los clavos
que el cáliz adornan.
Salta a los martillos
poblados de aljófar
que hay de la azucena
en la blanca copa.
Vuela a los jazmines
que en la reja asoman,
y sobre ellos tiende
tus alas sedosas.
De la campanilla
entra en la corola
y en su azul columpio
mécete gozosa.
Pasa resbalando
por las zarzamoras,
salva las espinas
y besa las hojas.
Tiembla en los claveles,
titila en las rosas,
palpita en las juncias
y en los lirios flota.
Gira, corre, pasa
por las flores todas,
vuela, vuela, vuela,
mariposa loca.
Cuida que en sus hilos
las arañas toscas
no enreden tus alas
de piedras preciosas.
Cuida que las manos

Biblioteca Nacional de España

que a prenderte corran,
no toquen el polvo
que tu cuerpo dora.
Cuida cuando cruces
por la bella obra
del pintor brillante,
que el pincel te coja.
Cuida no te encienda
la luz que devora,
no te pille el pájaro
ni el aire te rompa.
Gira siempre rauda,
cruza siempre airosa,
vuela, vuela, vuela,
mariposa loca.
De la luz prodigio,
tus alas vistosas,
se mueven y giran,
se alejan y tornan.
Flor-nave, te internas
del sol por las ondas,
y en ráfagas de oro
te pierdes y engolfas.
En tu cuerpo llevas
un himno de notas
doradas y azules,
moradas y rojas.
Si las alas juntas,
espíritu toda,
nada en el espacio
ocupa tu forma.
La luz te ha tejido
de sedas hermosas,

Biblioteca Nacional de España

y la fantasía
tiene en ti su forma.
Arte por el arte,
tu tendencia sola
es ser bella y pura,
es ser mariposa.
Gira, corre, pasa
por las flores todas;
anda, vuela, vuela,
mariposa loca.

Biblioteca Nacional de España

EN LA ARMERÍA REAL

A José Santos Chocano.

Llovía: en el recinto guerrero de la Historia,
repleto de armaduras y flámulas de gloria,
entré tarareando del alma una canción;
una canción fecunda de amor maravilloso,
de amor, que hace la vida torrente prodigioso,
y es lo único y lo grande que llena el corazón.

Llovía. Y por los campos rondando en mil tropeles,
las gotas trabajaban con ruido de cinceles,
la vida elaborando prolífica, inmortal;
mientras que de armaduras pletórico el recinto,
la sombra se elevaba del César Carlos Quinto,
con su lanzón de guerra, inmóvil y espectral.

El río de atroñadas y regias dinastías,
con petos, y coronas, y espadas de otros días,
notaba el aguacero zumbar con recio son.

Biblioteca Nacional de España

«—Un poderoso ejército de gotas gana el mundo—
pensaba el magno César—y lo hace más fecundo
que lo hizo mi gigante y estéril ambición.»

Ejército que canta, que siembra y que germina,
que conquistando razas de amor las ilumina,
salvando las fronteras con rápido volar;
ejército de gotas que rinde poblaciones,
que ondea sus relámpagos a guisa de pendones
y en vez de bronces hace sus truenos retemblar.

Y a poco que callaron su son los aguaceros,
por las hileras largas de históricos aceros,
cual por teclado bárbaro de hierros hechos cruz,
corrió del Sol lanzada cual vivo meteoro,
la rápida culebra de un rayo audaz de oro
que las cien mil espadas metió en fundas de luz.

Y al ver volar el rayo cual río de hermosura,
así dijo el gran César metido en su armadura:
«—¿Quién, cual la luz, los pueblos se lanza a conquistar?
Sus vuelos son del aire larguísimas escalas,
que en un momento cubren el mundo con sus alas
y todo lo fecundan, la Tierra, el Cielo, el Mar.»

Rasgó el viento de pronto los vidrios cenitales,
y libre entró azotando crineras de metales,
airones, petos, ricas gualdrapas de color;
y al ver cruzar el aire, la voz del César clama:
«—El viento es cual la lluvia, lo mismo que la llama,
y da la vuelta al mundo cual héroe vencedor.»

Biblioteca Nacional de España

De una triunfal cimera cayó una frágil pluma,
y el Rey de cien Estados clamó con ansia suma:
«—Un milagroso ejército la pluma viene a ser;
cañones de más brío jamás miró la guerra;
la pluma es la que abarca los cetros de la Tierra,
y nunca en sus Estados el Sol se ha de poner.

»No hay Césares que paren el curso de los siglos;
sus triunfos pasajeros, serán al fin vestiglos;
el mundo que aprisionan, veloz se ha de escapar;
sólo el amor conquista con gracia y sentimiento;
amor es pluma, y lluvia, y rayo, y luz, y viento,
y sólo de él la Tierra se deja encadenar.»

Así exclamó el gigante que tuvo en una mano
la redondez del mundo al ser su soberano;
mas como en férreas cintas de espadas lo prendió,
rompiendo el orbe opreso las hojas toledanas,
soltó sus ligaduras cortantes e inhumanas,
y el Sol, de un vasto soplo, al César apagó.

¿Y qué esperáis inmóviles, fantasmas espectrales,
azotes de la Tierra vestidos de metales,
si el mundo no supisteis llenar de amor y luz?
Lo mismo que visiones dormís en las corazas,
cercados de rodelas, de bronces y de mazas,
vestidos de relámpagos y plumas de avestruz.

De la barbarie humana sois símbolo y compendio;
fué vuestro heraldo, el monstruo crinado del incendio;
fué vuestra estela, un lago de sangre que tender;

Biblioteca Nacional de España

caballos cual voráginos montasteis en la Tierra,
y el hurto, el dolo, el crimen, endriagos de la guerra,
bajo la cruz de Cristo llevó vuestro poder.

De Cristo, sí, miradlo, se yergue su figura;
se eleva entre vosotros sin casco ni armadura;
avanza, mira, alumbra, se agranda su visión;
viril macho de yunque sostiene entre sus manos;
es el Jesús terrible de arranques soberanos,
el que arrojó del templo las turbas en montón.

Os reta. En vuestras frentes os tiemblan las celadas;
saliendo de las fundas se os crispan las espadas;
«—¡Resucitad!»—os dice, y os da carne mortal:
ya sois otra vez Reyes, ya sois Emperadores,
pero al mirar de Cristo los trágicos furores,
os tiembla la armadura de efímero metal.

No pueden las edades dar tumba a la conciencia;
resurge de las épocas con más tenaz vehemencia,
pidiendo de los crímenes y víctimas perdón.
Jesús levanta el torvo martillo en las alturas,
y hay un crujir inmenso de broncas armaduras,
y escudos, cascos, lanzas, en brusca rebelión.

Retiemblan los relámpagos de luz en los arneses;
oscilan las rodelas de aceros milaneses;
regidos los caballos dan bote colosal;
como batalla enorme retumba la Armería,
y elevan a los aires, cual bárbara armonía,
cimeras, petos, lanzas, su estrépito triunfal.

Biblioteca Nacional de España

Jesús descarga el golpe rompiendo mil espadas,
deshace las lorigas de luz empavonadas,
los discos de Medusa, prodigio del cincel;
las láminas de acero que comban los pretales,
las ínclitas crineras de curvas imperiales,
y todo ondula en grande y horrísono tropel.

Y baja entre el estruendo del bélico recinto
de su corcel soberbio el César Carlos Quinto,
mirando con fijeza de absorto girasol;
y ante Jesús inmenso, que es todo maravillas,
se postra, repicando los dientes, de rodillas,
¡él, en cuyos Estados no vió ponerse el Sol!

Pero Jesús no absuelve, no abdica, no perdona;
deshace un martillazo del César la corona,
que salta en ricas piedras y ráfagas de luz;
¡son piedras como lágrimas de niños y de esposas,
de madres y soldados, de vírgenes hermosas,
de cien guerras brutales en nombre de la Cruz!

Avanza luego rígido Felipe, el Rey del mundo,
la sangre envenenada, llagado el cuerpo inmundo,
y con enorme espanto su voz clama: «*¡perdón!*»
Jesús eleva el torvo martillo poderoso,
y rompe en vanas chispas el cráneo del coloso,
lanzando un penetrante rugido de león.

Es el furor celeste lo que a Jesús domina;
como un volcán inmenso borbota su retina;
su pecho es cataclismo, sentencia, tribunal;

Biblioteca Nacional de España

cual dos ríos de llamas de fiero enojo llenas,
en torno al rostro trágico le baja las melenas
como un apocalipsis de origen inmortal.

«—Venid, prorrumpe, todos los monstruos de la espada;
con tronos y diademas, y cascos de celada;
yo soy el yunque excelso que forja el porvenir.»
A sus palabras huyen los Reyes espantados,
y hay un temblor de bronces y aceros cincelados,
un estupor que el ámbito de asombro hace crujir.

Rompe el martillo trágico frontales belicosos,
bruñidos trancaletes, pretales luminosos,
gruperas y gualdrapas de rica seda real,
escudos con grandiosas escenas de combate
y lanzas de torneo mostrando en el remate
como una luz la larga cuchilla de metal.

Tan grande espanto siembra la mano destructora
al ir pulverizando sublime y vengadora,
la guerra y la barbarie, tronando entre las dos,
que sobre el mar de escombros y restos de titanes,
parece que desfila cual lava de volcanes
en mil lenguas de fuego, la cólera de Dios.

Cesó el estrago; entonces prodújose un portento;
llenó la inmensa estancia, del vértice al cimiento,
pasmosa biblioteca que cobijó una cruz;
y hubo por lanzas, plumas; tinteros por cañones;
cerebros, por celadas; por petos, corazones;
amor, por sangre y llanto; por hierro y bronce, luz.

Biblioteca Nacional de España

CANCIÓN DE MAYO

Por el balcón entreabierto
que da sobre la arboleda,
balcón de la estancia alegre
donde labro mis poemas,
entró esta misma mañana
una mariposa negra
con dos *cuernecillos* de oro
sujetos a la cabeza.
En la mesa donde escribo,
tendida igual que una muerta,
siempre tengo una guitarra
para hablar quedo con ella,
y en uno de sus bordones,
en el que guarda las penas,
se paró la mariposa
con las dos alas abiertas.
De sus patas afelpadas
al fino roce de seda,
suspiró, dando una nota,

Biblioteca Nacional de España

la fibra de la vihuela.
No sé si fué que llamaba
el espíritu que lleva
ese instrumento divino
en su caja plañidera;
pero en profusa bandada,
por la ventana entreabierta,
de la negra mariposa
entraron más compañeras.
Despidiendo resplandores
de sus clámides diversas,
en renglones se posaron
a lo largo de las cuerdas.
Como papeles de música
abrieron las alas bellas,
donde en notas de colores
iba por la luz impresa
la eterna canción de mayo,
toda pasión y vehemencia.
Leyendo en sus alas leves,
movieron las patas trémulas,
y se oyó en el instrumento
una *pianísima* orquesta.
Puesto mi oído en sus notas,
me embelesé en la cadencia
y escuché que así cantaban
las mariposas maestras:
«Almas que enlutó la sombra,
surgid a la vida nueva
y de amor y sentimientos
abrid la dulce cosecha.
La rama tiene otras hojas,
las flores otras esencias,

Biblioteca Nacional de España

los pájaros otras plumas
y otro polen las palmeras.
Generaciones de plantas
el tierno cáliz despliegan
e inciensan al sol, que noble
palpitar hace a la tierra.
El semilleros de vidas
lleva temblando en sus hebras,
y en los campos y en las almas
vierte flores, vierte ideas.
Tomad el pincel, pintores;
tomad la lira, poetas;
con sus luces y sus himnos
os llama la primavera.»
Así tocaron a coro
las mariposas espléndidas,
hormiguëando en los nervios
de la sensible vihuela.
Y del cordaje sonoro
saltó llorando una cuerda,
y voló el tropel, luciendo
su pedrería soberbia...

Biblioteca Nacional de España

LA BARCA DEL «MONCHO»

Barca vetusta del «Moncho»
que vas de Pola a Tabarca:
¿cuántos crujidos de guerra
dieron sobre el mar tus tablas?
Tu costillaje de bronce
a cuyo borde se agarran
los cuatro remos valientes
que el mar convulsivo rasgan,
parece de un pecho firme,
pecho de gran Patriarca,
el seno cóncavo y recio
que tu velamen arrastra.
Dando tumbos, dando tumbos,
vieja barca, vieja barca,
a veces concha flotante,
a veces fúnebre caja,
tan pronto la vela al viento
cual gaviota que grazna,
tan pronto ataúd rodante

Biblioteca Nacional de España

cual túmulo por las aguas,
miles de veces recorres
desde una playa a otra playa
bajo la mano de hierro
que te gobierna y baraja.
Dentro de ti se congregan
remeros a las dos bandas,
los pies cual flores salinas
de recias hojas rizadas,
las piernas como columnas,
los brazos como dos barras,
los dientes como cuchillos,
las cerdas como las algas.
Desde el fondo de tu casco
sale hedor de la mar brava,
sale hedor a sal marina
y a relucientes escamas.
De tanto estar con los hombres,
de tanto rozar sus plantas,
ya pareces monstruo humano,
vieja barca, vieja barca.
Ya pareces la familia
del «Moncho», que en ti descansa;
del «Moncho», que en ti se duerme,
y en ti vive, sufre y ama.
Tu madera prestigiosa,
mezcla de una carne rara,
casi grita al choque rudo,
casi llora, casi habla.
Tu patrón es tu alegría;
tierna, le sirves de casa;
blanda, le sirves de lecho;
dulce, le sirves de hamaca;

Biblioteca Nacional de España

bajo el sol, fuiste su iglesia;
bajo los cielos, su ara;
y en la tromba, su caballo;
y entre el huracán, sus alas.
Tu brea huele a centurias,
huele a siglos, huele a razas,
a vidas de marineros
que has llevado en tus entrañas.
Tu interior es un registro
de salidas y de entradas,
alhóndiga que navega,
pescadería que anda.
En ti ha arrastrado tu vela
todos los tipos del mapa,
y tienes cien mil idiomas
cincelados en tus tablas.
Del «Moncho» has sido la madre,
del «Moncho» la novia santa,
del «Moncho» has sido la cuna,
y de él serás la mortaja.

Biblioteca Nacional de España

LA CAPA

De tu sueño alcanforado
despierta, capa, despierta,
y de tus pliegues sacude
los granos de la pimienta.
Ya están pidiendo los hombros
tu gracia española y neta,
para llevarte terciada,
prieta de embozos, o suelta.
Larga y pesada en el viejo,
corta en el mozo y ligera,
en el torero bordada,
y en el cesante hecha hebras,
tú eres el paño castizo
que lleva a una raza presa,
fanfarrona cual tus pliegues
y alegre como tus vueltas.
Tú eres manto de secretos,
velo de ocultas tragedias,
y parapeto en que astutos

Biblioteca Nacional de España

los amadores acechan.
Tú en el rústico casorio
sobre el padrino vas puesta,
aunque los cielos envíen
mares de fuego a la tierra.
Tras la imagen que en el pueblo
va saliendo de la iglesia,
te lucen los campesinos
como una bíblica prenda.
En el entierro destacas
tu grave clámide negra,
y avanzas en pos del cura
que entona el *requiem eternam*.
Tú eres el sol de los pobres
porque su sangre calientas,
y eres tapa de su lecho
y abrigo de su vivienda.
El rico pone en tu embozo
la policrómia más bella,
y tus brillantes colores
sobre su busto despliega.
En el calor eres toldo,
cama en la triste miseria,
y en el torero un prodigio
de deslumbrante belleza.
Sirves de asiento en el campo,
de sombrajo en la arboleda,
en el chubasco de escudo
y en la riña de defensa.
Es más preclara tu historia
que la de dioses y reinas,
y es tu paño tan sagrado
como la patria bandera.

Biblioteca Nacional de España

Te han ostentado los reyes,
te ha recamado la Iglesia,
y han imitado tu estilo
prendas de formas diversas.
En las guerras de otro tiempo
tú fuiste túnica egregia
que aprendiste a ir ondulando
al choque de las espuelas.
Todos los vivos colores
han pasado por tu tela,
desde la nota azulada
hasta la tinta bermeja.
Con el pordiosero, gimes;
con el chulo, bravuqueas;
y con el actor, declamas
dramas de amor y pendencia.
Como a Dios, debe mirarte
la raza que en ti va envuelta,
y dedicarte esta copla
que yo punteo en las cuerdas:
«No hay amigo para amigo,
y son por eso tus vueltas
¡confesonario en que el alma
cuenta sus íntimas penas!»

Biblioteca Nacional de España

EL VIENTO

Cual los cóndores altivo,
cual las culebras rastrero,
más fugitivo que el rayo,
más sutil que el pensamiento,
en las fantásticas noches
que dan crespón al invierno,
truena, silba, canta o gime
por todas partes el viento.
Sublime trompetería
que arroja acordes inmensos,
lleva, en andar invisible,
por los espacios desiertos.
Cuando las trompas destapa
el rudo huracán soberbio,
en ráfagas cabalgando
van quejumbrosos lamentos.
En el *teclado* flotante
de tantos sones diversos,
hay cornetas y clarines,

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL
Biblioteca Nacional de España

como relinchos de fuego,
detonaciones medrosas
de fingidos bombardeos,
latidos apasionados
cual de jaurías de perros,
respiración de fantasmas,
broncos crujidos de huesos,
rachas que cruzan contando
cosas de brujas y muertos,
y el oído receloso
que oye tan raro concierto,
sugestionado recibe
la pöesía del viento.
Tras de las velas soplando,
él lleva la nave al puerto,
y escondido en las banderas
les presta su movimiento.
El riza y peina las plumas
de los pájaros del cielo,
trenza el arroyo saltante
y arruga el lago risueño.
Por las hoscas chimeneas
sorbe la lengua de fuego
que en el hogar encendido
alza la leña crujiendo.
De la selva rumorosa
estremece todo el templo,
y sacude las arcadas
que los árboles fingieron.
Voces de cínife imita
en cada resquicio estrecho,
y por cada cerradura
pasa furioso gimiendo.

Biblioteca Nacional de España

Del órgano poderoso
alza los cantos soberbios,
que las audaces trompetas
lanzan tocando los techos.
El está lleno de manos
que rasgan fúnebres lienzos,
que sacuden las veletas
en las torres de los templos,
que el arco de los torrentes
derraman en palio inmenso,
y que tuercen en la tromba
el caracol gigantesco.
Ya modulando plegarias,
ya magnífico rugiendo,
no hay pöesía que tenga
la pöesía que el viento.
Y como más a mi mente
place su bárbaro estruendo,
es sacudiendo las chispas
en el crestón de un incendio.

Biblioteca Nacional de España

DEBAJO DE LA TIERRA

Un removerse de vida
se siente bajo la tierra;
son los gérmenes activos
de generaciones nuevas.
El gran seno, el gran ovario
de la común Madre eterna,
renueva los arquetipos
de su incesante belleza.
Secular continuadora
de su tradición excelsa,
se incorpora en su sepulcro
y a sí misma se renueva.
A un tiempo Lázaro y Cristo,
a su propia voz despierta,
y resurge con la frente
coronada de grandezas.
En ella están las escalas
de las mil vidas diversas,
y las matrices fecundas

Biblioteca Nacional de España

de donde nacen las ciencias.
Ella combina y enlaza
las perdurables cadenas,
que van del pez hasta el pájaro
y del árbol a la bestia.
El átomo en ella forja
con su invisible herramienta,
desde el gigante Himalaya
hasta la flor más pequeña.
Y por pistilos y estambres,
por nervios y por arterias,
los elementos baraja
con que forma su Epopeya.
Como en el verso, la euritmia
canta en su flora soberbia
y en los rítmicos cristales
que en sus entrañas cincela.
Procede por armonía
en su vasta enciclopedia,
y el compás fija en la forma
de cuantos seres ordena.
Vacia en troqueles distintos
sus creaciones perpetuas,
y las combina y las hace
cantos de un solo poema.
Ella es cincel y es estrofa,
pentagrama y lira excelsa;
¡sólo ella es pintor y músico,
sabio, escultor y poeta!
Mirad con la fantasía
su genio, bajo de tierra,
sacar de yemas y jugos
razas de flores espléndidas.

Biblioteca Nacional de España

Ved la elegancia en que ciñe
cálices de rosas frescas,
y cómo del largo lirio
la leve forma modela.
Ved sus pinceles gallardos,
tintos en notas diversas,
extender la policrómia
de su arrogante belleza.
Las vegetales familias
ya se avistan y se arreglan,
y por el amor se mueven
que las une y las ordena.
Cada flor con su misterio,
su virtud o su belleza,
legisladas armonías
guarda en las leyes que enseña.
La moral está en sus hojas
como está en el alma nuestra,
y por el sentir se rigen,
y la lógica y la ciencia.
Sólo la Tierra fecunda
tiene las causas eternas,
el origen y el principio,
y es *alfa* a un tiempo y *omega*.
Y cuanto el hombre combina
con su clara inteligencia,
como lección lo recibe
del gran Dios-Naturaleza.

Biblioteca Nacional de España

LA ESTUFA

De la cilíndrica estufa
en el lecho de ascuas vivas,
muerden las trémulas llamas
a los fragmentos de encina.
Despliega del fuego en torno
su círculo la familia,
gustando el calor süave
con inefable delicia.
El amor es como el fuego,
que a los seres aproxima,
y funde y prende las almas
en una cadena íntima.
Más bien que foco de lumbre,
la estufa se me imagina
pecho candente que exhala
amorosa simpatía.
Con su atracción misteriosa
los espíritus concilia
y los baña en resplandores
de adorable pöesía.

Biblioteca Nacional de España

Confuso rumor produce
la danza de llamas lívidas
como vampiros chupando
el jugo de las resinas,
y ese rumor persistente
el corazón acaricia
y lo adormece en ensueños
de vaguedades divinas.
A veces, del horno rojo
surge una explosión de chispas
que hace avivar los anhelos
del alma que se ensimisma,
y ruedan luego las ascuas
sobre la plancha bruñida,
cual si diera en un espejo
un chorro de pedrería.
¡Qué de empeñados combates
las llamas débiles libran,
entre las brasas, que fingen
desencajadas pupilas!
Por los duros filamentos
de las maderas que brillan,
pasan rosarios de llamas
como ejércitos en fila,
y suben hasta un castillo
con almenas encendidas,
donde una libre bandera
serpenteando se riza.
En él estalla el combate,
y las huestes se acuchillan,
y corre en ríos de púrpura
la sangre de los que lidian.
De las ardientes almenas

Biblioteca Nacional de España

baja una lluvia nutrida
de balas tintas en oro,
en zafiro y amatista.
En esa muda batalla
piensa ver la fantasía
ancas de azules caballos,
crines al aire tendidas,
caras de trágicos gestos,
ojos ardientes de ira,
y el alma goza en los lances
de la extraña pantomima,
cual si tuviera un teatro
delante de las retinas.
Cada cual la vaga escena
a su antojo simboliza,
y en sus varias mutaciones
lo que quiere se imagina.
Para el viejo, son sus juegos
pavesas sólo y ceniza;
para el niño, un lindo cuadro
que le encanta y le fascina;
para el hombre vigoroso,
la pasión que arde y que vibra;
para la joven, idilio
que el amor con llamas pinta;
para el alma vulgar, nada;
belleza, para el artista.

Biblioteca Nacional de España

LA MONJA EN ORACIÓN

Detrás del coro del templo,
pegada a la celosía,
en oración se contempla
a la monja sor Lucila.
De su rosario de nácar,
que entre sus dedos desliza,
en cada cuenta se nota
el juego alegre de un prisma.
Enlazadas cuenta y cuenta
por hilo de plata fina,
parece el collar sagrado
un collar de blancas rimas.
Susurrando sus estrofas
de monótona armonía,
la pura monja dirige
hacia el cielo sus pupilas;
y tan extáticas quedan,
que pintadas se diría
en un cuadro religioso
por una paleta antigua.

Biblioteca Nacional de España

El largo sayal la envuelve
como una aérea neblina,
y le da aspecto la toca
de una visión indecisa.
La oración es un perfume
que cuanto toca idealiza,
y la carne transparenta
y la hace casi divina.
Ved de la escuálida monja
las dos pálidas mejillas,
como de mármol luciente
en donde el llanto rutila.
Ved sus labios amorosos
en que el rosa apenas brilla,
como fresas perfumadas
que nacieron en la umbría.
Ved sus manos, ved sus manos
que a los jazmines imitan,
como flores de azucenas
no entreabiertas todavía.
Ved el cristal de su cuello,
blanco cristal donde nítidas
corren las venas azules
hechas con mágica tinta.
Ved los nimbos de sus ojos,
cual iris en que palpita
con el azul y el morado
celeste luz nunca vista.
Ved su frente, es ala comba
de puro cisne caída,
como una felpa suave,
dulce como una caricia.
Dotada de transparencia,

Biblioteca Nacional de España

su forma es ágata tibia,
es un traslúcido jaspe,
es una piedra opalina.
Idealidades de luna
entre sus ropas se filtran,
y brilla detrás del coro
como una lámpara mística.
Mira muy lejos, muy lejos;
mira arriba, muy arriba;
mira algo grande, muy grande;
¡mira a la Patria Divina!

Biblioteca Nacional de España

PRIMAVERA INTERIOR

Rompe la nieve que cubre
mi pecho exánime y blanco,
sol, y penetra en su fondo
cual si llamases a Lázaro.
Llega a su forma dormida,
filtra su carne temblando,
recala como una esponja
sus poros aletargados,
y *¡Dios llega a visitarte!*
dile de gozo temblando.
Cuando haya abierto la puerta,
entra de brío a impregnarlo
como una lengua venida
desde el Espíritu Santo.
Y entra más dentro, más dentro,
sol divino, resbalando,
y en otra puerta más pura
detén sublime tu paso.
Llama al corazón, que vela

Biblioteca Nacional de España

como un mudo solitario,
y en hilar toda una vida
está con fe trabajando.
Préstale esencia sublime,
arrebújalo en tu rayo,
acurrúcalo amoroso
y mécelo entre tus brazos.
Caliéntale las crisálidas
que en él duermen sueño largo,
un sueño maravilloso
de mariposas preñado,
como echada sobre el suelo
con las dos alas en arco
está la clueca esponjosa
aves futuras labrando.
Siento erizarse de brotes
mis huesos a tu contacto;
se cuaja mi fantasía
de rosales desbordados;
un son de líricas fuentes
dentro de mí va rodando
con ritmos de vida nueva,
hervor de espumas y saltos;
renacen valles de lirios
en mis jardines cerrados,
e insectos maravillosos
que se despliegan zumbando;
mi sangre siente la brusca
cabriola del centauro
cuando un zigzag en el viento
describe en veloces trazos.
La melodía del verso,
como ofidio aletargado,

Biblioteca Nacional de España

electrizadas sus vértebras
se desentume ondulando.
Voz de juventud perenne
pasa a través de mis átomos
como un hondo *resurrexit*
que lanza Dios de sus labios;
y el corazón, como un nido
repleto de nuevos pájaros,
tiembla como un arpa eolia
colgada de un verde ramo,
y a cada dulce mecida
dice: *¡Milagro, milagro!*

Biblioteca Nacional de España

CANCIÓN PRIMAVERAL

I

EL REVIVIR DE LAS COLMENAS

Ya al sol las abejas están desheladas,
de nuevo reanudan el canto del coro,
y echan el florido rosario canoro
que tuvo en invierno las cuentas cuajadas.

Ya mueven sus ruecas de mieles doradas,
meciendo los husos de giro sonoro,
y desentumecen las alas de oro
que una catalepsia tenía plegadas.

Como en los telares rumor de mujeres,
ya hay en las colmenas hervir de talleres,
preludios de flautas y son de timbales.

Y otra vez los dedos de las hilanderas
comienzan el ritmo de las lanzaderas
y tejen en verso los rubios panales.

Biblioteca Nacional de España

II

Mientras el invierno pasaron rendidas
gozando en la sombra su sueño encantado,
¿cómo no perdieron el don inspirado
de dejar por música sus celdas tejidas?

¿Cómo a la memoria llevaron prendidas
la clave y las rimas de engrane dorado,
para hacer sus gotas en ámbar labrado,
que antes fueron polen de ramas floridas?

Retornan del sueño, y al verse despiertas,
en todo son sabias, de todo están ciertas;
ritmos, pautas, canto, les dan su armonía.

Y otra vez sumando las voces en coro
hilan, por milagro, las mieles de oro,
como los poetas la santa Poesía.

III

Hecha estás con notas, miel rica, miel pura,
hecha con dulzores de alegres oteros,
con flores sencillas de azules romeros,
pajizas gayombas, y luz, y hermosura.

En oro vaciada parece tu hechura,
tus celdas doradas son germinaderos,

Biblioteca Nacional de España

fecundos ovarios y rubios graneros
que el sol gota a gota cuajó de dulzura.

Señor de los Mares, Señor de los Cielos:
Tú que a la áurea abeja le diste sus vuelos,
le hiciste que hilara la miel peregrina.

Señor de los Cielos, Señor de los Mares:
pongo la miel blonda sobre tus altares;
¡no cuaja la Tierra gracia más divina!

Biblioteca Nacional de España

EL FONDO DEL SILENCIO

Redondo el horizonte limitado;
fecundo el cielo cual promesa rica;
la santidad de todo lo creado
en el silencio augusto fructifica.

Nada hay ocioso en su profunda calma;
repleta está de músicas sutiles,
de clépsidras que se oyen en el alma,
de martillos, de escoplos y buriles.

Taller maravilloso se dijera,
donde la luz, los átomos del viento,
los haces de agua, la creación entera,
trabajan con un mismo pensamiento.

Una risa de Dios mueve la vida
como un motor inmenso, y, milagrosas,
mientras rueda esta máquina encendida,
embriagadas de amor cantan las cosas.

Biblioteca Nacional de España

Cantan en un trabajo que no apena,
porque el placer sus herramientas mueve,
y la bondad que lo infinito llena
a todo da su movimiento leve.

Mas no pueden oírse sus sonidos,
pues de esas altas músicas el vuelo
es sensible tan sólo a los oídos
aptos para la acústica del cielo.

No se oye el cincelado de las flores
que en su regazo labran los vergeles,
pero en esos oídos interiores
se siente el golpear de los cinceles.

No se escuchan los átomos briosos
que hacen las rosas cual la luz de hermosas,
pero en esos oídos misteriosos
se oye el desplegamiento de las rosas.

No oye el oído la precisa ciencia
que forma una numérica granada,
pero la mente escucha la cadencia
que alza el taller hasta quedar rimada.

No escuchan los oído materiales
de una espiga los granos como gotas,
mas la oyen los oídos ideales
cual flauta de oro de acordadas notas.

Nadie escucha el buril idealizado
que diseña de un pájaro las galas,

Biblioteca Nacional de España

mas se siente afinar, como un teclado,
las ringleras de plumas de las alas.

Del fondo del silencio estremecido
sube una grande, prodigiosa fiesta,
y donde acaba inútil el oído
empieza el alma a percibir la orquesta.

Escuchad con las mentes peregrinas
la voz rítmica y grave de las cosas:
¡cantan las matemáticas divinas
en los soles lo mismo que en las rosas!

A número y a ritmo, como el verso,
está la vida universal sujeta,
y del arpa triunfal del Universo
una chispa que salta es el poeta.

Oíd el paso isócrono del mundo,
del corazón con el gigante oído;
al ir por los espacios errabundo
va a una cadencia original ceñido.

Escuchad por el cielo imaginario
andar alada cual visión ninguna,
a la de nácar místico incensario
que un ángel mece, a la afligida luna.

Oíd del Sol el cántico valiente;
sus notas son sonidos ardorosos
con fuego escritos de su hoguera hirviente
en su marcha de acordes prodigiosos.

Biblioteca Nacional de España

Quitando de esa música grandiosa
los mentales oídos asombrados,
y oyéndonos el alma misteriosa,
nos hablan otros mundos ignorados.

¡Callad, silencio! Oíd al pecho mío;
de su región más pura y escondida
sale una voz como del mármol frío,
la triste voz de una mujer querida.

Débil como un suspiro oigo su acento;
¡oh piedad!, ¡oh dolor! Miro su cara
de virgen muerta allá en mi pensamiento,
hecha de lirios e ideal Carrara.

¿Aún te acuerdas, mujer, de mi ternura?,
¿aún lloras, y me llamas, y me quieres?
Dios apagó en mis brazos tu hermosura
a la edad más feliz de las mujeres.

Mirándome, en mis manos falleciste;
quitóme el cielo merecer tu gloria;
¡el beso aquel que con pasión me diste,
es el más gran dolor de mi memoria!

Intacta como flor que aún no está abierta,
entre tus dedos coloqué una palma,
y mudo, y loco de pesar, mi muerta,
te eché en el rostro por sudario el alma.

No me llamen, por Dios, tus labios yertos,
que mis entrañas rómpense en pedazos:

Biblioteca Nacional de España

¡hasta encontrarte, como en cruz, abiertos,
jamás, jamás se cerrarán mis brazos!

Otra voz de mi pecho en lo sagrado
alza en mi corazón rumor sombrío;
la escucho en hondas lágrimas bañado:
es la voz de mi padre, ¡oh padre mío!

Me dejaste al lindero de la vida
cuando a la luz se abrió mi pensamiento,
y cual hoja de un ramo desprendida
fuí dando tumbos a merced del viento.

En mi mano de niño pequeñuela,
la rienda así de tu fortuna escasa,
e hice de padre que por otros vela,
y tu alta sombra reemplacé en tu casa.

Un arpa Dios me dió. Su primer canto
fué para ti, porque tu amor la inspira;
¡y el mundo me enseñó que pesa tanto
como una Cruz de Redentor, la lira!

Tu virtud en sus cuerdas resplandece
y el noble brío de tu pecho honrado,
y al alzarla en mis manos, me parece
que la hostia elevo en el altar sagrado.

¡Oh, si vivieras, cuánto me querrías!;
compartieras mi vida, que no pesa,
mis santas e inocentes alegrías,
mi hogar humilde y mi sencilla mesa.

Biblioteca Nacional de España

Pero muerto te admiro, ¡oh padre amado!,
y cuando pongo en abrazarte empeño,
miro que, cual cristal despedazado,
mi corazón se estrella contra un sueño.

¡Otra voz, un amigo, un alma justa!,
el único quizá que, reverente,
del suelo no agarró con mano injusta
ninguna piedra para herir mi frente.

Cuando su vida en flor se desplegaba,
aún no abiertas sus fuentes generosas,
llena de luz su frente se doblaba,
¡llena de luz y de futuras rosas!

Lo mismo que un almendro se reviste
de cálices divinos y ligeros,
al contemplar tu espíritu, te viste
con el alma erizada de luceros.

Tu grande genio mi pasión sabía,
y aunque te miro muerto en mi memoria,
digo a la luz del sempiterno día:
¡toca, Inmortalidad, himnos de gloria!

* * *

Y basta ya, que si tu voz no acallas,
fallezco en ti, silencio gemebundo;
¡hay en ti el resonar de cien batallas
y pareces el órgano del mundo!

Biblioteca Nacional de España

LOS PÁJAROS

Con plumas armoniosas Dios hace un solitario:
en sus instantes bellos, combina los vestidos
diversos de las aves, y coge un haz de plumas
y las desriza y tiende sobre un tapiz de luces
para formar conjuntos de acordes armonías.
¿Visteis de un azulejo la línea fragmentaria
que se colora y brinca a otro azulejo claro
dejándolo prendido también en el dibujo
que va desarrollando su tema por el zócalo?
Lo mismo la dalmática de un pájaro divino
Dios hace, entretejiendo las cien fichas de plumas,
como quien hace un lento dibujo de matices.
Y como tienen música los dedos polifónicos
de Dios, a cada pluma bellísima que prende
suena también la nota del génesis de un canto
que al par del rico tema de plumas combinadas
se va desenvolviendo como otro tema músico
que corresponde al pájaro para quien es la túnica.

Biblioteca Nacional de España

Un doble solitario de plumas y de notas,
un tema paralelo de tintas y de trinos,
está Dios diseñando mientras feliz sonríe
al ver lo bien que salen del haz de la baraja
los rosas, los añiles, los oros, los cobaltos,
y cómo se concuerdan las sartas de gorjeos
del musical mosaico con el alado traje.
La pluma, de arreboles teñida, en que Dios toca,
resuena como tecla divina de un armonium
al par que como tecla divina de colores.
Y este ejercicio leve de Dios, sólo es la gracia
de sus instantes leves de plácido reposo
en los que ríe y juega mirando cómo brotan
de entre sus dedos, prismas y armónicas cadencias.
Cual se entretiene un niño tirando al aire suelto
flotantes pompas hechas con frágiles espumas
que del jabón chorrean como una blonda mágica,
Dios se entretiene echando desde sus dedos sumos
al golfo de los cielos los pájaros que forma,
a los que da carrera como a una pompa música
que va presa en dos alas y va al andar cantando.
Junta las manos, sopla, y sale una oropéndola;
vuelve a juntar de nuevo las manos prodigiosas,
y sale un chorro alegre de líricos jilgueros
que van trinos y escalas y notas goteando;
junta otra vez los dedos, y a un soplo de armonía,
sale el gentil milagro del ruiseñor; los junta
de nuevo, sopla un largo reguero de sonidos,
y sale echando rizos de notas un canario.
Y este ejercicio bello de la Suprema Gracia
llena de errantes pompas los valles y las selvas,
las vastas praderías, los épicos pinares,

Biblioteca Nacional de España

los grandes conos bíblicos de los azules montes.
Sopla con risa plácida, y surge una paloma;
sopla con arte sumo, y brota un cisne negro;
sopla con ira, y salen las águilas de guerra;
sopla potente, y vuelan los cóndores altísimos;
sopla violento, y brotan los grandes avestruces
que el arenal recorren con las inmensas zancas...

Biblioteca Nacional de España

MUJER DE HENO

Entre el sopor de la siesta que duerme Galicia lozana,
junto a la fuente que ronda zumbando clamante abe-
[jorro,
medio entreabierta la boca encendida, de olor a manzana,
bebe una moza las gotas del arco movible del chorro.

Y bajo d'él colocando la herrada que trajo a la fuente,
mira llenarse la tosca vasija de inquietos albores,
como si rosas de recias espumas y luz floreciente
se desflecasen en mil carcajadas y locos temblores.

Entre el ardor de la brisa gallega, la moza suspira;
y bajo el arco de carne florida del pecho oloroso,
la juventud balancea, temblando con ritmo de lira,
la plenitud de los senos redondos de mármol glorioso.

De su mociño, remota en el aire, le viene la queja,
y con sus dedos, tapando de pronto del caño el rüido,

Biblioteca Nacional de España

con la avaricia que bebe la esponja, se ensancha su oreja,
y a los ramales del viento le arranca del hombre el sonido.

«Por las praderas te busco, le dice la copla de llanto;
por las vertientes y al pie de las aguas que rompen sus
[flecos;
por los apriscos, y lloro de ovejas contesta a mi canto;
por los torrentes, y sólo a mis ayes responden los ecos.

»¡Cuándo será que mis ojos te miren, arisca paloma,
y que la risa reviente tus labios de roja granada,
y bajo el chorro que forme cayendo tu risa de aroma
ponga mi pecho, y en luces rebose cual fondo de he-
[rrada!»

Ella contesta con voz clara y dulce: «Te espero en la
[fuente,
ven y al ganado cortemos la hierba del campo moreno,
y con mi pelo, que es trigo de junio y es oro riente,
ata si quieres con manos de novio los haces del heno.»

Y hacia el cantar dirigiendo el amante la planta briosa,
halla en la fuente la moza que sueña del agua al conjuro,
y al contemplarlo, del pecho rotundo la curva ambiciosa
triunfal balancea los altos racimos del seno maduro.

El la sujeta feliz en sus brazos, que tiemblan latentes;
ella resiste la lucha amorosa con giros fugaces,
hasta que al fin, al prenderla de nuevo los brazos
[potentes,
dan entre risas jugando y corriendo del heno en los
[haces.

Biblioteca Nacional de España

Y en el sopor de la siesta campestre que evoca a
[Virgilio,
mientras que duermen al son de las ramas del lago de
[Seira,
finge la fuente la gaita del Norte que arrulla el idilio,
como si Pan estuviese tocando la alegre muiñeira.

Biblioteca Nacional de España

MUJER DE MORAS

Mi huerto está cercado de tapiales,
las miradas se estrellan en sus muros,
tú y yo en el seno del vergel frondoso
vestido de orientales limoneros
y de parras que al sol se engarabitan,
gozamos del amor, como gozaban
los sanos seres al nacer el mundo.
Los besos que en las ascuas de tus labios,
amapolas que ríen, forma ardiendo
el fermentar de tu temprana sangre,
son para mí; los que en mi boca tejen
los glóbulos hirvientes de mis venas,
para ti sola son; cambio de besos,
cambio de afanosísimas miradas
profusas de pistilos, cambio loco
de espirales formadas por abrazos,
ávidamente nuestros goces colman;
y tu cuerpo, que tiembla como lira

Biblioteca Nacional de España

de humanas cuerdas, al quedar templada
al mismo son que el arpa de mi cuerpo
rotundo y varonil, las dos entonan
el mismo canto con los mismos sones,
con idénticos músculos y arterias,
y forman del amor la melodía
que oyen los solitarios ruiseñores.
Calquemos ambas liras, mientras haya
salud que en nuestro vasos se acumule;
no la salud endeble que congela
las razas tristes, la que corre y brinca
por el recio organismo, cual de fuente
salta el amplio raudal de ondas veloces.
Calquemos ambas liras, que sobrado
tiempo tendrán las manos de los viles
para arrojar de nuestras sienes áticas
desbaratadas las triunfales rosas.
He andado por las cercas de verdura
que despiden olor a mes de agosto,
buscando moras para ti. En las hebras
de cenacho andaluz, que recubierto
de anchas hojas de higuera goteantes
llevé pendiente de mi brazo ansioso
como oscilante nido de oropéndola,
iba echando las moras empapadas
de zumo como púrpura. Los tallos
enfimbriados de púas, defendían
lejos, a veces, el redondo fruto
cual si lo hurtaran a mi afán; entonces
mi cuerpo se internaba en la confusa
y agresiva madeja; entre sus garras
se hundía el pie valiente, y ya cogida
por millares de dientes mi piel fosca,

Biblioteca Nacional de España

arrancaba las moras una a una
a costa de un sangriento tatuaje.
Por los trágicos látigos herido
mira mi cuerpo; roja geografía
dibujó entre su vello el injurioso
zarzal, monstruo compuesto de tentáculos;
y a dentellada por sabrosa fruta,
a mordisco por mora granulada,
sentí, en vez de dolor, placer divino
al decorar, por ti, mi cuerpo todo
de cruces victoriosas, de trofeos,
de lauros y de insignias triunfadoras,
que rindo ante tus pies, como bandera
hecha trizas en medio del combate.
Ahora contemplo tu figura blanca
desprovista de túnica enfadosa,
y mientras que los grupos de los pámpanos
del parral que nos cubre, tu piel visten
de sombras y de sol que te recaman
de un tropel de murciélagos errantes
y un tropel de libélulas de oro,
quiero ir echando entre tus labios frescos
una a una las moras regaladas,
para ver si es su tinta más sangrienta
que el clavel incendiario de tu boca.
Tu soberbia escultura de alabastro
yace muda ante mí; sus pies menudos,
de un ágata rosado, se entrelazan
por el fresco marfil de los tobillos,
como si dos palomas se abrochasen
en fugitiva cópula. Dos ánforas
de senos alargados, asemejan
los trozos de columnas comprendidos

Biblioteca Nacional de España

entre los nudos de la caña airosa
y la rosa carnal de la rodilla.
Los fémures gallardos, que se ajustan
a la rótula espléndida, y acaban
junto al dintel rosado del misterio,
parecen de un antiguo intercolumnio
dos fragmentos sagrados. Las caderas,
cual dos arcos de triunfo, se combinan
para formar de un corazón la punta
donde la hebrosa luz se encrespa en rizos.
La cintura, de arranque de maceta,
sube a expirar en donde el ara doble
del seno alzado, como en doble misa,
eleva en dos relieves virginales
cifra doble de amor y de hermosura.
Encima está tu cuello, que es la gloria;
y encima está tu cara, el paraíso.
Fija me observas, con rientes labios
que se abren cual fresquísima granada,
y me suplicas que al azar arroje
entre la doble guarnición de perlas
que pone cerco a tu abrileña boca,
la moras codiciadas que te brindo,
chorreantes de jugos y de olores.
Principio: y para que entren retozando
en el capullo rojo con que besas,
ríe y despliega como copa de oro
la carne de tus labios carmesíes.
Arrojo al aire un fruto purpurado,
mas no entra en el anillo de tu boca,
sino que rueda y deja en tu garganta
una cinta de fuego. Echo otra fruta
a tus labios rientes, tú los abres

Biblioteca Nacional de España

cual si la fueses a coger, mas yerra
el rojo proyectil, y resbalando
baja desde tu barba a tus dos senos,
por donde traza círculos de anguila,
dejándote una exótica escritura
con raras letras de color de llamas.
Otra mora te lanzo, y la aprisionas
al claro son de carcajada alegre.
Otra te arrojo, pero pega un brinco
de tu barba a tu pecho, y se encamina
hacia el bache precioso que decora
el estómago armónico, parándose
sobre el botón de nácar sonrosado,
y parece rubí grande y redondo
sobre una fruta de incitante fresa.
Lanzo otra mora en el ambiente cálido,
y de carmín manchando tu mejilla,
desciende por los senos, que rodea
lentamente, listándolos de púrpura,
y ligera por fin se precipita
entre tus muslos, plenos de turgencias,
yendo a esconderse entre los áureos hilos
que ponen al secreto de tu forma
palio lujoso de rodantes bucles.
Otra y otra te arrojo y muchas luego
que enriquecen tus líneas de festones,
de cintas carminosas, de veredas,
de enlaces, y de tramas, y de cruces,
hasta que quedas inundada en fruto
como moral de un huerto valenciano.
Y cuando ya de moras revestidos
se ven tus pies, tus manos, tu garganta,
tu cintura, tus hombros, tus cabellos,

Biblioteca Nacional de España

las coyunturas de tus frescos brazos,
los puntos todos de tu carne blanca,
los hoyuelos que forman tus mejillas,
temblando de pasión, con labios ebrios
las voy quitando de tu nácar vivo,
y las meto en el nido de tu boca.
A cada mora que te doy, un beso
hago crujir entre tus dientes nítidos;
mis labios, como pinzas abrasadas,
cogen los rojos gránulos y buscan
tu boca de clavel para dejarlos
como rubíes en gentil joyero.
Y en el ir y venir con que te rozan
en la sensible piel mis labios locos
acarreando el fruto purpurino
desde todo tu cuerpo hasta tu boca,
tu pecho se hincha de emoción tremenda,
mi pecho tiembla como roja llama,
y en un abrazo agotador, inmenso,
nos fundimos cual dos enredaderas,
como dos retorcidas espirales,
hasta que muerden la postrera mora
nuestras dos bocas juntas y apretadas,
tú mirando a los cielos; y yo, viendo
lo que en ellos palpita: nubes, nidos,
ramas floridas, pájaros y luces,
mas viéndolos latir, puesto hacia abajo
sobre el doble zafiro de tus ojos...

Biblioteca Nacional de España

TRENOS GITANOS [1]

Dice a la guitarra
su pena el gitano,
canta soleares como las saetas
del Martirio Santo.
Desoladas las cuerdas sollozan
su dolor amargo,
dolor sin consuelo del que ya ha perdido
lo que fué su encanto.
Desoladas las cuerdas gotean
suspiros y notas temblando,
como pecho que el lloro estremece
con intermitencias penosas de llanto.
Son las soleares
el lamento aciago
de un alma que grita sus penas más hondas
partida en pedazos;
son sus lloros el ritmo bohemio

1) Las coplas de esta poesía son del autor.

Biblioteca Nacional de España

del hombre sin patria que va caminando
por todas las razas, y ve que la suya
no raya los cielos con su campanario.
Andar, andar siempre,
los hijos en hombros llevando,
prendido el ajuar a la espalda
como choza de seres extraños,
con los rizos caídos al cuello,
llenas de tendones negruzcos las manos,
desgoznadas las libres caderas,
los ojos profundos y bravos
y el perfil nazareno y sombrío
de una rara hermosura bañado.
Andan, andan, andan,
y cruzó su paso
bajo de los cocos velludos de Oriente,
bajo de los cedros de bíblicos ramos,
bajo las arcadas del pino del Norte,
bajo de las bóvedas triunfales del plátano.
Oíd cómo canta
la voz, sollozando
sus hondos lamentos como un *miserere*
de negros y hurraños:
«Solo por el mundo
camina el gitano;
las gentes le escupen; todos lo apedrean;
va crucificado.»
Y arranca a los tristes bordones
un acorde infausto,
igual que una gasa de luto
que queda del mástil colgando.
Luego da a los vientos
otro triste canto:

Biblioteca Nacional de España

como un velatorio, acompaña
la guitarra sus sones llorando:
«Yo no tengo casa,
yo no tengo a naide;
no tengo tan sólo ni un palmo de tierra
que muerto me guarde.»
Y luego flamea
su voz melodiosa de chorro afelpado,
estos cuatro versos cual cuatro blandones
que incendian el aire chisporroteando:
«¡Antes que agonice
taparme la cara:
si me ve la muerte, temo que no quiera
llevarse mi alma.»
Es en la subida
del verso más largo
en donde se queda la voz quejumbrosa
como gallardete de luto ondeando;
es una *fermata*
personal, la que tiene lo mágico
de las soleares llenas de amargura,
de sudores de muerte y de llanto;
y al bajar de la altura del cielo,
la voz se recoge llorando,
y en el pecho otra vez se acurruca
como el ala sedosa de un pájaro.
Oyendo cantar desde niño
soleares a Juan el gitano
al compás de los duros martillos
dando en las bigornias y tarareando,
aprendí de su música libre
los ritmos diversos y descoyuntados,
y ampliando en cadencias

Biblioteca Nacional de España

de las seguidillas gitanas el canto,
compuse la silva flexible
de versos elásticos,
sueltos cual serpientes,
libres como lazos,
en que a veces suelo vaciar la armonía
que el cielo me vierte de un cáliz sagrado.
Cuando terminaba de alzar los martillos
el herrero bravo
y cogía la dulce guitarra
para acompañarse la voz suspirando,
hasta el pueblo cercano subía
el feliz manantial de su canto.
Entonces la gente,
viejos y muchachos,
hombres y mujeres,
acudían a oírle a un picacho,
y sobre las peñas,
adonde llegaba la voz desde abajo,
igual que en el templo
religioso y santo,
la gente sentía
subir el milagro
de la voz de ternura inefable
del triste gitano,
mientras de muy lejos
también con la brisa llegaba volando,
de un ruiseñor en la noche despierto
la canción de su nido de mayo,
sujeto a la greña de plata y de verde
de un álamo blanco.
El herrero en la paz de la noche
este treno gorjea al espacio:

Biblioteca Nacional de España

«Yo morí hace tiempo
y estoy enterrao;
el alma la tengo de cuerpo presente;
yo la estoy velando.»
Y luego se arranca
las entrañas latentes de cuajo,
al cantar esta copla de adelfas,
de tuera y de acíbar mezclados:
«Calle e la Amargura,
yo te voy pasando;
mi sangre de hombre se quea en tus piedras
tendía en un rastro.»
Gime la guitarra
un feroz alarido temblando
bajo la epilepsia de los largos dedos
del mozo bizarro,
y vase extinguiendo por ondas de música
el lamento trágico,
como se desata por ondulaciones
un nudo de llanto.
Está el pueblo todo
cloroformizado
por el son de la voz religiosa
de este Jeremías profundo del canto,
hasta que desriza
igual que un prodigio encantado,
la postrer seguidilla gitana
que impregna los aires de sones amargos:
«Soy como la víbora
que vive en el campo;
todos se desvían al ver que me acerco
y tuercen el paso.»

Biblioteca Nacional de España

Y se arremolinan los nervios de angustia
de la copla a los hondos zarpazos,
cual si, estremecidos, quisieran los huesos
salir de la carne gritando.

Madrid, julio 1909.

Biblioteca Nacional de España

LAS PIEDRAS

Vive en cada piedra un alma dormida,
que un sueño de hierro retiene rendida,
y nada hay que pueda tal sueño romper:
vive en cada piedra un ser misterioso,
que en vano pretende surgir del reposo
y su propia cárcel rasgar con su ser.

Vive en cada piedra un alma cautiva
que está como muerta, hallándose viva,
que yace enterrada y anhela salir;
que espera del Juicio Final la trompeta
para que dejando su vida secreta
sacuda, espantada, su horrible dormir.

Mirad de las piedras las rígidas caras;
¡qué varias, qué mudas, qué quietas, qué raras!,
sus líneas retuerce febril contorsión;
el que hizo sus duros esbozos sutiles,
de un mundo de rostros soñó los perfiles
y el mundo de caras dejó en embrión.

Biblioteca Nacional de España

En una cabeza trazó la amplia frente
donde el sol enreda su llama riente,
y el resto del rostro dejó sin trazar;
y en otra tocando, formó las guedejas,
mas luego que en bucles rizó sus madejas
la boca y los ojos no quiso formar.

Los labios en una dejó diseñados
cual áureos panales de bordes dorados,
y dióles su gracia la luz del cincel;
mas aquellos labios de brillo esplendente
se ríen sin sienes, sin ojos, sin frente,
y a nadie le brindan sus besos de miel.

A un recio peñasco, cual gloria suprema,
igual que a una frente, colgó una diadema
que va hacia la nuca sus puntas a atar;
mas no tiene cara la frente radiosa,
y nadie comprende si es reina, si es diosa,
si es hada del río u ondina del mar.

Mirad qué gigante; su torso es tremendo,
es hércules rudo su espalda poniendo
al monte, que intenta cambiar del revés;
su cuello es pujante, sus brazos membrudos,
sus dos pechos fingen dos férreos escudos,
mas no tiene cara, ni manos, ni pies.

Allí de otra piedra la faz se divisa,
su boca despliega burlona sonrisa
y muestra la barba cual roja espiral;

Biblioteca Nacional de España

carátula horrenda parece el semblante
como si saliera del círculo errante
que traza girando febril carnaval.

Imita un pedrusco monjil abadesa
tendida en el mármol fatal de la huesa,
ungido el semblante de extraño interés,
la frente con flores, los dedos de encaje,
y el lienzo de piedra que forma su traje
en rígidas tablas llegando a sus pies.

Mirad aquel risco medroso y severo:
de lejos parece triunfannte guerrero
con casco, con peto, con lanza sutil;
se ve de más cerca su altiva figura,
y no tiene espada, ni tiene armadura,
ni yelmo, ni espuelas, ni pluma gentil.

Habita las piedras un mundo de seres,
de raros varones y extrañas mujeres
que esperan un día su encanto romper,
abrir de su encierro los poros tupidos,
sacar de lo inmóvil calor y sentidos,
y hablar espantados y echar a correr.

A veces me abismo mirando una piedra,
y fijo en su rostro, me pasma y arredra,
pues sé lo que sufre de ver su prisión;
y entonces, mi boca juntado a su boca,
beso suspirando sus labios de roca
y entono esta leve sentida oración:

Biblioteca Nacional de España

«Almas que en las piedras gemís encerradas,
almas que en las piedras vivís resignadas,
de una catalepsia sujetas al mal;
que desde los bloques de senos oscuros
esperáis los días de tiempos futuros
en que os desencante poder celestial.

»¿En qué otras materias vivisteis tejidas?,
¿tuvisteis diversas maneras de vidas?,
¿supisteis acaso lo que es el amor?,
¿fuisteis troncos, monstruos, espíritus, fieras?,
¿pájaros errantes de plumas ligeras?,
¿carne humana y triste sujeta al dolor?

»¿Por cuántas pasasteis distintas escalas
antes que en las piedras plegarais las alas?,
¿habéis sido acaso feliz vegetal?,
¿después bravas ondas de mares potentes?,
¿después conchas, nácares y perlas lucientes?,
¿moléculas luego de roca brutal?

»Yo sé que vosotras tenéis almas puras
que lloran en quietas mazmorras oscuras
por siglos de siglos su horrible dolor;
y yo que en mazmorra de vil carne humana
lloro cual vosotras y aguardo un mañana,
junto a vuestras penas mi intenso clamor.

»Piedras y hombres suben por largos teclados
y allá van en carne o en roca encerrados
hacia un enigmático remoto confín:

Biblioteca Nacional de España

todos en la vida somos pasajeros,
todos somos tristes, todos prisioneros,
¡y es todo una cuerda sin alfa ni fin!

»Los hombres que os tornan seguras viviendas,
cual fieras se traban en rojas contiendas
vuestra unión sublime sin ver ni imitar;
en tanto vosotras, al aire impelidas,
formäis en brazos de amores prendidas,
casas, puentes, templos, y a Dios un altar.

»Como letanías de piedras austeras,
alzáis en el mundo cien mil escaleras
que van de las nobles alturas en pos:
y esas escaleras que fingen collares,
parecen las gradas de santos altares
que aspiran, subiendo, llegar hasta Dios.

»Los hombres no forman escalas de vidas,
sus frentes ajadas no tienen subidas
para ir a las cumbres del bello ideal:
no traman sus besos de nobles hermanos,
ni enlazan los pechos, las frentes, las manos,
como una escalera de luz inmortal.»

¡Así mi plegaria de leves sonidos
susurro a las piedras con tristes gemidos
cual aire que agita doliente saúz,
y sueño en que unidos por almas y nombres,
formen, cual las piedras, tramados los hombres,
una inmensa escala de amor y de luz.

Biblioteca Nacional de España

¡Amad a las piedras, que son formas puras;
no piséis con ira sus caras oscuras;
sus rostros extraños debéis adorar;
su humildad me inspira dolor tan profundo,
¡que por no ir pisando las piedras del mundo,
quisiera unas alas y en ellas volar!

Biblioteca Nacional de España

EL PAN

En nombre del Padre de toda armonía
que amasa los hombres, los astros, las cosas,
yo elevo la hostia del Pan, que es poesía,
comunión de espigas y gracia de rosas.
¿Qué boca merece tocarla? La lengua
que noble reciba del pan la hermosura,
no ha de haber sus frases manchado la mengua,
y ha de ser diamante de clara y de pura.
El es sacrificio sublime que calla,
la hoz lo destroza, lo trilla la era,
los puños le imprimen terrible batalla,
y el horno hace místico su ser en la hoguera.
¿Qué lengua merece comerlo?, ¿qué boca?;
él es un extracto de inmensos dolores,
y es cuerpo formado de trigo, en que choca
todo son de lágrimas y humanos sudores.
El pan es dorado como una patena;
es copón de granos de seno fecundo;

Biblioteca Nacional de España

el pan es Sol santo que todo lo llena,
y su ara es la esfera redonda del mundo.
Tendiendo a él las manos el rey y el mendigo,
temblando le piden calor y energía,
y el disco de espigas, el sol de áureo trigo,
les manda en sus rayos virtud y alegría.
Pero el que perciba del pan la fragancia,
ha de trabajarlo para merecerla;
no basta a los hombres comer su sustancia;
han de hacerse dignos también de comerla.
El pan no se tira, se besa; es sol rubio;
es Dios hecho espigas y ardientes trigales;
es luz de la copa del Sol que en diluvio
se vuelca y desata sus libres raudales.
Quien el pan sostiene, feliz, en sus manos,
mira en él un cáliz de forma precisa;
con él hace a todos los hombres hermanos
y dice en su mesa, que es ara, su misa.
Nadie al pan ultraje, que es cosa sagrada;
yo cuando a mi boca gozoso lo llevo,
pienso, fascinado, que es hostia dorada,
y cual sacerdote que oficia, lo elevo.
Ganar el pan noble de todo redime;
él ata la suma de cien maravillas;
su cuerpo es presente tan alto y sublime,
que el pan se debiera comer de rodillas.
Más sabe una espiga que todos los sabios;
tiene magia eterna la luz de su brillo;
¡entra, oh rubia forma de trigo, en mis labios,
y hazme noble, y sano, y alegre, y sencillo!

Biblioteca Nacional de España

¡QUÉ VIEJECITA ERES

¡Madre del alma mía,
qué viejecita eres;
ya los ochenta inviernos
pesan sobre tus sienes!
Encorvadita marchas
y triste languideces;
triste, porque adivinas
cuál ha de ser tu suerte.
Ya es un harapo mustio
tu cuerpo floreciente;
ya son tus ojos cuencas
que luz apenas vierten;
ya son aquellas manos
de sol, de gracia y nieve,
sarmientos retocidos
que crujen al moverse.
Tu boca, que me ha dado
sus besos y sus preces,
es ya un desierto nido
donde el silencio duerme.

Biblioteca Nacional de España

El seno en que he gozado
mis sueños de inocente,
es ya un sagrario frío
cerrado para siempre.
Tu cuello ya no es cuello,
tu frente ya no es frente;
¡madre de mis entrañas,
qué viejecita eres!
Con el terror inmenso
que tienes a la muerte,
sé lo que estás pensando
cuando dormir no puedes;
sé, aunque el secreto callas,
que sueñas con que viene
un enlutado entierro
lleno de muda gente,
y que asustada tiemblas
porque imaginas verte
bajo el prensado suelo
metida para siempre.
«Quiero—me has dicho un día—,
cuando la vida deje,
que al lodazal no vayan
mis huesos a perderse.
¡Quién descansar pudiera
tendida dulcemente
de un soberano templo
bajo las naves fuertes,
y abierto mi sepulcro
por cima de la fuente,
a Dios estar mirando
y al órgano solemne!»
Y yo que, cual tú, madre,

Biblioteca Nacional de España

llevo el terror perenne
del día en que a la tierra
mi humilde cuerpo ruede,
nada expresé al oírte,
pero soñé con verte
dormir conmigo un día
el sueño de la muerte
en una blanca tumba
do fueran a romperse
los rayos de colores
del vidrio transparente;
así, bajo el sudario
de luces nuestras frentes,
al órgano veríamos
y a Dios eternamente.
Ojos que fueron flores
de luz tibia y celeste;
seno arrugado y triste
donde bebí la leche;
regazo enflaquecido
que a inmenso dolor mueve,
donde gocé mis sueños
de niño balbuciente;
infatigables manos
ligeras en mecerme,
piadosas en lavarme
y en castigarme leves;
labios que fuisteis rosas
para besar mis sienes
y fuisteis canto y ritmo
para adormirme fieles;
madre que fuiste loba
al ir a defenderme,

Biblioteca Nacional de España

y fuiste muda estatua
para velar mi fiebre;
madre que mis heridas
lamiste con deleite;
¡madre de mis amores,
qué viejecita eres!
¡Oh, Dios! ¿Qué daño hizo
mi viejecita débil
para que así en sus ojos
los manantiales seques;
para que así sus manos
en la impotencia dejes;
para que así le arranques
los sueños de la frente;
para que así su seno
paralizado quede;
para que así su boca
sin armonía suene?
Con sus palomas cruza,
con sus palomas viene;
con sus polluelos pasa,
con sus polluelos vuelve;
¿qué daño hace en el mundo
su espíritu inocente?
¡Madre de mis ensueños,
qué viejecita eres!
Si yo pudiera darte
la vida que no tienes;
vaciarte mis arterias
en tus arterias leves;
volcar mi ardiente cráneo
sobre tu cráneo inerte;
cambiarte las entrañas

Biblioteca Nacional de España

por mis entrañas fuertes;
mi corazón, que vibra
cual yunque resistente
trocarlo por el tuyo
que apenas si se mueve;
si yo pudiera darte
mis ojos, con que vieses;
mi tacto, que amorosa
pasaras por mi frente;
mi olfato, que en perfumes
el alma te envolviese;
mi musical oído,
donde sonara siempre
de la Creación grandiosa
la música valiente;
si yo pudiera darte
calor que te encendiese,
mi cuerpo trocaría
en una antorcha ardiente,
en un incendio rojo
que con su luz te diese
la fuerza de mi carne
y el fuego de mi mente!
¡Madre de mis dolores,
qué viejecita eres!

Biblioteca Nacional de España

EXTRANJERA...

Viejecita mía,
tantos son tus años,
que aunque en mí te fijas, ya no me recuerdas,
ya no haces memoria del que te ama tanto.
Quédanse tus ojos quietos en los míos
cual si pretendieras irlos descifrando,
y como dos ópalos llenos de tristezas,
fijos, fijos, fijos los tienes un rato;
y al no penetrarte de que es vida tuya,
tus mismas entrañas las que estás mirando,
de ira te revuelves y al rostro me arrojas,
como agudos vidrios rotos en pedazos,
cuanto corta y punza, cuanto rasga y hiende,
cuando encolerizas tu vocabulario;
y al sentir que llegan tus crujientes vidrios
a ponerme el alma de dolor sangrando,
y a dejarme el pecho tan lleno de heridas
como están las carnes de un Crucificado,

Biblioteca Nacional de España

cual el que abatido mira a una extranjera
de un país lejano,
lloro, lloro, lloro con pena tan honda,
con son tan amargo,
que por mis pupilas corren derretidos
mis huesos en negra corriente de llanto.
Con la vista inmóvil
te sigo mirando,
viendo que a tus ojos ya soy una sombra,
viendo que a tu vida ya soy un extraño,
¡yo que con mis manos tu cuerpo he vestido,
yo que con mis dedos tu pelo he trenzado,
yo que con mis brazos te acosté mil veces,
y que a cada día te entreabrí los párpados,
y que siempre he sido tu palio y tu cielo,
tu fanal, tu asilo, tu escudo y tu amparo!
Cojo tus dos hombros
casi enajenado,
y de tus tendones el haz sacudiendo
para despertarte de un sueño tan largo,
igual que dos llamas mis ojos febriles
interno en tu vida tu ser alumbrando,
caldeo con ellos tu sangre caduca,
revivo tus huesos ya petrificados,
y te grito: «¡Madre: despierta, despierta,
soy yo quien te mira sin cruz y enclavado,
quien tiene tu frente gastada de besos,
quien tiene gastadas de besos tus manos!»
Y como el que agita la rama olorosa
para que eche flores, y luces, y pájaros,
aún más te sacudo, ya loco, ya loco,
ya desesperado;

Biblioteca Nacional de España

y al ver que me miras como una extranjera
de un país lejano,
queriendo de pronto quitarme la vida,
cual si del loquero me hubiese escapado,
la cabeza, que abrirme pretendo,
contra las paredes voy porraceando.

Biblioteca Nacional de España

LAS MANOS DE MI MADRE

Al excelso espíritu de Agustín López, gran corazón y gran inteligencia.

En la concha divina de tu regazo
jugando con tus manos paso las horas;
ya trenzando sus dedos en dulce lazo,
ya dejándolas libres y voladoras.

Absorto en mi ternura juego con ellas
mientras charlando alegre sueño contigo,
y revuelvo tus dedos cual haz de estrellas
o cual bello puñado de rubio trigo.

Cuando acerco las mías de amor temblando,
a tu falda las tuyas riendo asomas,
como juntos se asoman al nido blanco
los morenos plumajes de dos palomas.

Y así que las prendemos en dulce malla
como sus leves hebras cruza un tejido,
traban las cuatro manos ruda batalla,
de la cual siempre, ¡oh madre!, salgo vencido.

Biblioteca Nacional de España

Luego tras la pelea vienen las paces,
pero son unas paces sólo fingidas
para agarrar de pronto como dos haces
de flores, tus dos manos desprevenidas.

Por insigne torpeza son castigadas,
en grave juez me erijo por darte miedo,
y las dos a sentencia son condenadas
de recibir un golpe por cada dedo.

Ya está presa una mano por pecadora
en la cárcel, sin hierros, de tu rodilla,
asustada mirando llegar la hora
de que en sus curvos dedos dé la cuchilla.

A ejecutar airado voy la sentencia,
y los dedos retiras atribulada,
y otra vez los extiendes a mi presencia
y otra vez los encoges emocionada,

Hasta que venturosos los dos a solas,
de nuestros labios salen cual frescas brisas,
igual que borbotones de vivas olas
explosiones triunfales de locas risas.

* * *

¡Tus manos! No están llenas de finas luces
cual manos que en el ocio yacen felices;
las tuyas, como un pecho de honrosas cruces,
están condecoradas de cicatrices.

Biblioteca Nacional de España

¿Quién ante sus arrugas no se prosterna,
si, llenas de virtudes y de energías,
han alzado al ambiente de misa eterna
el cáliz del trabajo todos los días?

Un cáliz revestido de albos cendales
de que es digna la honrada mano del fuerte,
porque ese férreo cáliz pesa quintales
y a Dios cuesta elevarlo gritos de muerte.

Heroína de un noble rudo torneo
y erizada de insignias, Dios te venera;
cada arruga en tus manos, es un trofeo;
cada surco, el repliegue de una bandera.

Esas manos sagradas me han regalado
haciendo con sus brazos cuna bendita;
y a su vaivén glorioso me han columpiado
con su dulce paciencia, que es infinita.

Esas manos bruñidas, manos de hada,
tuvieron, como un manto de la riqueza,
a mi cuerpo de niño siempre ajustada
la túnica de luces de la limpieza.

Esas manos fecundas me dieron plenas
de tus senos las ánforas donde bebía,
como en cristal de angustias fuentes serenas,
paz, amor, sentimiento, leche y poesía.

Esas manos preciosas hechas de encajes,
iguales a manojos de oro y destellos,

Biblioteca Nacional de España

peinaron cual dos bandas de cortinajes
las dos bandas de rizos de mis cabellos.

Esas manos süaves me han vigilado,
cuando la noche negra su ala tendía,
recorriendo mi cuerpo como el teclado
de los dedos de un ángel, mientras dormía.

Esas manos divinas, de Dios hechura,
cuatro veces bañólas luz soberana:
¡manos de casta virgen, de madre pura,
de viuda doliente y excelsa anciana!

¿Con qué, manos piadosas, pagar pudiera
tanto amor, tantos bienes, tanta hidalguía?
Daros el alma toda, muy poco fuera,
pues, si no es por vosotras, no existiría.

Daros mi sangre ardiente, no fuera nada,
pues la que tengo, ¡oh madre!, tú me la has dado,
y en vez de en tus arterias latir aislada,
hasta las venas mías la has prolongado.

Los ojos arrancarme, fuera locura;
para pagarte, madre, son vanas cosas;
de los tuyos salieron, y su hermosura,
como unas rosas viejas dan nuevas rosas.

Mi corazón, que vibra con ciego brío,
poco es para pagarte siendo quien eres;
con la mitad del tuyo formóse el mío
y vivo de prestado porque tú quieres.

Biblioteca Nacional de España

No se paga con nada lo que tú has hecho;
soy la mitad, y nada darte podría;
si quiero el pecho darte, tuyo es mi pecho;
si quiero darte el alma, tuya es la mía.

¡Oh, manos ya caducas y generosas;
quién jóvenes volviera vuestras ternuras,
como salen de nuevo las mariposas
de las ensangrentadas larvas oscuras!

Vosotras, manos fieras de criminales,
tocad las de mi madre, manos preciadas;
tocad sus dedos justos y celestiales
y os volveréis de pronto puras y honradas.

Vosotras, las que asisteis cosas ajenas,
temblando entre azarosas vicisitudes,
tocad las de mi madre, de gloria llenas,
y os cuajaréis de insignes claras virtudes.

Vosotras, las de tintas inmaculadas,
manos de las ternuras, manos de niños;
venid hacia mi madre como bandadas
y aprended de sus manos a hacer cariños.

Vosotras, las de dulces dedos cristianos,
manos de idealizadas nobles esposas,
si tocáis de mi madre las santas manos
os volveréis divinas y milagrosas.

Manos de tiernas vírgenes llenas de alburas,
besad las de mi madre, torpes y bastas,

Biblioteca Nacional de España

y seréis, al besarlas, tres veces puras,
y seréis, al besarlas, tres veces castas.

Vosotras, las del hombre, manos potentes,
cuyo fecundo impulso no halló medida:
si sois de la energía dos ricas fuentes,
fueron las de mi madre ríos de vida.

Manos perdonadoras de los ancianos,
espléndidas en penas y en dichas parcas:
de mi madre, Evangelios son las dos manos,
pues son bíblicos libros de patriarcas.

Manos las de los reyes con cetro de oro,
que sangre de los hombres vertéis a mares:
las de mi madre elevan más gran tesoro:
el cetro omnipotente de los hogares.

Manos las de los héroes, vuestra victoria
no con la de mi madre fué comparada:
es manejar la rueca más alta gloria
que encenagar en sangre la altiva espada.

Manos de los poetas que el cielo inspira
y alzáis himnos sublimes y soberanos:
donde apoyéis vosotros la santa lira,
puede apoyar mi madre las santas manos.

Manos de los pontífices que a Dios veneran
bajo templos que cierran los campanarios:
de vuestra misa augusta muy bien pudieran
las manos de mi madre ser incensarios.

Biblioteca Nacional de España

Vosotras sois mis sueños y mi locura,
¡oh, manos de mi madre, santificadas!,
destrenzarlas mil veces es mi ventura;
y es mi dicha, mil veces verlas trenzadas.

Tus manos beso, madre, no por ser bellas;
porque enjugaron siempre mi amargo lloro;
no cambiara sus dedos hechos de estrellas,
por las alas de un ángel de plumas de oro.

Deja, anciana sublime que me acompañas,
que como a Dios te aclame la lengua mía:
¡Salve, pues me llevastes en tus entrañas!
¡Salve, madre del alma! ¡¡Salve, María!!

Biblioteca Nacional de España

GRITO DE MISERICORDIA

Vacilante y débil
como arista vana
que en otoño los vientos sacuden
en los círculos mil de su danza,
de tu larga vida
te miro al extremo marchar con tu carga,
y yo, joven, no puedo aliviarte
del cansancio que dobla tu espalda.

A tus nobles ojos
de dulce mirada,
ya se asoman los visos del ópalo
que caducas tristezas delatan.
Resignada miras
tu luz que se apaga,
y me dices con tono de niño:
«Ya poco me falta;
quizás cuando lleguen
del invierno las frías nevadas,

Biblioteca Nacional de España

bajarán a posarse en mi fosa
los copos que labren mi fría mortaja.»

Yo no sé en mis entrañas qué siento
cuando escucho esas tristes palabras,
y observo que oscila
cual trémula llama
el espíritu débil que tiembla
en tu ser como agónica lámpara.

Si ardiese mi sangre,
y lumbre brotara
de mis huesos, al fuego arrojados
como leña al furor de las ascuas,
de mi carne viva
las fibras quemara
para hacer una hoguera que diese
calor a tu cuerpo y vida a tu alma.

¿Qué logró tu anhelo
tras vida tan larga?
Tu hogar amoroso
quedó sin compaña!
Dispersaron tus hijos el vuelo
cual libre bandada,
y quedóse en tu noche perenne,
redoblando tus míseras ansias,
tu recuerdo, que horada tu vida
como isócrona gota de agua.
No llores, no llores,
que me oprimen el pecho tus lágrimas;
tú no irás, cual mendigo, a la puerta
en que da la bondad una gracia.

Biblioteca Nacional de España

Mi mesa es humilde,
sencilla es mi casa;
pero en ella la luz de los cielos,
juventud y cariño no faltan.
Me verás de noche,
en mis mudas y solas veladas,
componer las poesías que ansiosa
deletrea tu vista cansada.
La vejez no duerme,
y oírla me encanta;
me dirás cien historias sabrosas
de duendes y hadas,
y en el ritmo vibrante y preciso
que la idea condensa en palabras,
les daré con la rima sonora
las plumas de oro que formen sus alas.

Como el pájaro cuelga su nido
de viga cascada
que del techo las piedras sostiene,
yo pondré la poesía en tus canas;
y, quizás, como el tronco recuerda
que, verde, las aves sostuvo en sus ramas,
sentirás de tus frescos abriles
los sueños que vuelven de nuevo a tu alma.

Biblioteca Nacional de España

EL DOMINGO DE RAMOS

Ya siendo muy anciana, ¡divina madre mía!,
la fiesta de los ramos mirar quisiste un día
y ver el grave templo trocado en un palmar:
yo te vestí de novia de Dios, que te esperaba;
yo mismo, que a tu vida mi vida consagraba,
y te vestí cual visten la Virgen del altar.

Saqué del arca antigua tu histórico vestido
de seda milagrosa; colgué bajo tu oído
dos trémulos pendientes de un mágico reír;
saqué de tus zapatos los dos estuches bellos,
saqué ajorcas de oro, que puse en tus cabellos,
saqué tus dos pulseras de broches de zafir.

De aquel arcón sublime saqué un libro sagrado,
cual por la luz de un ángel en derredor dorado;
tu cándido abanico de plumas de avestruz;
tu prendedor de concha; tu tierno relicario;
tu de prismadas cuentas santísimo rosario;
y tu mantilla espléndida como un temblor de luz.

Biblioteca Nacional de España

Y así que te vi toda de brillos constelada
igual que si estuvieses de estrellas salpicada,
cogí entre mis dos brazos tu imagen de marfil,
y te bajé entre juegos y risas la escalera
cual si en mis ígneos dedos la luna condujera,
o el cáliz consagrado, o el místico viril.

Soltándote en el suelo como a un niño adorado,
tembló la calle toda como un bosque trenzado
de miles de palmeras bañadas de esplendor.
Se hinchó tu pecho anciano con la onda de la vida,
y un punto te sentiste de gloria estremecida
con emoción tan grande, que fué casi dolor.

Para atajar el paso de dos lágrimas puras
que al verte deslumbrada por tantas hermosuras
a tus divinos ojos quisiéronse asomar,
yo te enredé en mil vivos piropos andaluces,
y te hice tan brillantes hipérboles de luces,
que al fin rompiste en risas, a punto de llorar.

Prendida de mi brazo llegaste al presbiterio,
y cual se dobla un siglo, bañada de misterio
doblaste las rodillas con honda religión;
y apenas inclinaste la frente conmovida,
como una larga flauta de luz, del Sol venida,
llegó a tu boca un rayo, calando un rosetón.

Dios te besó en los labios, mi prodigiosa anciana,
mandando una larguísima trompeta soberana
con la divina esencia de su inmarchito bien:

Biblioteca Nacional de España

del Organo de oro que es Organo del mundo,
y tiende cien mil flautas, mandóte el más fecundo
rayo de triunfo y gloria para dorar tu sien.

Allí entre las palmeras que el templo embellecían,
los vidrios policromos temblando se reían
como una alegre Pascua de luz y de color;
allí alzaba Isaías sus iras de profeta;
San Juan apocalíptico, sus alas de poeta;
San Agustín, su frente de grave pensador.

En las pluviales capas tejidas de mil rosas,
enjambres se bordaban de espesas mariposas;
en dos haces partido, mostrábase el misal;
y allá, en dorado púlpito, lanzó un tenor su acento,
igual que si una ráfaga metódica del viento
trajera de otros mundos un canto celestial.

Vi levantarse, ¡oh madre!, tu pecho estremecido
y desprender tus ojos dos lágrimas sin ruido,
mientras que a Dios mirabas cual tierno girasol;
aún me parece, ¡oh madre!, que tu dolor contemplo,
y aún siento en mí romperse la bóveda del templo
y que ante mí se apaga la lámpara del Sol.

Hoy vienen nuevas palmas del suelo de Levante
para que se orne y ría Jerusalén triunfante,
mas no veré sus ramas postrado junto a ti;
desde hace mucho tiempo mi casa está vacía,
mi casa ya no tiene tu santa compañía,
y está lejos, muy lejos, tu espíritu de mí.

Biblioteca Nacional de España

Las palmas ya no tienen para mi mente gloria,
sus altas lanzas de oro no hieren mi memoria
igual que cuando dabas honores a mi hogar;
ya engalanar no puedo tu ser para la fiesta,
ni acompañarte al templo para escuchar la orquesta
que hacía con su estruendo las bóvedas temblar.

Mi casa está tan triste como un sepulcro frío;
mi frente ya no tiene coronas de rocío;
mientras las palmas cruzan, llorando estoy por ti;
se fué cuanto quería, se fué cuanto adoraba,
se fué la mariposa que el aire me encantaba,
¡te fuiste, y la tristeza colgó su velo en mí!

Ya del arcón sagrado que guarda tu tesoro
no sacaré las cintas ni las ajorcas de oro,
no sacaré el rosario ni la bendita cruz;
ni prenderé a tu frente como una maravilla,
el velo prodigioso, la espléndida mantilla
tramada por las sílfides con mil hebras de luz.

No sacaré el de seda vestido idealizado
para envolver tu cuerpo cien veces consagrado,
ni anudará tu risa las almas de los dos,
ni ceñiré a tu brazo la fúlgida pulsera,
ni bajaré, abrazando tu imagen, la escalera,
igual que si en mis brazos bajara al mismo Dios.

Palmeras de Levante que vais en procesiones:
pasad con vuestros arcos tocando en mis balcones,
hacia el solemne templo, que ya brilla el altar;

Biblioteca Nacional de España

y pues venís del lado donde mi anciana mora,
decidme si su pecho de sentimiento llora,
decidme si se ríe besada por el mar.

Traedme sus palabras de esencia peregrina
desde el azul que ondea la clara mar latina,
traedme sus suspiros como una bendición,
traedlos en las lanzas de puntas luminosas
parados como enjambres de negras mariposas,
y llenen revolando mi triste corazón.

Mi hogar está tan triste como un sepulcro frío;
mi frente ya no tiene coronas de rocío;
mientras las palmas cruzan, llorando estoy por ti;
se fué cuanto quería, se fué cuanto adoraba,
se fué la compañera que el mundo me alegraba,
¡te fuiste, y la tristeza colgó su sombra en mí!

Biblioteca Nacional de España

EL ÚLTIMO ABRAZO

Al venir la primavera
toda vestida de gracia,
toda vestida de gloria,
mi viejecita lloraba;
lloraba porque creía
que, siendo ya tan anciana,
al volver yo para verla
la encontraría enterrada;
y allá en sus picachos sola
me aguardaba, me aguardaba,
con el oído latente,
con el espíritu en guardia,
y el corazón repicando
en unas vísperas santas.
Desde la aurora al crepúsculo,
vuelta hacia Oriente la cara,
fija en el ancho horizonte
por donde verme esperaba:
—«¿Vendrá, vendrá?—repetía—;

Biblioteca Nacional de España

mirad bien en la distancia
a ver si baja corriendo
el filo de la montaña;
mirad desde el valle al monte,
desde la cumbre a la playa,
y registrad las veredas,
las trochas y las cañadas.»
Y al venir el rubio día,
en que una voz anunciara
«Ya viene haciendo señales
con una bandera blanca»,
una risa milagrosa
de sus tuétanos brotaba,
que la erguía en el asiento
igual que una llamarada,
Yo me prendía en su lumbre
para saltar hecho brasas,
cual pedrería de estrellas
que una espiral le formara,
y entre un temblor de alegría,
entre un temblor sin palabras,
como dos enredaderas
enredábamos las almas.
¡Qué de besos tronadores,
qué nudos en las gargantas,
qué confusión de gemidos,
qué exlamaciones y lágrimas,
qué fiero dolor mirando
su marchita carne flaca,
ver sus tendones caducos,
ver sus arrugas sagradas,
ver en sus ojos más lirios,
ver en su frente más canas,

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

verla más triste, más triste,
más anciana, más anciana!
Como sarmientos nudosos
sus dedos me aprisionaban,
abarrotados y fríos,
hechos diez míseras lástimas.
Eran sus ojos dos ópalos
de pupilas resignadas,
de turbias luces caducas
que miran y no ven nada.
Era su boca un sepulcro
que encerró música y gracia,
que fué un joyero de risas,
que fué una copa encantada.
Su pecho, como el cordaje
hecho pedazos, de un arpa,
entre mis brazos crujía
cual haz de frágiles cañas.
Replegadita a mi pecho
de él no podía arrancarla,
y con un temblor de muerte
a mi cuerpo se incrustaba.
¡Pobre mujer, pobre vida,
harapo de carne humana,
relicario de amarguras,
bandera en trizas rasgada,
vidrio de una mariposa
que alumbras tus boqueadas,
misal de mi rota misa
que en sombra dejas mis páginas,
evangelio que te cierras
cogiendo en medio a mi alma,
paloma que buscas nido

Biblioteca Nacional de España

en mis latentes entrañas,
corderito que a mí vienes
y contra mi seno balas,
madre de todas mis penas,
madre de corona blanca,
que para mí has sido Virgen,
Tierra y Cielo y Mar que canta:
igual que un dolor eterno
te llevo claveteada,
y aquel abrazo infinito
¡nunca cesa, nunca acaba!

Biblioteca Nacional de España

LAS ANDAS DE MI MADRE

El último tributo que dí a tu vida
grabado para siempre va en mi memoria;
fué la fiesta más grande, la más sentida
que mi amor, santa madre, rindió a tu gloria.

Eras ya muy anciana cuando quisiste,
desde las altas cumbres de nuestros montes,
ser llevada, en la tarde que tú elegiste,
a ver del mar sublime los horizontes.

Ver ansiaste a Dios pleno de maravillas
ante el mar que infinito se dilataba,
y en la playa arenosa dar de rodillas
esperando tu muerte, que se acercaba.

Siempre del mar amaste la vista extensa;
sus acordes profundos y melodiosos
eran como los cantos de cuna inmensa
que arrullaban tus sueños maravillosos.

Para llevarte en hombros como a una diosa,
congregué de los mozos la bizarría,

Biblioteca Nacional de España

cual se hace con la Virgen esplendorosa
al llegar de sus fiestas el áureo día.
Subiendo por las cuestas desde los ríos,
trajeron los mozuelos como en volandas,
ramas cual susurrantes velos umbríos
y troncos con que alegres formar tus andas.
Y el amor, al alzarte como heroína,
trabajando con ramas, cuerdas, listones,
labró para tu imagen, madre divina,
un trono constelado de corazones.
Le hicieron a las andas doce varales,
donde ataron los mozos doce pañuelos,
cual se atan a las andas sacerdotales
de la Reina de mares, tierras y cielos.
Yo te vestí de gala para la fiesta,
un rosario en tu pecho dejé colgando,
y al mirarte en tu trono divino puesta,
«¡Dios te salve, María!», recé llorando.
Del suelo, por las ramas lleno de escombros,
te alzaron doce mozos cual sol triunfante,
y rompieron la marcha contigo en hombros
hacia el pasmo asombroso del mar gigante.
Era por la vendimia: plenos los campos
de madurez sublime se estremecían,
con sus cepas lujosas llenas de lampos
y sus uvas que claras se sonreían.
Los mantos de las vides alineadas,
como tropas veloces de pies ligeros,
para ver la ternura de tus miradas
venían hasta el borde de los senderos.
Las adelfas al paso reflorecían,
en pos iban las tórtolas de arrullo ardiente,

Biblioteca Nacional de España

y las ígneas cigarras, que entretejían
una corona lírica para tu frente.
El aire estaba lleno de risa clara,
de algo inefable y puro jamás sentido,
cual si Dios por los campos antes pasara
para dejarlo todo de luz vestido.
Tras de las andas iba toda la aldea,
y delante, los niños, alborozados,
te echaban el romero que al aire orea
en nuestros altos montes iluminados.
De pronto una tronera de rudos montes
dejó ver la llanura de olas rugientes,
y el mar abrió a tu vista sus horizontes
llenos de sol, de espumas y de rompientes.
Mandé parar las andas un solo instante
por que vieses las ondas en letanía
venir para decirte con voz tronante:
«¡Salve, sublime anciana; salve, María!»
Tú quedaste un momento de asombro llena,
viendo el prodigio hirviente del mar rizado
cantar desde su inmenso vaso de arena
con su tropel de lenguas alborotado.
Desde el embrumecido confín remoto,
el mar desarrollaba campos de tules,
y en renglones sublimes rodaba roto
cual Poema de combos versos azules.
Y revestido de alta, grande poesía
que como a Rey de siglos lo coronaba,
vasto, regio, grandioso, se estremecía;
pleno, augusto, infinito, se dilataba.
Alcé atentos los ojos hasta tu frente,
y vi, bajo la tarde dorada y pura,

Biblioteca Nacional de España

que tu pecho se hinchaba cual ola hirviente
y desbordaba en lloro por la ventura.
Era que no pensabas ver más el mundo,
ver más ni el mar, ni el campo, ni el sol, ni el cielo,
y al mirar el prodigio de mar profundo
con lágrimas sublimes regaste el suelo.
Cuando llegó a la playa tu romería,
Virgen, Madre divina que el alma llora,
ya el crespón de la tarde se oscurecía
llenando de tristeza la mar cantora.
Y al caer de rodillas junto a la raya
donde el mar rompe en ondas bucles divinos,
daba el *Avemaría* sobre la playa
un coro de solemnes cantos marinos.
Dios, que ves en mi pecho, mira mi lloro;
Dios, que alumbras mis días, ve mi amargura;
murió mi dulce Reina, que tierno adoro,
y es mi casa desierta mi sepultura.
Ya en mi hogar afligido no me acompaña,
ya mis rejas doradas no tienen flores,
y el dolor me entreteje su telaraña
con los hilos sangrantes de mi dolores.
Ya no tengo en mi pena tenaz y honda
quien dé luz a mi vida y amor le preste,
ni al sentarme a la mesa quien me responda,
ni al rezar el rosario quien me conteste.
No más te veré, Madre, que me has criado,
que curaste mis males con tu paciencia,
que de todos mis yerros me has perdonado
y me diste tu vida, tu amor y esencia.
Hoy que me anega en olas mi desventura,
tu procesión recuerdo, Madre amorosa,

Biblioteca Nacional de España

cuando le hice unas andas a tu ternura,
lo mismo que a la Virgen maravillosa.
Sólo faltó a tu frente para divina,
la que el mundo me ha dado pura diadema;
la traslado a tus sienes, Dios la ilumina;
¡coronada en lo blanco de tu hornacina,
ya eres definitiva, santa y suprema!

Biblioteca Nacional de España

LAS MADRES

Sobre la techumbre
que cubre mi lecho
tapa de sepulcro
con quien me confieso,
oigo por las noches
la cuna de un niño romper el silencio,
y esa melodía constante acompaña
como un dulce amigo mis largos recuerdos.
A veces la cuna
se para un momento
y un triste vagido, muy triste, muy triste,
se escucha a lo lejos
en la noche muda, más triste y más sola
que el mismo lamento;
y la santa madre
vuelve al de la cuna blando bamboleo,
y se acalla el lloro del insomne niño
mientras el columpio le sigue meciendo.
Mas apenas para

Biblioteca Nacional de España

la cuna su ritmo que extínguese lento,
otra vez el vagido penoso
se clava en el alma más hondo y más trémulo;
y otra vez la madre con mano sublime
balancea a su dulce pequeño,
y un suave efluvio cual de adormideras
parece que esparcen sus líricos dedos...
Poco a poco las luengas mecidas
acortan su vuelo,
y de cortas, aún van a más breves,
y de breves, a un leve cuneo
que apenas se siente, que apenas se escucha,
cual rumor inefable del cielo,
y la mano que mece y que mece
ya es seda que cruje, ya es giro del viento,
ya es pluma que pasa,
ya es beso, ya es brisa, ya es roce, ya es sueño.
¡Oh, cómo las madres
saben esa escala de blandos descensos
que duerme a los niños de todas las razas
con la melodía del ritmo materno,
y mueven las cunas con largas mecidas,
después les acortan su armónico vuelo,
después les reducen sus lentos vaivenes
como si los ángeles las fuesen midiendo,
hasta que las truecan
sutil movimiento,
el imperceptible rumor de la brisa,
el imperceptible reírse del céfiro,
y por fin la música de vagos andares
que se oye en el hondo latir del silencio!
Y en cuantos instantes el niño rebulle
su cuerpo de pájaro y exhala el lamento,

Biblioteca Nacional de España

¡qué divina paciencia!, la madre,
con igual y sublime cuneo,
principia otra escala de largas mecidas
como una cadencia de ritmos diversos,
que transmite al columpio amoroso
la magia del cielo,
y forma otra larga, menguante escalera
de leves mecidas que vanse extinguiendo
cual si reglas divinas y sabias
fuesen graduando su dulce descenso,
que apenas se nota, que apenas se siente,
igual que un crepúsculo que va anocheciendo,
hasta que el acento del niño se calla
en un esponjoso dormir de su cuerpo,
y sólo se escuchan mil músicas leves,
cual si respirase la marcha del tiempo.

Alma solitaria que duermes tu niño
con el sacrificio de tu amor más tierno,
sin que sobrecoja tu pecho la ira,
sin que se impaciente tu santo cerebro,
sin que puedas dejar de ser madre
ni un solo momento;
alma solitaria que noches y noches,
todas las larguísimas del lóbrego invierno,
toda tu cadena de noches sin número,
toda tu cadena de insomnios sin término,
te escucho amorosa meciendo tu cuna,
te escucho tu niño divino meciendo:
¡oh, tú sí que sabes al son de tu lira
rimar grandes versos,
y tejer tu vida, tu amor, tus entrañas,
al pasar y volver de tu péndulo!
Hilandera sublime que hilas

Biblioteca Nacional de España

al son de tu cuna los hombres, los tiempos;
musa excelsa, vestal inmutable,
¡quién pudiera imitar tus ejemplos
y arrullar de las penas humanas
el lloro perpetuo,
y dormirlas con largas mecidas
que se escalonaran con ritmos eternos!
¡Oh poetas las madres sublimes!,
vosotras tan sólo sabéis hacer versos;
la cuna, es la lira de todas las razas;
y el cordaje inmortal, vuestros dedos.

Biblioteca Nacional de España

EL CORRER DEL CIELO

CRUZANDO EL ATLÁNTICO

(Fantasía. Ensueño.)

El paisaje duerme,
mi espíritu vela,
deslízase el buque por la superficie del mar infinito
como una centella.
Borróse ya España
en el horizonte cerrado de niebla,
Europa quedóse escondida
tras la raya trémula
que oculta el inmenso horizonte
cual redonda puerta:
solo a media noche,
solo y suspirando de vaga tristeza
miro cómo corre sobre el combo espejo del mar de dos
[mundos,
la nave que vuela.

Biblioteca Nacional de España

Los labios del alma
un adiós sollozan a su antigua tierra,
¡viendo que una línea del mar evapora
una vida entera!
¿Dónde quedó el viejo solar de la raza?,
¿dónde sus proezas?,
¿dónde sus altares y sus evangelios?,
¿dónde sus espadas, dónde sus espuelas,
y sus remolinos de frentes gloriosas,
y sus altas torres y sus mil banderas?

Así suspiraba con voz afligida,
llena del amargo dolor de la ausencia,
al dejar las ciudades insignes
del jardín que mi vida meciera;
y cuando creía que solo bogaba
por el Gran Atlántico de roncas cadencias,
y que solo avanzaba mi espíritu
desde Europa al confín de la América,
buscó a Dios mi angustiosa mirada
arriba en las altas esferas,
y vi con insólito asombro
que no estaba sola mi pena:
me seguía veloz, me seguía
con todos sus vivos temblores de estrellas,
con todos sus vivos chispazos de soles
y toda su vasta grandeza,
la comba sublime del cielo de España
erizada de santas hogueras,
llena de escrituras y de jeroglíficos,
cual si fuesen palabras supremas,
y el Cielo corría, corría
con sus hervideros de lumbres excelsas,

Biblioteca Nacional de España

con sus torbellinos de moles radiantes,
con sus anchos ríos de chispas que tiemblan,
y volaba, y volaba, y volaba
siguiendo del buque la loca carrera,
lo mismo que un palio grandioso de mundos
que desenvolviese sus flecos de luces y sus cataratas de
[hirvientes milagros sobre mi cabeza.

Y al ver ese pasmo sublime,
al ver a la Patria que el alma venera
irme acompañando
como un deslumbrante rodar de cometas,
el llanto borróme de pronto
aquella visión gigantesca,
y caí de rodillas llamando
a mi pecho con ruda violencia,
y exclamé: —¡Salve, oh Cielo de España,
que me sigues, me alumbras y besas!

Y aquí traigo el Cielo en carrera tendida:
mirad su divina elocuencia;
es el Libro abierto donde balbucientes habéis presentido
al Espíritu Santo hecho lenguas.
El cubre los techos de vuestros hogares
donde vuestros hijos llorando os esperan,
y cubre el sagrado sepulcro
donde vuestros padres aguardan inmóviles en postura
[eterna,
oíd exaltados
del Juicio Final la trompeta,
para rebullirse, saltar de las tumbas
y buscar vuestros seres queridos abriendo los brazos por
[toda la Tierra.

Biblioteca Nacional de España

Levantad al Cielo
las nobles cabezas;
ved cómo nos siguen las raudas *Cabrillas*
que parecen idilios de ovejas
en rediles de luz, que hemos visto
desde que de niños a Dios contemplamos por la vez
[primera.
Y cual trazos de lumbre sagrada,
ved los *Astillejos* que siguen la huella
que atrás deja el buque partiendo el Atlántico
al trazar su ruta con las circulares mariposas raudas
[que abren sus estelas.

La *Estrella del Norte* nos sigue
como una mirada de justicia austera,
que nos manda hasta el fondo del pecho
su luz de deber y nobleza.
El *Lucero* que alumbra la tarde,
allí viene cual ascua que rueda;
él bañó con su luz nuestra infancia
sobre los valles que abrigo nos dieran.
Viene la *Luna* cual disco guerrero
de un arcángel de ardiente melena,
que lo esgrime valiente en los aires
cual si fuese encendida rodela.
El *camino* que traza *Santiago*
como enorme Ovario del Cielo chispea;
es el Lecho nupcial de los mundos
en donde germinan futuros sistemas.
Todo el Cielo viene corriendo, rodando
como incendio de chispas que ciegan,
y fingen los ojos abiertos
de la Raza y sus áureas leyendas,

Biblioteca Nacional de España

ojos de sus Héroes, ojos de sus Mártires,
ojos de sus Vírgenes y de sus Exégetas,
ojos de sus Próceres y sus paladines,
ojos de sus Sabios y de sus Poetas,
que nos siguen, nos siguen, nos siguen
para ver si honramos en patria extranjera
sus libros, sus báculos, sus palmas de triunfo,
sus crisoles, sus ígneas cimeras,
sus bisturíes, sus liras de oro
y su balumba de grandes prodigios y glorias inmensas.

Españoles que amáis la Argentina
y en Buenos Aires plastasteis la tienda
y vivís a la sombra que tiende
su hospitalaria y sublime bandera:
no os traigo riquezas; fué pobre mi cuna;
no os traigo el poder; es humilde mi diestra;
no os traigo la gloria; es oscura mi frente;
ni sabiduría; es indocta mi lengua;
os traigo el portento del Cielo de España,
¡os traigo la Patria hecha estrellas!

Biblioteca Nacional de España

A UBALDA

Llegaron los tiempos, dulce hermana mía,
en que a Dios se elevan
para recibirlo como Pan sublime
los labios divinos de nuestra conciencia;
los labios divinos que han de ser cristales
donde el sol riela,
que han de ser dos llamas, dos nácares puros
para hacerse dignos de que en ellos entre la Gracia
[Suprema.

El Cuerpo de Cristo
es el extrahumano Pan por excelencia,
vacuna que tiene todos los dolores
y las amarguras que empapan la Tierra,
profilaxis santa que lleva en su seno
acíbar y adelfas,
estoicismo, llagas,
llanto, penitencia,
porque es la inmortal levadura
de la Vida Entera.

Biblioteca Nacional de España

Y el que se vacuna con esa sustancia
de infinita fuerza,
se hace invulnerable
a las mordeduras de todos los ácidos que el alma
[envenenan,
Tú que te conservas inocente y pura,
los labios acerca
hacia el inefable Disco que contiene
la Sustancia Excelsa.
Para recibirla,
han de ser los labios cual doble patena,
porque si reciben los labios traidores,
manchados de culpa, la Visita Eterna,
cometen un crimen tan grande
que es el crimen mayor de la Tierra.
Así nuestra madre decía
con profético acento, ¿te acuerdas?,
¿quién cual ella tuvo
aquella broncínea fiereza,
aquellas palabras candentes
de cólera inmensa,
contra los que torpes en lechos de vicios
el alma revuelcan?
Parecía mujer de la Biblia
con sus frases de fuego tremendas,
y no perdonaba el pecado,
¡más que Dios, vengativa y austera!
Tú heredaste en tu espíritu noble
la alta incandescencia
de aquella mujer prodigiosa
tallada en el mármol de heroica cantera,
que hizo de su vida
modelo de fuerza,

Biblioteca Nacional de España

ie hizo un desgraciado de mí, hermana mía,
al volverme en su seno poeta!
Permite que llore sobre tu regazo
hoy que has comulgado con Dios y estás llena
de su luz, y te enseñe las llagas
y el largo tormento que mis sienes quema.
Y pues nuestra madre
duerme el sueño eterno debajo de tierra,
sin que más, ¡oh dolor infinito!,
volvamos a verla,
sé tú, hermana mía, mi madre amorosa,
ya que sois las hermanas tan tiernas,
que sois otras madres bienaventuradas
cuando falta a nosotros aquéllas.
Permite que llore sobre tu regazo
mientras que tus manos cubran mi cabeza,
y suelte a mis ojos los dos manantiales
y recale tus huesos mi pena.
Madre, hermana, escucha:
yo siento vergüenza
de entrar en el templo, lleno de pecados,
y a ti, de rodillas, los narra mi lengua.
Yo rodé de la cumbre divina
al precipicio de toda impureza,
y llenóme de tétricas culpas
la lucha sangrienta
de infinitas espadas venidas
a herirme perjuras y ebrias,
contra cuyos filos, para defenderme,
tuve que rasgarme las dos alas bellas,
rotas contra el mundo de dar aletazos
y tiznadas de hiel y tristezas.
Igual que un relámpago de sangre, mis ojos

Biblioteca Nacional de España

nublaron a veces terribles ideas
de horror, de venganza,
como un oleaje de indómita fuerza
que daba porrazos entre las paredes
de mi frente ciega.
No me atrevo a mirar a los ojos
a Dios que en el ara se eleva,
y a ti, hermana mía,
abrazado, te cuento mis quejas,
viendo cómo ha puesto la vida que tuve
mi pecho de flechas.
Entra tú en el templo, llegando a la Virgen
mientras que te espero temblando a la puerta,
como te esperaba
cuando, en mi defensa,
de nuestro padre amansabas la furia
con palabras buenas,
para entre tu falda llevarme escondido
ante su presencia
y recibir el perdón de la mano
que iba a dar sus golpes sobre mi cabeza.
Haz lo mismo ahora,
tú, máter purísima, abogada nuestra;
tú, turris davídica,
¡oh, mi hermana bella!,
y di a Jesucristo
que siento mancharle las gradas egregias,
que siento ofender con mi planta
su Casa Suprema,
que temo que lloren los lirios
al ver más morada mi pena,
y temo que cierren su seno las rosas

Biblioteca Nacional de España

al ver que mi llanto resbala cual gotas de viva candela.

....

Entró con un ramo florido
de albas azucenas,
y acercóse a la Virgen María
en su altar, entre luces expuesta.
Yo sentí en el alma
que besó la tierra,
y luego a Jesús dirigióse
e imploró su divina clemencia,
besando esta vez con la frente
las rígidas piedras.
Alzóse después, y la mano
tomóme viniendo a cogerla;
yo entré arrebujado en su falda
con la vista en el suelo suspensa;
alzóme mi hermana la frente,
que ardía como una candela,
y al ver Jesucristo enclavarme
la bárbara nube de flechas,
desvió una mano de la Cruz divina
y arrancóme las agrias saetas,
diciendo: «¡Revive; las clavo en mi Cuerpo
por que el tuyo descanse sin ellas!»
No contrajo ni un pliegue del Rostro
al clavarse las puntas sangrientas,
como si pudiese su carne gloriosa
con los fieros dardos de toda la Tierra.
Un rubor de incendio me abrasó la cara
al ver que no pude luchar con mis penas,
mientras Dios las de todos los hombres
llevaba en sus carnes excelsas.

Biblioteca Nacional de España

Desde entonces, si tengo desdichas,
sonrío al tenerlas,
y las llevo ufano sobre mis dos sienes,
cual si condujera
con alas de pájaro libre
¡un ánfora llena de rosas divinas sobre mi cabeza!

Biblioteca Nacional de España

¡ADIÓS! [1]

I

En este sorbo de amargura humana
que tengo que pasar,
estoy sin ti, consoladora hermana,
sin poderme en tu pecho reclinar.

Como se rasga un lienzo, cruje y grita
mi acento de dolor;
no me queda siquiera la infinita
compaña de tu amor.

Todo lo que en la vida hube soñado,
todo lo que adoré,
siento, por las raíces, arrancado
de mi profunda fe.

---

(1) En uno de mis viajes a América.

Biblioteca Nacional de España

Se ensombrece mi vida toda entera
como un templo sin luces y sin Dios;
hermana, hermana mía, ven siquiera
y lloremos los dos.

Ya no tengo la mano que endulzaba
con su amor inmortal,
el fuego que la frente me abrasaba:
¡murió la santa sombra maternal!

Y pues tú reemplazaste, hermana pura,
su excelso resplandor,
templa, cual nuestra madre, mi amargura
con tu noble calor.

II

Es que pienso dejarte, y lloro y muero
al sentir en el alma tu orfandad;
pronto habrá de volar al extranjero
para siempre, tal vez, mi libertad.

No volveré quizás a ver a España,
tierra con cuyo barro me formé;
tierra que, desde niño, en luz me baña,
y es mi Cáliz, mi Altar, mi Dios, mi Fe.

Pronto habrá de agitarse mi pañuelo
sobre la azul desolación del mar,

Biblioteca Nacional de España

y mediará la inmensidad de un cielo
entre dos frentes que nubló el pesar.

Cuando se pierda el buque en la distancia,
será cual si perdiera mi ilusión,
toda la tierna historia de mi infancia,
toda mi vida y toda mi razón;

las santas sombras de mis padres idos,
los altares que oyéronme rezar,
los héroes que exaltaron mis sentidos,
los sabios que enseñáronme a pensar;

todo lo que formó mi esencia humana
y de Dios en el fuego me inflamó,
todo se borrará, divina hermana,
en la distancia: ¡en mi conciencia, no!

Llevaré de estas selvas los clamores,
de estos mares sublimes el rugir,
de estos anocheceres los colores,
de estos amaneceres el reír,

de estos campos lujosos los matices,
de estos pájaros bellos el cantar,
de estos árboles patrios las raíces,
de estas claras campanas el sonar;

la fe de nuestros ínclitos abuelos
que llevaron por brújula la cruz
y ensancharon los mares y los cielos
y alumbraron dos mundos con su luz;

Biblioteca Nacional de España

me llevaré, como divinas prendas
de nuestra rica y noble tradición,
en un cofre de oro, las leyendas
que supo imaginar la inspiración;

y la ciencia profunda y peregrina
que alzaron nuestros sabios al pavés,
reteniendo la Esfera cristalina
absorta y en prisión bajo tus pies;

el eco vibrador de las espadas
que el tiempo puso en la Panoplia Real,
y el genio de las plumas consagradas
que llevó España por airón triunfal,

todo lo llevaré por tierra extraña,
donde se habla y se reza en español,
¡cual si un vaso de vida fuese España
que regara otros mundos como el Sol!

Exprimiré la esencia de las cosas,
y llevaré a otros cálidos vergeles
toda España en mi lira de claveles,
con siete cuerdas de divinas rosas.

* * *

Cuida de nuestro hermano, que ha bebido
savia en el mismo seno que tú y yo,
y tiene el santo pecho dolorido
de tanto como, heroico, trabajó.

Biblioteca Nacional de España

Cuando sufra su espíritu doliente,
penetra su recóndito pesar
y pon tu mano en su sublime frente,
pálida de latir y de pensar.

Y si hace falta sangre de mi vida
para dársela en noble transfusión,
yo vendré a derramarla de la herida
que me abriré en mi mismo corazón.

Que no aflijas tu pecho, que no llores
ni padezca tu amor pensando en mí:
¡si han de enterrarme entre extranjeras flores,
yo quiero que me traigan junto a ti!

Bajo tierra asiremos nuestras manos
cual dos raíces que el amor juntó,
y seguiremos siendo los hermanos
que ni vida ni muerte separó.

Que tus hijos te quiten los abrojos
de tu corona y tu pesada cruz;
y si mueres sin mí, cierren tus ojos,
como dos lirios de morada luz.

Adiós; llegó la triste despedida;
divina hermana, que te guarde Dios;
si más no hemos de vernos en la vida,
¡alma del alma, para siempre adiós!

Biblioteca Nacional de España

EL PREGÓN DEL PESCADO

(ESCALA DE VIDAS)

Popular

Atención a la voz mía,
viejos, mozas y muchachos,
que aquí llevo en los cenachos
cuanto el mar andaluz cría.
Ningún mar que alumbra el día
lo que el de Málaga encierra,
pues en él viven en guerra
peces de tantos sabores,
cual brotan clases de flores
en el seno de la tierra.

Llevo acabados de echar
boquerones «vitorianos»
cual duendecillos enanos
que viven dentro del mar.
Son buenos para probar
el primor de las mujeres,

Biblioteca Nacional de España

pues dan menudos quehaceres
al unirlos con mil mañas,
cual manojos de pestañas
o manojos de alfileres.

Con sus túnicas divinas
que la luz besa temblando,
llevo vivas y saltando
las relucientes «sardinas».
Sus escamas cristalinas
el fuego dora y halaga,
y el apetito propaga
su olor grato y peregrino,
entre las cañas del vino
de la andaluza moraga.

Sobre lecho de hojas huecas,
soltando salinos jugos,
llevo los recios «besugos»
y las magníficas «brecas».
Les forman brillantes grecas
las escamas rutilantes,
y deslumbran los cambiantes
de sus vestidos sutiles,
como toques de buriles
sobre joyas de diamantes.

Llevo la «herrera» listada
que del mar vive a la orilla,
cuyo cuerpo blanco brilla
como piedra veteada.
Llevo la rica «pescada»
de largo hueso estriado;

Biblioteca Nacional de España

llevo el «pulpo» alunarado,
el «jurel» amarillento,
y el «salmonete» sangriento
por el sol disciplinado.

Llevo, cual raro ejemplar
sacado del agua verde,
la «tintorera», que muerde
igual que un perro del mar;
el «jaquetón» singular
que come vuelto hacia arriba,
la «araña» oscura y nociva
que el duro grillete ahonda,
y la «japuta» redonda
cual grande moneda viva.

Llevo el fiero «sangrador»
que una espina por cortante,
clava en la lucha, triunfante,
a su enemigo traidor.
De purpurino licor
se tiñe el agua al pasar,
y por fin, muerto al quedar,
va en el cristal funerario
envuelto en rojo sudario
rodando en lo azul del mar.

Llevo el de una espina sola
largo y flexible «cazón»
que le llega en extensión
de la cabeza a la cola;
la que lía como bola
«pintarroja» circular,

Biblioteca Nacional de España

su cuerpo para luchar
que, como lima que espanta,
no cruza por la garganta
de ningún monstruo del mar.

Llevo la forma prensada
del exquisito «lenguado»,
y llevo el «Pepe raspado»
con piel de líneas bordada;
llevo la «lisa» azulada
que brinca en el mar sonoro,
y llevo el mejor tesoro
que halagó los paladares:
¡el «mero», rey de los mares,
de escamas hechas con oro!

Va en mi cenacho el «zafío»,
va la «mocosa» pausada,
y va la «aguja» ondulada
como la anguila del río.
Luciendo su señorío
va el fresco «rubio» encarnado,
el «dentón» arrebolado,
la blanca «chucla» espinosa,
y la «caballa» verdosa
con traje de azul franjado.

Llevo el «volador» sin par,
pez con dos alas vestido,
que al sentirse perseguido
sale y se lanza a volar;
no cesan de gotear
su vuelo, que el viento hiere,

Biblioteca Nacional de España

y si seguir raudo quiere
moviendo las alas huecas,
¡al quedar un punto secas,
las riza temblando y muere!

Llevo carne fresca y grata
de «marrajo» traicionero,
y de «golfín» que, ligero,
su paso a brincos dilata.
Llevo la «jibia» que ingrata,
si la incitan a luchar,
huye su nido a buscar,
con sus colgantes de cinta,
escondiéndose en la tinta
que echa en el agua del mar.

Llevo el «rape», que se entierra
entre las capas del lodo,
colocándose de modo
que él pueda mirar la tierra:
tiene por armas de guerra
dos hilos de cerda fuerte
donde la mirada advierte
dos borlas flotando al par;
¡el pez las corre a buscar,
y lo que encuentra es la muerte!

Va en mi cenacho la «raya»
que con su sierra atrevida
deja a su rival sin vida
y el mar lo arroja a la playa;
va el «chucho», que avieso ensaya
de una en otra cabriola

Biblioteca Nacional de España

su arma que única y sola
para matar si arremete,
describiendo un molinete
con la punta de la cola.

Llevo el raro «camarón»,
que audaz espina maneja;
la «langosta», que semeja
cien patas en confusión;
va el borracho «cabezón»
con su testuz peculiar;
y de la «galera» al par
va el «rapagallo» redondo,
registrando por el fondo
los interiores del mar.

Llevo el «pez-emperador»,
cuyo hocico acuchillante
es una espada cortante
llena de loco furor.
Llevo el «atún» corredor
y el «negro», su atroz rival;
y la «culebra» fatal
que brinca y caracolea
y a su enemigo rodea
torciéndose en espiral.

Llevo el «rascarsio» rabioso,
llevo el «pámpano» pajizo,
y blanco como el granizo
el «róbalo» esplendoroso;
llevo el «sargo» primoroso
todo de negro listado,

Biblioteca Nacional de España

y el «lorito» abrillantado
por seis brillantes colores,
igual que si un haz de flores
lo hubiese disciplinado.

Llevo el arisco «gramante»,
llevo la «chopa» y el «gallo»,
y va el marino «caballo»
de crespa cola ondulante;
va el armado «vigilante»,
la «lacha» de jugo rico,
la «palema», a cuyo pico
y piel, lo azul presta gala,
y la «anula», con un ala
que le sirve de abanico.

Llevo el «cachucho» encarnado,
el «voraz» y el «espetón»
y el lindo «pez de limón»
con su pajizo tocado.
Llevo el «lagarto» pintado,
la «brótola» y la «baqueta»,
la graciosa «gallineta»,
el «pollo» y el «rodaballo»,
y el luciente «esparragallo»
con su brillo de cometa.

Llevo el «torillo» y la «vieja»,
el «obispo» y el «soldado»,
llevo el «bonito» listado
con piel que al raso semeja.
Llevo formando pareja

Biblioteca Nacional de España

la «sama» y el «estornino»,
y el ropaje diamantino
del «sábalo» diligente,
que nada en el mar luciente
como esquife cristalino.

Llevo el «pargo», el «roncador»,
la «boga» y la «torbellina»,
y la «rata» peregrina
de indefinible color.
Llevo el «ángel» mordedor,
llevo el «calamar» sutil,
y la «mujarra» gentil
que al compás del mar sonoro
grabó una sirena de oro
con misterioso buril.

Con su traje que al sol brilla
llevo la arisca «morena»,
y llevo de luces llena
la bullidora «baquilla»;
llevo la rauda «cabrilla»
nacida entre ovas y lamas;
y lanzando vivas llamas
«dorada» y «corbina» hermosas
con Vírgenes milagrosas
al trasluz de las escamas.

Llevo la «aguja palar»,
dueña del ponto bravío,
la «labaila» y el «judío»
y el raro «lobo de mar».
Acabados de pescar

Biblioteca Nacional de España

van el «tordo» y la «abarcora»,
la «pijota» nadadora,
el «mélvas» y el «romeruelo»,
y el «esparte», que ligero
horada la mar sonora.

Carne va de «tiburón»
en mi cenacho salino,
pez que del mar cristalino
pasa y cruza la extensión.
Va el «pachano» juguetón
y la «cornuda» horrorosa,
cuya cabeza medrosa
decoran dos cuernos rojos,
en cuyas puntas, los ojos
vierten su luz misteriosa.

Como centella brillante
llevo el «pez espada» fiero,
que el mar perfora ligero
igual que una estrella errante.
Mi cenacho goteante,
al son del pregón sonoro,
lleva también, cual tesoro
del mar que el cielo retrata,
a la «zalema» de plata
con sus seis rayas de oro.

Llevo el «zorro» y el «marrano»,
el «cherna», pez ideal;
el «toco», pez de cristal,
y el «pez de rey», pez galano.
Llevo el «ochavillo» enano

Biblioteca Nacional de España

que no teme andar a solas;
la que abrillanta las olas,
«cinta» que juega y reluce,
y el «pitisalbo», que luce,
como un bajá, siete colas.

El «sapo» llevo a la vera
del «chanquete» diminuto,
y con su manto de luto
la incesante «tembladera».
En su salvaje carrera
las algas hace temblar,
todo tiembla sin cesar
por donde pasa nadando,
tiembla el pez que va cazando,
tiembla el suelo y tiembla el mar.

Desde el más pequeño ser
a la «ballena» gigante,
devora el pez más pujante
al pez de menos poder.
Venid, que quiero vender
los monstruos que el mar encierra,
¡ya que en esta cruda guerra,
el hombre es fiera bravía,
que devora cuanto cría
el mar, el cielo y la tierra!

Biblioteca Nacional de España

LA JOTA

Ningún instrumento de cuantos suspiran
tiene forma humana;
ningún instrumento de fondo sensible
más que la guitarra,
y es que la vihuela,
de la vida toda las voces enlaza;
prima, dos, tercera, voz son de mujeres;
y voz de los hombres, sexta, quinta y cuarta.
Con esas seis cuerdas
ríe, llora y ama;
tres son transparentes y están retorcidas
con hebras tirantes de fibras elásticas,
y los tres bordones son seda por dentro
y por fuera plata.
Recorriendo el mástil de trastes armónicos
y el pecho que siente, se alargan y alargan,
pasan por el talle de hueco redondo
de donde la fuente de música mana,
y van a anudarse donde las caderas

Biblioteca Nacional de España

rotundas se enarcan,
quedando el cordaje que ríe y que llora
tendido en la caja
desde las clavijas al amarradero,
¡igual que seis lenguas sonoras que cantan!

Dentro de ese cuerpo de mujer melódica
palpita la raza,
se esconde la musa rebelde y bravía
del genio de España.
Llora con los presos,
zumba en las batallas,
gime en los zorcicos,
ríe en las parrandas;
y aunque junta y prende la varias regiones
en su rica gama
y entreteje el Norte con el Mediodía,
sobresale en ella la jota bizarra,
porque vuelve la sangre un incendio
despertando el amor a la patria,
y duelen los huesos de gozo al oírla
y retiemblan de ardor las entrañas.
Dentro de ese cuerpo de madera música,
dentro de esa caja,
está el explosivo triunfal de la jota
como un alarido de guerra y venganza.
Cantad, españoles, la jota invencible;
cantadla, cantadla;
está desprendida del Pilar divino
de Aragón valiente, y es fiera y sagrada.

Biblioteca Nacional de España

Los cuatro renglones que arroja a los vientos,
no son cuatro versos, que son cuatro espadas
de aquellas bruñidas por los forjadores
cuando era Toledo la reina del Mapa.
Suena a cañonazos la jota soberbia,
a espuelas, a arreos y a choques de lanzas,
y piensan los ojos mirar al sentirla
cuando ardiendo sale desde las gargantas,
los aceros de tiempos heroicos,
crineras, celadas,
petos, borgoñotas, lanzas de torneo,
pretales, gualdrapas,
escudos, coronas, penachos, rodelas,
chambergos de Flandes y plumas de Italia.
Cantad, españoles, la jota que es vida,
y es vaso de llamas
que incendia los cuerpos, reaviva las frentes,
caldea los ojos y enciende las almas.
Ella tiene el paso de los guerrilleros
de edades pasadas,
cuando cuerpo a cuerpo caían con gloria
o erguían la frente teñida de pólvora y en luz co-
[ronada.
Ella tiene el paso de los escuadrones
que del enemigo rompiendo la marcha,
crecían, crecían como cataclismos
y al son de las músicas feroces triunfaban.
Ella tiene el eco de las salvas reales
del gran Carlos Quinto que el sol contemplaba
dar la vuelta al mundo sobre territorios
de la antigua Hispania.
La jota recuerda los épicos triunfos
de tiempos gloriosos entre las escuadras

Biblioteca Nacional de España

que a luchar venían de toda la tierra
para hundir su frente bajo nuestras aguas.
¿Visteis, asombrados, la Real Armería
como una Epopeya de gloria que pasma,
compuesta de espadas insignes,
de cascos, frontales, banderas gallardas,
literas que fueron asientos de Reyes,
manoplas y mazas,
armaduras cual joyas de siglos,
y altivos guerreros bajo sus celadas?
Pues eso es la jota candente y terrible:
la voz inmortal de la patria,
con héroes, tragedias,
tumultos de lanzas,
y triunfos tan grandes y glorias tan puras
que nunca las vieron los hombres más altas.
La jota es la mecha,
la candela bárbara,
la mano que lleva la antorcha
hacia polvorines contrarios que aguardan,
volando ciudades y ejércitos
con lo gigantesco de su llamarada.
Cuando muera un héroe,
cantadla, cantadla;
ella es más severa que canto litúrgico,
más recia y más brava.
Cuando nazca un niño,
tañed sus escalas;
tiene la alegría de pájaros nuevos,
de locas bandurrias y trémulas flautas.
Cuando pase un Rey,
al aire lanzadla;
es más imponente que marchas augustas,

Biblioteca Nacional de España

más fuerte y más amplia.
Si muere un poeta,
puntead la jota sobre las guitarras;
no hay del *Miserere* sobre los dolores
un dolor más hondo que hay en sus plegarias.
Reíd con sus risas,
arded con sus llamas,
llorad con sus penas,
celebrad los triunfos con sus notas magnas;
y si vacilase sentada en su trono
de Cristo la imagen sagrada,
y apagado el espíritu, en sombras
estuviesen dormidas las almas,
quietos los impulsos y los corazones,
quietas en sus fundas las ígneas espadas,
entonces, por calles y templos,
por foros y plazas,
corran muchedumbres cantando la jota
como el que a rebato toca las campanas;
pasen muchedumbres lanzando los himnos
de Aragón y su Virgen bizarra,
y veréis de las rígidas piedras
surgir lumbraradas;
veréis removerse los huesos
en los ataúdes bajo las mortajas;
veréis extender los caballos
las crines, de horror espantadas,
deseando mezclarar sus relinchos
al estruendo feroz de las armas;
oiréis desfilar los cañones
como un río de bronce que pasa,
y en pie los ejércitos,
y en pie las ciudades al son despertadas,

Biblioteca Nacional de España

desbordarse cual río grandioso
y luchar por su gloria más alta:
la de Cristo inmortal y divino,
a quien la bandera cubrió de la patria,
como un palio triunfal que sostienen
columnas de pechos, aceros gloriosos y puntas de lanzas.
¡Españoles, la jota enloquece;
cantadla, cantadla!

Biblioteca Nacional de España

LA HABANA FUTURA [1]

Llegarán los días de luz en que seas,
¡Habana famosa!,
digna del Atlántico que viene a engarzarte
con vientos, con olas,
con rápidas hélices de todos los climas,
de todas las lenguas y razas ignotas.
Pasador pareces de inmenso abanico
que abre su infinita vitela redonda,
y tiende en las aguas
varillas grandiosas,
a las cinco partes lejanas del orbe,
a las cinco partes del orbe remotas.
Tú serás, ciudad rica, el granero
donde, en lo futuro, deshojen su pompa
las espigas de todos los soles,
las ramas de todas las zonas,
y serás la gran troje del mundo,

(1) Escrita para leída en la solemne coronación del autor, en el Gran Teatro Nacional de la Habana, la noche del 4 de agosto de 1910. Pero se declamó en su lugar «Las nuevas espadas». *(N. del E.)*

Biblioteca Nacional de España

la inmortal y magnífica Alhóndiga,
que tendrá la romana y el metro,
el litro y la báscula bronca,
que pesen y midan los ríos de granos,
de frutos y telas preciosas
que en ti desemboquen, cual van al Atlántico
de cien ríos rodantes las ondas.
Venidos los días serán en que seas
la Gades ruidosa,
rival de Cartago y de Nínive,
de Alejandría, de Menfis y Roma.
Se aboceta en tu seno el trazado
de una enorme ciudad fabulosa,
que crece y que invade tus playas,
que crece y que escala tus lomas,
que crece y que funda los pueblos
que a tus aguas un cerco le forman,
y que en tu bahía se copian temblando,
igual que en el vidrio del mar de la gloria.
Verás a tu seno acercarse
como al foco inmortal de una antorcha,
las naves distintas del mundo
con alas gigantes de lona,
que vuelen buscando tu luz y se posen
sobre tu grande esmeralda sonora.
Y ese cruce de barcos soberbios
casando sus alas briosas,
serán incesante hervidero de velas,
temblor prodigioso de estelas y combas,
un ir y venir de condores inmensos,
un volar de pájaros de plumas gloriosas,
que sin cesar trazarán a tus sienes
un triunfo de regias coronas.

Biblioteca Nacional de España

Serás el bazar de los siglos,
el escaparate de la tierra toda,
la vidriera a que asomen sus ojos
América, Europa,
Asia, Oceanía, y el Sol del Sahara
con sus caravanas, sus hombres de ébano, su fuerza y su pompa.

Tú alzarás en tu mano la gracia
de viñas futuras, brindando en tu copa
al inglés rebellón que a ti llegue
desplegando en tus aguas su flota.
Y alzarás tu brindis
a Rusia gigante que venga a tus olas
envuelta en sus pieles de oso
y en vientos y nieblas del Volga.
Brindarás con los claros rubíes
de tus ígneas gotas,
a los gallardetes que Francia levante
de sus naves de luz en la popa.
Y también brindarás a la Italia
de sienes de diosa;
y a Grecia riente y divina,
que tiene del arte la forma;
y a Egipto, que lanza a los cielos
sus altas pirámides torvas,
llenas de esqueletos de reyes antiguos,
igual que el osario sin fin de la Historia.
Tú alzarás en los aires tu vaso
por cuantas naciones te apunten sus proas,
y entren en tu regia bahía, tallada
sobre tu arrecife potente de rocas.
Y en tanto, en tus muelles tronantes,
cantarás tus fragores de ópera,

Biblioteca Nacional de España

tu tráfago hirviente,
tu juicio final de sonidos que asombran.
Irán por tus rieles de luces
cual un hormiguero de bronce que corra,
de tus carretillas las largas hileras,
formando rosarios febriles de notas,
como del pentágrama viril del comercio
la música viva y grandiosa.
Sus explosiones de truenos tus cabrias
lanzarán cual chasquidos de bombas,
deslizando cintas de largas cadenas
por los engranajes de ruedas cantoras.
Moverás tus vagones, uncidos
a los trenes de entrañas plutónicas
que vengan al borde del agua
cual serpientes sedientas y rojas
a arrastrar los frutos que críen tus campos:
café, miel, tabaco, tus cañas, tu azúcar, tus piñas
[hermosas.

Tus machinas de fuerza asustante
alzarán en flexión poderosa
a los aires los cascos tremendos
de las naves rotas,
que los calafates herméticos curan
con el óleo de santas estopas.
Tu puerto infinito será un campanario,
un repique de anclas forzudas y roncas,
un tronar de mazos y homéricos yunques,
un son tremebundo de vida y de gloria,
que llame al trabajo
de la Tierra atónita,
¡de que tú, Gran Visión de la Habana,
serás la inmortal Babilonia!

Biblioteca Nacional de España

LA RISA DE GRECIA

Casi nadie ignora que son las ondinas
las que en las llanuras del mar cristalinas
de las aguas saben los velos rizar,
y que no es el peine ligero del viento
el que desarrolla gentil movimiento
y peina los bucles rodantes del mar.

Nereidas y ondinas y musas y diosas
son las que ciñendo sus frentes de rosas
al abrir el día sus hojas de flor,
salen de las costas de Grecia rientes
y van en esquifes de nácar lucientes
rizando las olas con leve temblor.

De Chipre y de Creta, de todo el mar Jonio
que siembra de risas pasando Favonio,
se mira a la flota los rumbos seguir;
y van en dorados brillantes tropeles,
de concha y de oro sutiles bajeles
y naves con proas que incrusta el zafir.

Biblioteca Nacional de España

Revisten los palos, jugando en el viento,
las velas de púrpura de tono sangriento,
hinchadas cual senos que agranda el amor;
y cada costado de nave dilata
compactas hileras de remos de plata
que muévense a ritmo con blando rumor.

Allí va de Juno la noble belleza,
«cual verso de Homero» la sobria cabeza
que pide la grave prisión de un altar;
y allí va Minerva, la virgen, la hermosa,
la sabia, la augusta, la casta, la diosa,
que de un pueblo todo sintióse adorar.

Allí está Cibeles mostrando enlazadas
de las estaciones las llaves sagradas
que inundan la tierra de paz y placer;
y allí eleva Ceres, trenzada en el coro,
las manos que arrojan el trigo de oro
que va por sus hombros rodando al caer.

Allí de Diana se ven los dos senos
de agrestes rocíos y nácares llenos,
y a trompa de caza le arranca el clamor;
y allí Venus brilla, que es rica en las penas,
y esencia en los astros y fuego en las venas,
y gloria en las almas que incendia el amor.

De náyades leves con formas divinas,
y alegres collares de bellas ondinas,
se erizan los bordes de cada bajel;

Biblioteca Nacional de España

y alegres amores tejiendo sus alas,
las naves adornan, prendiendo con galas
y plumas y flores pomposo dosel.

La ruta señala gentil Citerea,
y avanza la flota que el mar balancea
con velas y palos en forma de cruz;
al viento del alba se curvan las velas,
y dejan las popas radiantes estelas
y arrancan las proas virutas de luz.

Mas no son las naves con bordes de oro
las que el agua rizan con remo sonoro
rompiendo cristales que miran saltar,
ni el trigo cual lluvia sutil de alfileres
que rueda del seno redondo de Ceres
al vaso de vidrios movibles del mar.

Sus dedos que imitan a largos diamantes,
las diosas de Grecia dejando flotantes,
del agua el ras frío comienzan a herir;
del mar con el velo levísimos juegan;
lo rayan, lo arrugan, lo fruncen, lo pliegan,
lo trenzan, lo rizan y le hacen reír.

Después cada diosa su pelo cogiendo
y en hebras colgantes su trama entreabriendo,
por su blanca espalda lo incita a rodar;
recubre primero las amplias caderas,
y luego rebotan sus ondas ligeras
como un haz de luces que rueda hasta el mar.

Biblioteca Nacional de España

Ved Juno cruzando los mares tranquilos,
como un nacimiento de luz suelta en hilos
soltar su cabello que empieza a mecer,
que inunda sus hombros igual que una fuente,
que finge en sus brazos partido torrente
y en lluvia de rizos al mar va a caer.

Mirad de Cibeles el noble peinado
bajar por su espalda gentil destrenzado,
teñido de vivo fugaz tornasol,
como si besando sus curvas redondas,
cayera brillando del mar en las ondas
un haz deslumbrante de rayos de sol.

Mirad sus cabellos coger a Diana,
que abriendo su blonda de rizos galana
la suelta en su cuello labrado y gentil,
le besa del seno las ánforas bellas
y al mar pega un salto como un haz de estrellas
desde la escultura de fresco marfil.

Recoge Minerva sus frescos cabellos
como un largo mazo de azules destellos
que trama sus hebras lo mismo que un tul;
lo suelta del cerco triunfal de la frente
y da al mar el arco del libre torrente
cubriendo las olas como un manto azul.

Venus, retorciendo su pelo triunfante,
produce en el agua la risa estallante
que es luz y alegría del mísero ser,

Biblioteca Nacional de España

arroja al mar luego la real cabellera,
y el mundo recobra su gracia primera
y el mar tiembla y canta de inmenso placer.

Así, por el peso rendidas las frentes,
los brazos tendidos, los senos salientes,
los labios que rompen de pronto a cantar,
va el coro de diosas en naves ligeras,
los mares rizando con las cabelleras,
que en luces y risas los hacen temblar.

Con hilos azules, con hebras de oro,
con fibras de ébano, plegando va el coro
las olas que el día comienza a bruñir;
y al ritmo que llevan los barcos mecidos,
el mar todo lleno de leves fruncidos,
sólo hace al moverlos reír y reír.

Desfilan los siglos llevando sus cruces,
y eclipsan sus frentes las místicas luces
de otras religiones que vienen detrás:
la verdad gigante, la Naturaleza,
Grecia con su risa, su gracia y belleza,
ni abdica, ni muere, ni pasa jamás.

Mirad cómo tiemblan los mares rizados,
mirad los divinos temblores dorados
de estrellas y hojas; el mundo es temblor.
Es que el orbe entero se va estremeciendo
al eco de Grecia que sigue riendo;
¡riamos con ella su risa de amor!

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Biblioteca Nacional de España

No has muerto, no mueras, ¡oh Grecia triunfante!
Por cima del rostro de Cristo expirante,
aún tu tirso asoma detrás de la Cruz;
y aún del Universo llevada en las brisas,
vives hecha danzas, y juegos, y risas,
y amor, y cinceles, y versos, y luz.

Biblioteca Nacional de España

LAS VIDRIERAS GÓTICAS

¿Qué sueñas tan alta, gentil vidrïera?,
¿qué sueñas tan alta, melódica ojiva,
toda melancólica, toda lastimera,
toda interesante, toda pensativa?

De escuchar las flautas del órgano grave,
te has ido volviendo romántica y pura,
te has ido nublando de un sueño suave
que un vidrio te vuelve de casta hermosura.

Ya tus tintas bravas no son alaridos;
un polvo de siglos quebró sus rigores,
y dejó tus tonos de salmos vestidos,
de credos de luces y salves de flores.

Cristales en éxtasis, dormidos cristales
parecéis arriba, claras vidrïeras,
cual si se asomaran a los ventanales
rosas peregrinas de otras primaveras.

Biblioteca Nacional de España

El templo idealiza los tonos violentos,
educan las lámparas y los incensarios,
casi tus colores ya son sentimientos
y luces y prismas de nobles rosarios.

Quien limpie del polvo que dan las edades
la gótica ojiva, que ruede a sus plantas;
los tules del polvo son idealidades
que vuelven las cosas sublimes y santas.

¿Qué gran sacerdote de frase severa
dirá lo que dice la angélica ojiva,
toda ensoñadora, toda lastimera,
toda interesante, toda pensativa?...

Para mí los vidrios que en luces se enrosan
no son sólo efectos de luz teatrales,
son púlpitos vivos que flores rebosan,
son áureas ringleras de abiertos misales.

Sonámbulos llenos de vaga poesía,
mientras velan, tejen su luz de colores,
como centinelas que aguardan el día
para dar al templo su *¡alerta!* de flores.

Cual hojas de un libro de eterna dulzura,
abren las ojivas sus puros cristales,
y una Pascua alegre de paz y hermosura
llueve de los vidrios sus risas triunfales.

En ellos hay presas largas letanías,
trémulas salmodias, líricas escalas,

Biblioteca Nacional de España

viven replegadas hondas profecías,
y abren los arcángeles, llamando, las alas.

Y desde sus áureas gloriosas banderas,
tejidas con tonos de ensueño indeciso,
parece que mana de las vidrïeras
gracia en flor, venida de otro Paraíso.

Como las alondras van fanatizadas
hacia las linternas nocturnas y vivas,
torbellinos de almas van encandïladas
hacia las teológicas mentales ojivas.

Para mí, del templo bajo los palmares,
hay dobles sagrarios de fe y de esplendores;
unos, son la hilera de santos altares;
y otros, la alta cinta de ojivas de flores.

En narcotizados sueños de ventura,
meditan los vidrios sublimes poemas,
preces y palabras de eterna hermosura,
versos de áurea lumbre y estrofas supremas.

¿No oís cómo cantan los vidrios arriba
un son de plegarias y humanos dolores?
Cual una colmena retumba la ojiva
con cien mil abejas bordadas en flores.

Todas labran, labran, celosas y fieles,
las divinas celdas de un panal no visto,
de un panal que llena los siglos de mieles,
de un panel eterno: la boca de Cristo.

Biblioteca Nacional de España

Abríos perennes, vidrios evangélicos,
cual sublimes páginas de santa poesía;
sois los ventanales cantos arcangélicos,
folios de alta gracia, libros de armonía...

Biblioteca Nacional de España

CANTO A LA GANGRENA

Cada vez que en mi mente resucitan
los gritos de dolor de tus entrañas,
mis huesos se revuelven y crepitan
como brazado de crujientes cañas.
Tapo, para no oírte, mis oídos,
y penetra en mi carne, que solloza,
lo mismo que una espada de sonidos
tu grito punzador, que me destroza.
Oculto mi cerebro entre las manos
queriendo guarecerme la cabeza,
y tus tremendos gritos sobrehumanos
me acuchillan con bárbara fiereza.
Sepulto mis dos sienes en el lecho
y me acurruco de temor temblando,
y el puñal de tu grito entra en mi pecho
y lo divide de dolor vibrando.
¿Dónde me esconderé para no oírte,
dónde me ocultaré, muerta adorada,
si aun debajo de tierra he de sentirte
morir sin compasión despedazada?

Biblioteca Nacional de España

Revolviendo tu cuerpo como loca,
llamando a Dios con ciegas energías,
gritos desesperados de tu boca
dabas mientras horrible te pudrías.
Estancada tu sangre en ancha vena
de columna gentil de tu escultura,
clavó sus torvos dientes la gangrena
en la carne ideal de tu figura.
Tú clamabas pudriéndote y gimiendo
al ver, llenas de espanto tus miradas,
el hervir de parásitos comiendo
en tus carnes de horror desencajadas.
Invocabas, ausentes, tus hermanos;
invocabas tu madre fenecida,
y el montón pavoroso de gusanos
destrozaba los hilos de tu vida.
¿Dónde me esconderé para no oírte,
tú, la más infeliz de las mujeres,
si aun debajo de tierra he de sentirte
gritar sobre tu lecho de alfileres?
Queriendo hundirte en el final desmayo,
para romper tu ligadura fiera,
yo pedí un rayo a Dios, le pedí un rayo
que en miles de pedazos te partiera.
¡Ni ciencia ni poder; nula la huída;
inútil todo afán, ¡oh, devorada!,
sin más remedio que entregar la vida
en callejón dantesco maniatada!
Llamaste hasta al milagro, pobre loca,
y al cielo fué tu penetrante grito
como un puñal salido de tu boca
que veloz se clavara en lo infinito.
Espirales haciendo de tus brazos

Biblioteca Nacional de España

cual llama de dolor te retorcías,
y acorralada a ciegos picotazos
escapar de tu carne parecías.
Correr, gritar, huír, como los presos,
salir tú misma de tu carne aullando;
abandonar tus retorcidos huesos
y el pan de tus gusanos fermentando.
Pero estabas sujeta a tu martirio,
mujer, hez de dolor, triste cautiva,
y bailabas en medio del delirio
como una llama que retiembla viva.
Y así noches y días de amargura
en un desfile torvo de dolores,
con la frente pegando en la locura
y hechos tus dedos garfios rasgadores.
¡Qué tragedia feroz, oh Dios divino!
¡Oh, quién te vió roída y devorada,
y llamó a Dios, al cielo, al torbellino,
sin oír cielo, Dios, sima, ni nada!...
Morir, morder, gritar, pobre alma mía;
morir crispada de terror intenso,
lanzando siempe al cielo tu energía
la aguda espada de tu grito inmenso.
¿Dónde me esconderé, Dios infinito,
por no sentir sus trágicas querellas?
¡¡Si he de escuchar el sempiterno grito,
caiga en mi frente un río de centellas!!

Biblioteca Nacional de España

CON EL OIDO EN TIERRA

(MELODÍA INTERIOR)

¿Quién legisla en su fondo?, ¿quién labra
las cuadrículas llenas de lógica
de la poliforme virtud de la Tierra?
Capítulo eterno, la rosa;
capítulo eterno, los átomos
que labran las piedras preciosas;
capítulo eterno, los nidos
reencarnando sus plumas, sus notas;
artículo eterno, las ramas;
artículo eterno, las hojas;
artículo eterno, los troncos videntes
que se expresan con flores y gomas;
artículo eterno, la excelsa cuadrícula,
la camisa de fuerza en que brotan,
palpitan y viven,
fenecen y tornan
esqueletos de pájaros, hombres,

Biblioteca Nacional de España

armazones de peces, de formas.
Tierra, eterna pauta,
fuente de arquetipos, gran legisladora:
¿quién de tus conceptos
redacta las normas?
Otra Primavera
ha lanzado a la vida tu honda,
cíclope de brazo no visto, Energía
reedificadora.
Yo demando tus Cortes eternas,
tu Senado de frentes gloriosas,
y aplico a la tierra el oído
auscultando tus voces remotas.
No es rumor de palabras fecundas
que pronuncian millares de bocas
lo que cantas, Matriz poliforme:
son sucesos tus cláusulas hondas,
esquemas y planos
lineales de seres y cosas;
desde el elefante al insecto, y del hombre
a la piedra que piensa, desbordas.
Y todo de ti se desprende, y subiendo
viene en mar de hermosuras ignotas,
de signos, de trazos,
de fisonomías extrañas que asombran.
¡Sublime Inconsciente,
Sonámbula absorta!
espontánea cual sumo poeta,
de ritmos te colmas,
de trojes de siembras,
te erizas de estrofas,
y como un milagro floreces; las rimas
te salen a ríos, más libres que pompas.

Biblioteca Nacional de España

Palpita mi oído de gozo al oírte
pegado a tu seno cual a ánfora pródiga,
y como él *escucha* que el suelo auscultando
siente de un ejército las bárbaras trompas,
los cascos remotos, los brutos
que lanzan relinchos de gloria,
así yo percibo los sumos ejércitos
de tus creaciones subir victoriosas
y venir tierra arriba, guiados
por las manos de Dios cosmogónicas.
Y llegas arriba: y despliega
su camisa de fuerza la rosa,
su camisa de fuerza divina
que es holgura y placer que remoza.
Y desata el clavel maniatado
su presa corola,
maniatado a su eterna armonía
que es feliz libertad triunfadora.
Y junta la cuna de un nido
sus gramas armónicas
en el arco inflexible del círculo
que es de amor redondel y corona.
Y se abre en el verde grillete del sépalo
la egregia magnolia,
grillete que es beso, y abrazo, y caricia,
ligadura de amor misteriosa.
Mas el plan lineal del espíritu,
la red que lo forja
—justicia, candor, sentimiento,
fe, misericordia,
piedad, heroísmo—,
¡su mapa divino, tú, oh Tierra, no formas!
Sus altas cuadrículas

Biblioteca Nacional de España

de Dios cual tú, brotan,
pero están sin materia tejidas
por trazados de luz portentosa.
Planos puros de ritmo y sustancia,
castas líneas de excelsos aromas,
prisiones de luz infinita
como ligaduras de amor que confortan,
sépalos que enfundan las hojas del alma
como flores de luz milagrosas,
eso, que es divino, viene del Ser Sumo,
de Ti, Germinal, Sementera de formas,
Primavera sin Fin ni Principio,
Dios, de que soy nota.

Biblioteca Nacional de España

MISERERE

CANTO DE ODIO

Oí lleno de angustia, mudo, absorto,
la torva escena de traición cobarde;
fueron las frases dagas que, furiosas,
puñalearon trémulas mi carne.
El ancho cáliz del cerebro, hincharon
mis arterias con olas borbotantes,
fué un rojo asalto de locura ciega
que nubló el mar, el sol, el campo, el aire.
Y hubiera transformado de improviso
los dedos de mis manos en puñales,
para coser a vivas puñaladas,
de estar presente, a la mujer infame.
Después del arrebato de vehemencia,
parecido a un incendio palpitante,
bañó una frialdad mi sangre hirviente
y la estrió de ráfagas polares.
Entré como en un aire congelado,

Biblioteca Nacional de España

retemblaron mis nervios al helarse,
y bailaron mis músculos latentes,
y crujieron mis dientes de coraje.
Y en esa lucha de espantosa pena,
desde la roja congestión salvaje,
pasó al azul del nácar de la muerte
la máscara infeliz de mi semblante.
Quise romper mi frente enloquecida,
quise cegar mis ojos, y arrancarme
el corazón como furiosa víbora
que ansiaba en mi interior despedazarme.
Y tras de aquel dolor de los dolores,
anduve, anduve sin poder pararme,
sin ver, ni oír, ni percibir en torno
rodar la vida en la ciudad gigante.
Ningún amigo a quien contar mi pena;
ni un hombro compasivo en que apoyarme;
mis hermanos ausentes; fallecida
la pura sombra de mi santa madre.
¡Dios misericordioso, Tú que has visto
mi inmensa soledad, Tú solo sabes
cómo la pobre carne que me diste
crucificada va por esas calles!
Y ambiciono que un loco, que un demente
escapado del fondo de una cárcel,
atraviese de un plomo estas entrañas
que siento de dolor desmoronarse.
¡Alma en quien yo creí; lámpara de oro
que aniquiló su luz para cegarme;
roto dios de mi templo; las tinieblas
cubren ya para siempre mis altares!
Miro al cielo, y se eclipsa; miro a tierra,
y hallo un frío mortal en todas partes;

Biblioteca Nacional de España

miro a todas las almas, y silencio;
miro a toda la vida, ¡y nadie, nadie!

* * *

La idea de matarla, me lastima
cual un vidrio de aristas desgarradas,
y como una culebra, llevo encima
el plan de consumirla a puñaladas.
Quisiera dominarme, mas no puedo;
siento crecer el ascua de mi encono;
perdono al que asesina con denuedo;
¡a la traición, yo nunca la perdono!
Cruje mi cuerpo todo y se estremece
como silba en el fuego un haz de cañas,
y la hiena del odio me enloquece,
aullando y escarbando en mis entrañas.
He de aplastar la boca alabastrina
que otro manchó con el hocico obsceno;
mi corazón, donde se alzó divina,
se ha vuelto un alambique de veneno.
Nunca pensé que mi virtud austera
la derritiese el odio acibarado;
nunca creí que en mi honradez hubiera
un torvo criminal agazapado.
Los de la cárcel pechos tenebrosos,
los que matasteis por pasión vehemente;
¡ahora ven mis sentidos pavorosos
lo que hay de un caballero a un delincuente!
Como centella de terrible brillo
que abre el muro de un golpe soberano,
cruza en zigzag mis venas un cuchillo

Biblioteca Nacional de España

que busca, audaz, para salir, mi mano.
Me punza a veces con su filo ardiente
el ciego corazón y lo desgarra;
después me punza en la alocada frente
y las quemantes sienes me achicharra.
Se clava con violencia en mi costado,
sube a los ojos a rasgarlos luego,
y me recorre el cuerpo acribillado
como un buril de taladrante fuego.
A mi mano vendrá tras la salida,
vendrá el cuchillo a tropezar con ella
y al pasar por mis dedos encendida
recogerá mi mano la centella.
¡Qué fiesta de barbarie surgiría!;
al cribarla de locas puñaladas
con salvaje furor patearía
el ampo de sus formas profanadas.
Hollaría los senos mancillados,
la boca, que es cubil de una serpiente,
el pelo de reptiles anillados,
la torpe vista de su Dios ausente.
¡Ya de atajar mi frenesí no hay modo,
quiero ser criminal, Dios soberano;
¡matar, matar, me vocifera todo:
la frente, el pecho, el corazón, la mano!

* * *

Qué triste está el cielo,
qué triste la tierra;
hasta cuando piso, bajo mis pisadas
sollozan las piedras.

Biblioteca Nacional de España

Inmóvil y mudo
me paso las noches,
como si estuviese cercado mi cuerpo
por cuatro blandones.
Vida que engañaste
mi pecho de niño;
ya la última hoja te arranqué llorando
y arrojé tu libro.
Dentro de mi cráneo
anda una centella
dando vueltas, vueltas, para hallar salida,
vueltas y más vueltas.
Temo el acostarme
más que si muriese:
qué noche tan larga, tan larga, tan larga,
cuando no se duerme.
Sitios que yo quise:
ya estáis tan desiertos
que ahora no se atreven ni los lobos mismos
a pasar por ellos.
Que vengan los lobos
y perros del monte;
gozaré mirando cómo dando aullidos
mi cuerpo se comen.
En mi frente caiga
de golpe un incendio
y en tirabuzones de carne que grita
retuerza mi cuerpo.
Madre que no vives;
cuando dí en las piedras
oí la voz tuya decir *¡hijo mío!*
debajo de tierra.

Biblioteca Nacional de España

Tantas llagas vivas
mi cuerpo contiene,
que no hallaréis sitio donde dar un beso
porque allí le duele.
A la media noche
oigo en el silencio
igual que si un perro dentro de mí mismo
aullara a lo lejos.
A la media noche,
cuando todo calla,
una gota lenta oigo que impasible
rompe mis entrañas.
El sol se ha apagado;
el mundo está a oscuras;
palpando la tierra voy a ver si toco
con mi sepultura.
La única persona
que mucho he querido,
me hizo cien pedazos, y de esos pedazos
otros más chiquitos.
Entre los verdugos
elegí el más fiero,
y lloró de pena cuando oyó el martirio
que conmigo has hecho.
Luz y pan y albergue
gozaste conmigo,
y con un cuchillo rasgaste mi espalda
viéndome dormido.
La que me ha matado
anda y no se siente;
ondula y ondula sin hacer rüido
como las serpientes.
La que me ha matado

Biblioteca Nacional de España

anda y no se oye;
rastrea y rastrea como el cauto lobo
a la media noche.
Madre, madre mía,
qué dolor tan grande;
partido mi pecho, ni puedo moverme,
ni puedo quejarme.
Anda, mala víbora;
anda, mala yerba;
que tu cuerpo veas hecho el pan horrible
de una gusanera.
El cielo permita
que ciega te quedes,
y a tus cuencas frías vayan dos arañas
para guarecerse.
Quiera Dios divino
que enferma te halles
y no tengas cama, ni abrigo, ni lecho,
ni quien te acompañe.
Te den jicarazo,
mala compañera,
y no haya un hisopo con agua bendita
que te favorezca.
Te hagan mal de ojo,
y del sufrimiento,
te quedes pajiza, pajiza, pajiza
como el que está muerto.
Dios justo te llene
de lepra hedionda,
y que se repudran tu cuerpo y tu sangre
como una ponzoña.
Malos brujos hagan

Biblioteca Nacional de España

que, donde te veas,
siempre que a algún sitio se alargue tu mano
toque una culebra.
Manos, pies, te amarren
de cuatro caballos,
y al partir huyendo por cuatro caminos,
¡te hagan cuatro cachos!

Biblioteca Nacional de España

EL POEMA DE LAS GRUTAS

Son las raras grutas
la tenaz paciencia, la viril constancia,
la labor de siglos que, por ser de siglos,
es dolor y lucha, y es sublime y santa.
De sus alambiques las gotas lucientes
forman rubio ámbar,
salen cristalinas,
puras y sagradas,
y desde las bóvedas al caer al aire
y dar en los tallos de piedra que aguardan,
unas fingen leves temblores de besos,
otras resignados murmullos de lágrimas,
otras son la queja,
otras la esperanza,
y algunas semeja que ríen
y algunas parece que cantan
como silabarios de gotas divinas
que tuviesen alma.
Es toda la gruta

Biblioteca Nacional de España

herramienta enorme que terca trabaja
con oscilaciones y palpitaciones
y largos cinceles de afán religioso que esculpen la
[gracia.

Una estalactita,
que simula un ágata,
solloza una queja cada vez que vierte
de su cuentagotas una perla clara,
y al oír que dice frases de lamentos
con intermitencias que el dolor alarga,
lleno de congoja
pregunto a la piedra que llora y que labra:
—«Tallo quejumbroso, tallo lacrimoso,
¿cuál es tu desgracia?»

Otra estalactita
ríe a carcajadas
al lanzar un vivo resbalar de gotas
que temblando ruedan y a estrellarse baja,
e interrogo al tallo que titila y ríe
su cadencia clara:
—«Tallo de estilista, tallo de amatista,
¿quién te dió la risa que en tu piedra canta?»

Hay otro colgante
de una forma extraña
que tras cada gota modula un suspiro
cual roce de un ala,
y digo a la aguja de piedra sonora
que pende del cóncavo de la gruta mágica:
—«Tallo del suspiro, tallo de zafiro,
¿por qué el son eterno que llora en tu flauta?»

De un palio profuso
que chorrea lágrimas,
que destila luces

Biblioteca Nacional de España

y música angélica de cuerdas de arpas,
pregunto a otro tallo que dulce gorjea
su canción de plata:
—«Tallo que te ríes, tallo de rubíes,
¿quién creó los sones que hay en tu pentágrama?»
Y digo a otra piedra
que finge otra lámpara
de una luz que ciega,
de un fulgor que mata:
—«Tallo fulgurante, tallo de diamante,
¿qué sol te ha infiltrado la luz que derramas?»
A otra estalactita
de amarillo tono cuya luz encanta
y que fué labrada por brujo invisible
con buril de perlas y mango de nácar,
interrogo absorto
viendo su colgante de agujas preclaras:
—«Gala del espacio, tallo de topacio,
¿cuándo te ha encendido Dios con risa santa?»
Por largas centurias esas puras gotas
que rezan o gimen, suspiran o cantan,
han elaborado con honda paciencia
rotondas, arcadas,
bóvedas triunfales cual lluvia de flechas,
arcángeles, aras,
órganos tallados en jaspes eternos
y trompeterías perennes y bravas.
Han hecho esos largos escoplos de gotas
confusas batallas,
heroicos torneos, escudos de guerra,
rodelas y lanzas,
un tumulto inmenso de vidas de piedra,
clarines y trompas, escudos y mazas.

Biblioteca Nacional de España

Y han hecho atrevidos,
sólo con la gota cayendo pausada,
cacerías locas, corceles que corren,
gamos perseguidos, corzas azoradas,
liebres que describen brincos fabulosos,
tropeles de perros y cuernos de caza.
Y después, grandiosos
y austeros profetas de bíblicas barbas,
hoscos ermitaños de postura inmóvil
que desde los siglos rezan sus plegarias.
Un vasto hormiguero
de espesas locuras, por muros y salas
aturde la mente, fascina los ojos
con vivos temblores e innúmeras danzas,
y apenas termina de elevarse un prodigio,
surge otro prodigio de gloria más alta,
y lo esplendoroso va a lo portentoso,
y lo portentoso va a lo milagroso,
y lo milagroso va a Dios, donde acaba.

* * *

Salve, arisco fondo de rocas valientes
que fingen estar encantadas;
un lago desriza su líquido quieto
tan lleno de gracia,
de velo tan puro,
de luz tan extraña,
que el pie no sospecha
tocar en su lienzo de luz y de magia,
y pisa el espejo, y, entonces, las risas

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL
Biblioteca Nacional de España

de su superficie se alargan y alargan,
igual que la blonda de un sueño divino
o un velo de luna caído en un lago de encanto y de
[plata.
Como un clavicordio
de voces sagradas,
el lago susurra
llenando de arrugas su trémula sábana,
y así que se riza, se riza y se riza,
a un reposo eterno reposan las aguas,
y finge un narcótico de paz y silencio
la gruta embrujada.

* * *

Palacio de duendes, ciudad de espejismos,
alcázar de silfos, de gnomos y hadas:
en tu laberinto debido a los planos de los zahoríes,
sentí conmover mis entrañas
el terror supremo
que infunden las cosas sublimes y santas.
En un lado ideal de la gruta,
cual para cantarla,
miré con asombro las cuerdas cantoras,
las estalactitas salvajes de un arpa.
Toqué sus colgantes templados por música
y arranqué de su seno una escala
compuesta con notas divinas del cielo
cual si un ángel, riendo, tocara
para ennoblecerlas,
con sus dedos de lira las almas;

Biblioteca Nacional de España

el arpa asombrosa, de piedra,
parece la lengua de Dios hecha flautas.

* * *

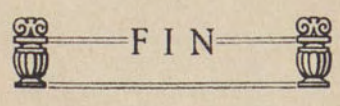
Oh gran órgano del templo de las grutas;
son tus gotas suspirantes, tus palabras;
si una llora, la otra llora; si una ríe, la otra ríe;
si una sueña, la otra sueña; si una canta, la otra canta.
De las naves de ese templo
donde innúmeros colgantes se entrelazan
cual trompetas fabulosas
apuntando a otras trompetas que del suelo se levantan,
la sutil estalactita, como lira intermitente,
una gota de luz clara
le desprende a la otra lira que en el suelo espera,
[espera
el porrazo de la perla en su punta congelada.
Afilando sus extremos
como dos fúlgidas lanzas,
dilatando sus dos crestas
cual floretes que se alargan,
así están siglos y siglos aguzando sus dos hojas
para hacer una columna soberana.
Esos largos corazones hechos punta
se transmiten, atrayéndose, sus ansias
de fundirse en unas nupcias infinitas,
y trabajan, y trabajan
por besarse en lo remoto de los tiempos,
por fundirse en las edades milenarias.
Incesante actividad de agudas piedras
que no duermen, no descansan,

Biblioteca Nacional de España

entretejen sus buriles
y golpean, y taladran,
y perforan, y diseñan, y dibujan,
y satinan, y aquilatan,
y hacen velos con el iris misterioso,
y lo cuelgan de las túnicas que labran,
y lo infiltran en las gotas y en las piedras,
y lo encienden, y lo apagan,
y lo enhebran y deshebran,
y lo tienden por columnas y por aras,
y no cesan los escoplos de la gruta
de buscarse para unir sus puntas áureas,
bien así cual los escoplos del espíritu
y el buril irisador de la esperanza,
van la lenta estalactita elaborando de las vidas
bajo el golpe de los pechos y las frentes que no paran.
¡Ideales de dos piedras amorosas
que por veros desposadas,
estáis miles de centurias fabricando perla a perla
vuestras líricas agujas que se aman!;
sois de un Organo fecundo los mil tubos prodigiosos
que a la vez que piensan cantan
con el ruido de sus gotas desprendidas
por las bocas de sus piedras hechizadas.
En el pecho de los hombres, talla, esculpe,
¡oh gran Organo!, tu gracia,
tus lecciones de moral y de belleza
y de ti copien las almas
un millar de estalactitas portentosas
donde cuajen los amores a la Patria,
donde cuajen el respeto a la Justicia,
donde cuajen el cariño a la Desgracia,
donde cuajen el amor a la Pobreza,

Biblioteca Nacional de España

donde cuajen las ternuras a la Infancia,
donde cuajen el amparo a los Caducos,
donde cuajen la Alegría y la Esperanza,
y el Honor, y la Virtud, y el Heroísmo,
y un millón de altos cordajes, y un millón de excelsas
[flautas.



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BROCHE DE ORO

Salvador Rueda puede decirse como el pintor griego: *Pinto para la eternidad...* Su poesía, aunque es poesía de una raza, poesía de sangre, poesía española, trágica, ardiente, más berebere que celta; poesía árabe, rica en metáforas y en hipérboles; poesía andaluza, llena de colorido y de luz—nota de la cual han abusado muchos de los llamados discípulos—es, con todo, poesía universal, humana, para todas las razas, para todos los tiempos, especialmente en su última etapa.

.....

La gran particularidad de Rueda es que, siendo un poeta de visión óptica, un poeta colorista, un poeta pintor, es al mismo tiempo un lírico de los combates interiores, un cantor de las luchas del alma, un épico de las batallas mentales. Se podría decir de él lo que Schiller dijo de Klopstock: «que tenía la propiedad de despojar de cuerpo todo lo que tocaba para convertirlo en espíritu...»

.....

Cuando se leen las poesías de Salvador Rueda, toda la raza afluye a nuestras venas. Se siente uno más español y más ibérico que antes. La raza gallarda, aventurera, la raza de los hijos del Cid, la raza que culminó en el Hidalgo Manchego, la raza de

Biblioteca Nacional de España

hombres fuertes como murallas y a la vez tiernos como niños; esta raza magnífica, que dejó sus huellas por dondequiera que pasó; la raza que fué a Flandes, la que colonizó a América, que llevó a las selvas vírgenes la cruz de Cristo y la lengua de Cervantes: toda la raza canta en las poesías de Rueda.

.....

Es el «*poeta de la luz*»; el poeta del Sol; el poeta de España en sus primeras obras; y en las recientes, el poeta del hombre; el poeta integral; encendido por un calor de humanidad; el poeta del misterio que rige nuestros destinos; el poeta de la Vida armónica... Para Salvador Rueda, el magno poeta, el vibrante, el puro, el inspirado, parece expresamente hecha la salutación lírica y entusiasta de Dante a Virgilio:

Onorate l'altíssimo poeta!...

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

(De su obra *Los Grandes Maestros:* Salvador Rueda y Rubén Darío. Ed. G. Pueyo, Madrid.)

Es bello, en esta época de poetas sutiles, ver a un poeta como Salvador Rueda, enamorado profundamente de la Naturaleza, latiendo espiritualmente al par del ritmo robusto y eterno de la Vida, apasionado por todo lo que es la vida misma, no fabricada ni desnaturalizada por el hombre.

AMADO NERVO.

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

	Páginas
Prefacio	3
Prólogo	11
Los claveles «de a libra»	17
La carrera de árboles	20
Las vacas	23
El «órgano» de «Despeñaperros»	27
En enjambre	31
La nitídula	34
La siesta	38
Los bárbaros en Roma	43
Arco de triunfo	45
La pandereta	46
El friso del Parthenón	47
El alma de Asturias	63
Himno a las víboras	68
Silabarios errantes	69
El puente colgante	72
El entierro de notas	76
Mujer artística	79

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

Páginas

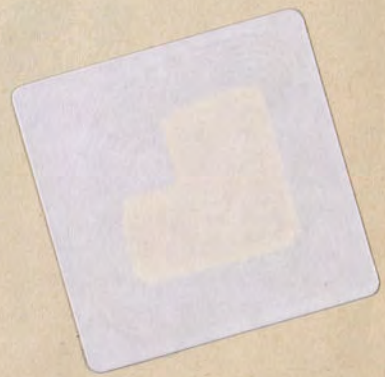
Lo que es casarse.. 87
A una mujer.. 88
Música bárbara.... 89
La tísica.. 92
Los inarmónicos.... 96
La mariposa.. 100
En la Armería Real.... 104
Canción de mayo.... 110
La zarca del «Moncho».. 113
La capa.. 116
El viento.. 119
Debajo de la tierra.... 122
La estufa.... 125
La monja en oración.... 128
Primavera interior.. 131
Canción primaveral.... 134
El fondo del silencio.... 137
Los pájaros.... 143
Mujer de heno.... 146
Mujer de moras.... 149
Trenos gitanos.... 155
Las piedras.... 161
El pan.. 167
¡Qué viejecita eres!.. 169
Extranjera... 174
Las manos de mi madre.. 177
Grito de misericordia.... 184
El Domingo de Ramos.... 187
El último abrazo.. 192
Las andas de mi madre.. 196
Las madres.... 201

Biblioteca Nacional de España

Páginas

El correr del cielo.. 205
A Ubalda.... 210
¡Adiós!..... 216
El pregón del pescado.... 221
La jota.... 231
La Habana futura.. 237
La risa de Grecia.... 241
Las vidrieras góticas.... 247
Canto a la gangrena.... 251
Con el oído en tierra.... 254
Miserere.. 258
El poema de las grutas.. 266
Broche de oro.. 275

Biblioteca Nacional de España



Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
BNE
1104915600

Biblioteca Nacional de España